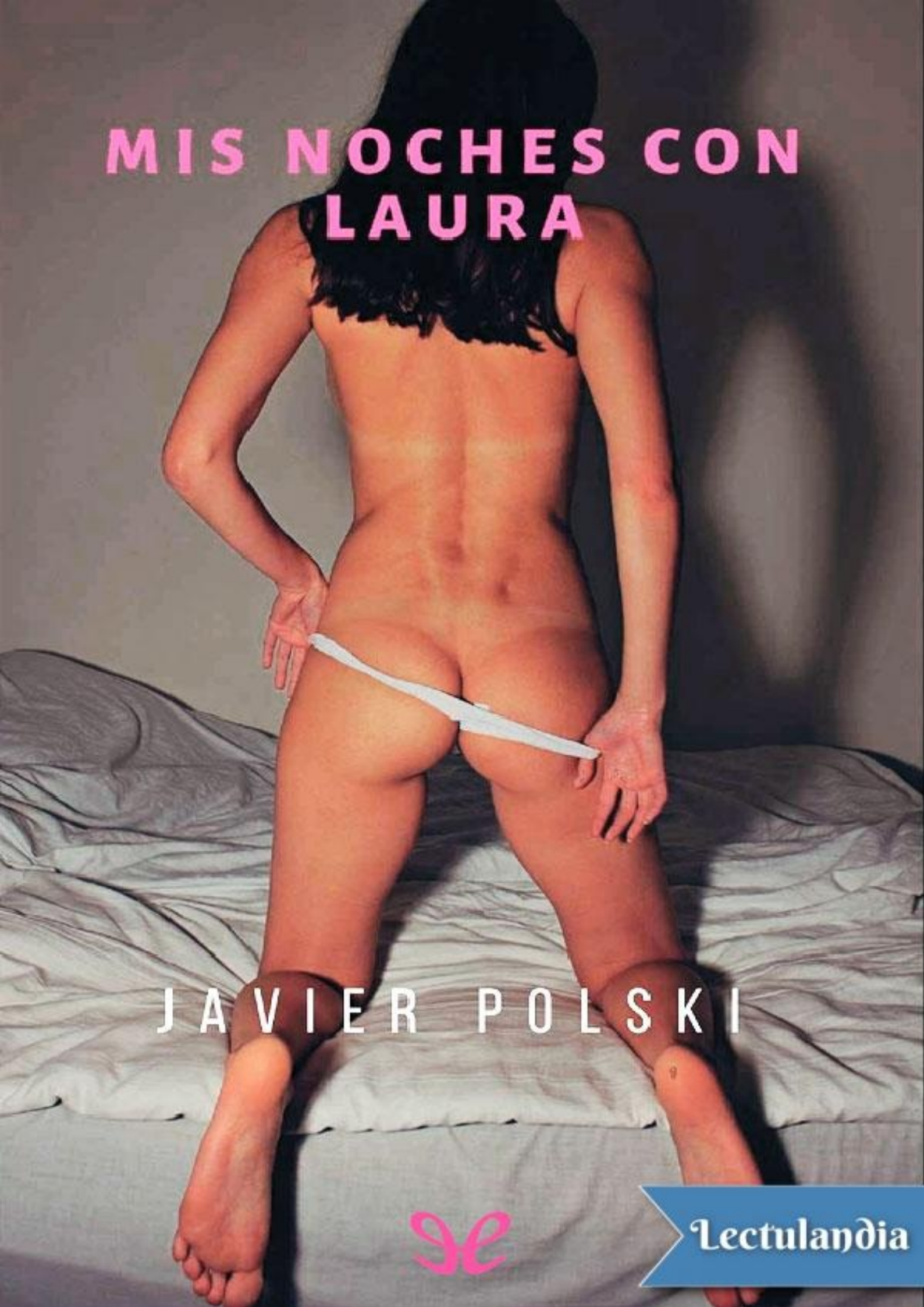


MIS NOCHES CON LAURA



JAVIER POLSKI



Lectulandia

En una ficticia ciudad de la costa española un narrador anónimo, adicto al sexo, a la coca, a los ansiolíticos, a la soledad, acude a una casa de citas, donde encuentra el cadáver de una chica búlgara degollada, llamada Laura.

Esta Laura es la tercera de las chicas así llamadas que ha conocido en el mencionado prostíbulo.

El protagonista seguirá el resultado de las investigaciones, conocerá otra prostituta llamada Marga, compañera de piso de la asesinada, encontrará la segunda Laura, describirá sus colecciones de libros de temática extravagante, su infancia en un colegio de curas, una delirante orgía, viajes absurdos, sus experiencias con prostitutas, el libro que está escribiendo, etc.

Su obsesión: dar con la primera de las tres Lauras, la que él considera la verdadera, la original, de la que las otras dos no han sido más que vagas simulaciones.

Javier Polski

Mis noches con Laura

ePub r1.0

Titivillus 24.05.2022

Título original: *Mis noches con Laura*
Javier Polski, 2018

Editor digital: Titivillus
Cotejado y revisado por: lvs008
Retoque de cubierta: lvs008

ePub base r2.1



MIS NOCHES CON LAURA

Los gruñidos de la noche
Me van persiguiendo por el aire.
Los gallos rojos y oxidados me azuzan.
Los violines escupen sangre fermentada.
Los árboles azotan el mercurio muerto.
Las gargantas se ofrecen contentas a los cuchillos.
Las sardinas crueles muerden a los niños amarillentos.
Las criadas trastornadas balancean cunas negras.
Los charcos del suelo estornudan orina.
Las estrellas caen todas para asesinarnos.

Yo huyo y persigo un lugar seguro.
Donde el ansia inacabable descanse.
Una cabaña en el bosque.
Una estancia rosada.
Donde un faquir.
En su lecho de cruces gamadas.
Junto con un pigmeo a sueldo.
Sueñen por mí.

Dejando que el grillo bimaclado.
En el velatorio de los prepucios palpitantes.
Con su mandíbula psicópata.
Haga su trabajo devoratorio.
Surcando devastaciones.
Por el antro condenado de las dendritas.

David Chirba (1976-2007).

Uno

Me desperté tumbado en el suelo. Me pitaban los oídos. El suelo estaba sucio, lleno de inmundicias. No sabía dónde estaba. A mi lado, un inodoro. Rápidamente recordaba: había tomado algo en la barra de aquel tugurio, un trago de tequila, vodka, o de otro licor. Me había pegado fuerte. Había entrado en el baño para vomitar. Me habría golpeado con la pared y, a resultas del golpe, me había quedado inconsciente durante un rato, no sé cuánto. Ahora eran las dos de la mañana y tras la puerta se oía la música electrónica. Me lavé la cara y me arreglé la ropa lo mejor que pude. Me lavé la cara. La faz. La Santa Faz contusa. Salí del aseo. Salí del baño. Confuso, confundido, confundiendo.

En la barra estaba mi amigo Mateo, que no parecía echarme mucho de menos, con la boca apretada y los ojos algo idos. Hablaba con una chica que también tenía un brillo raro y torcido en la mirada. Ambos parecían poseídos por un demonio de la misma estirpe. La chica rió y le puso una mano encima del hombro. Cuando me vio, mi amigo me guiñó un medio ojo, dando a entender algo que no supe lo que era. Habíamos tomado mucho alcohol y otras cosas más. Le metí la mano en el bolsillo y saqué la bolsa con la cocaína que quedaba.

La raya me reanimó. Era su función. Ahí cuando uno empezaba a decaer y a quedarse sin fuerzas, era lo que te devolvía la energía. Te sacaba de la depresión y la convertía en un ansia viciosa, perversamente estimuladora, como si alguien hubiera encendido un taladro loco y no supiera la forma de desenchufarlo.

Esta ansia era convulsa y paralizante: se te metía dentro con ella una lombriz ávida que te surcaba el cuerpo y te iba comiendo las vísceras, recorriéndote internamente. Hacía que me latiese el corazón muy rápido. No era problema a esas horas de la noche. Todo el mundo estaba peor que yo, como lo corroboraban los fantasmas puntillosos de los serenos de antaño.

Aunque intentara en vano disimular mi ropa manchada de vómitos y de orines. Estar así a esas horas de la noche entraba dentro de lo razonable, según establecían las normas de algún código civil degenerado.

Llamé al timbre de La Casa Roja, que era el nombre del piso al que solía acudir en otras ocasiones. Sonó el dindón familiar y subí las escaleras hasta la primera planta. No había nadie en la entrada para recibirme. Fui a la sala de espera yo solo y me pasé un cuarto de hora en ella. Algo me dio mala espina. Me acerqué a la puerta de una de las habitaciones, que estaba entornada. Miré dentro.

La chica estaba desnuda sobre la cama inundada de sangre. Le habían rajado el cuello. La flor roja de su garganta se ofrecía abierta de par en par, resuelta en sumidero inverso. La sangre asperjada trazaba líneas inconcretas sobre la sábana blanca de la casa de putas. La conocía. Era Laura. Bueno, para ser más exactos, era la tercera Laura que conocía. Era visitante asiduo de esa casa. Se ve que se iban pasando el nombre entre ellas. Las tres eran rubias, muy jóvenes y decían ser rusas, aunque eso es algo de lo cual nunca te puedes fiar.

Me fui sin avisar a nadie. No sabía si estaban las otras chicas en las habitaciones o si habría alguien más en la casa. Se oía música. Siempre hay música en estos sitios. Me metí en la cama con los zapatos puestos y me dormí rápido, a pesar de toda la droga que había tomado esa noche.

Dos

Abrí los ojos a las diez de la mañana. No quería pensar en lo que había visto la noche anterior: sabía que había sido algo real y no una mera pesadilla. Así lo aseveraba la luz cruda y neorrealista del día, que no toleraba ensoñaciones ni delicuescencias, como las de James Stewart en *Vértigo* ni las de Gregory Peck en *Spellbound*.

Mi preocupación inmediata era saber si alguien me había visto subir a la casa de citas. Lo había hecho a eso de las dos y media de la madrugada. Alguien me podía haber visto. Era extraño que no hubiera oído ningún ruido, salvo la sempiterna música de fondo. De otras veces que había estado, me acordé de que no se solía oír mucho de lo que pasaba en las habitaciones. Estarían, lo más seguro, acolchadas o insonorizadas. También conocía de otros sitios en los que se grababa a los clientes, bien para chantajearles, o bien para paralizar alguna investigación. Había pasado en cierto club de una ciudad turística del sur de Leuca. Habían aparecido en las filmaciones personas relevantes de dicha ciudad, como policías, jueces y políticos. Esperaba que no fuera el caso, y ninguna cámara hubiera recogido mi entrada en la casa.

Resolví dejar de darle vueltas al asunto y comprobar si se había publicado alguna noticia. Entré en el ordenador para leer la prensa digital. Me sorprendió que los periódicos locales no dijeran nada. El piso se encontraba en el centro de la ciudad. Era imposible que nadie se hubiera dado cuenta, ya fuera los vecinos, los que explotaban el negocio, algún cliente, o las mismas compañeras de trabajo de la chica que se hacía llamar Laura y cuyo nombre evidentemente no era tal.

Decidí pasar por delante de la casa. Vivía muy cerca, a unos cinco minutos andando. Compré los periódicos y me senté a ojearlos en un bar desde el que se veía el portal de La Casa Roja. Era domingo, casi mediodía, y la ciudad estaba muerta, como solía estarlo los domingos a esa hora.

Pasó una mujer sudamericana llevando en una silla de ruedas a un anciano triste con una pierna amputada. Pasó un vagabundo de los que solían dormir en los cajeros automáticos del centro de la ciudad, a pesar de que los bancos hicieran todo lo posible por impedirlo, cerrándolos por la noche o durante el fin de semana. Pero ellos siempre tenían llaves mágicas para entrar, que ejercían funciones abracadabrantas sobre los goznes, sumisos, de las sucursales bancarias.

También llamó a la puerta de la casa algún que otro juerguista que aún no se había acostado, y que no tendría ganas de volverse a la suya, para hacerlo en una cama vacía y fría. Como no abrían, se iban decepcionados, quién sabe si a dormir con sus soledades o a probar fortuna en otro sitio, donde una voz respondiese a un timbre y un cuerpo a un deseo.

Pero aparte de eso, nada. Ninguna señal de que hubiera ocurrido algo fuera de lo normal en el edificio.

Las noticias insulsas de los diarios porfiaban en llamarme la atención.

El nuevo líder del partido de la oposición, un antiguo jugador de baloncesto con buena percha, que hacía bueno al anterior presidente del gobierno, había expulsado a cierto dirigente por una imputación judicial más que anunciada.

Otro sangriento asesinato de un rehén atrapado por el Estado Islámico, esta vez un japonés. La nacionalidad de la víctima era lo más llamativo, relegando a un segundo plano la cabeza cortada, filmada y difundida por todas las redes sociales, y que había perdido interés por la reiteración cansina de los yihadistas, que ya no asustaban a nadie más que a los que se jactaban de no tener televisión en casa.

La demanda de paternidad contra el anterior rey, que había abdicado, había sido admitida a trámite, una vez despojado de la anterior inmunidad de que gozaba. La pérdida del cetro llevaría consigo, quizás, la sumisión sonrojante a la aguja tricolor, que le extraería la sangre para su cotejo con el ADN de la demandante neerlandesa, vengadora posmoderna de las atrocidades del Duque de Alba.

La fotogenia macarra del nuevo ministro de economía griego, que pretendía cambiar las condiciones de la ayuda económica prestada a su país por las entidades y países de la Eurozona. Había irrumpido como una estrella del *rock*, y suspiraban por él las adolescentes recién ingresadas en la pubertad y las amas de casa premenopáusicas que esperaban aterrorizadas los hervores definitivos del arroz pasado.

El líder de la nueva formación de izquierdas, que amenazaba con pasar por encima del partido socialista de toda la vida, con su diarreica retórica infinita. Un humorista de La Mancha, de donde son todos los verdaderos humoristas, contaba que le había sido muy difícil imitar a este personaje, porque no necesitaba hacer pausas para respirar y seguir hablando y hablando ininterrumpidamente, circulando en bucle y alargándose eternamente y sin agotamiento, a la manera de esos senadores americanos a los que llaman filibusteros, que se meten pequeños depósitos con tubitos dentro de la ropa, los mismos que llevan los astronautas en sus misiones espaciales, para poder orinar y hablar así durante días y días con el fin de dilatar los bilis o proyectos de ley del partido contrario.

La nueva alcaldesa de Madrid, que regañaba al concejal de cultura por hacer chistes con víctimas de Eta, niñas violadas y judíos. Decía la heptagenaria jueza que la libertad de expresión tenía límites, y citaba el caso de una revista satírica francesa que había publicado retratos de Mahoma, sin reparar mucho en que los que los habían excedido habían sido los propios asesinados y pocos límites se les podía poner ya, por lo menos en este mundo, como no fueran los de las urnas o nichos funerarios donde sus restos reposaban, siguiendo así la línea del mejor Bergoglio, cuando dijo eso de que ante las caricaturas era lógico que se respondiese con violencia, haciendo apócrifos a Mateo 5:39 y a Lucas 6:29.

Un divulgador científico pretendía explicar con metáforas comprensibles a la gente de a pie las implicaciones del descubrimiento del bosón de Higgs. Seguía yo sin comprender eso de la ruptura espontánea de la simetría, por mucho que me esforzara. Dos piernas, o dos pechos, o dos orejas no son idénticos ni falta que les hace. Incluso de las cosas únicas se puede encontrar la simetría, si las partimos por la mitad con un golpe de katana asestado certeramente de arriba abajo, como hacen ciertos adolescentes reconvertidos al cabo de los años en edipos blandidores en inversión especular del acto creador por el que sus padres les dieron vida.

Un cocinero que guisaba en su restaurante la placenta de los recién nacidos y explicaba la forma de prepararla, básicamente un encebollado. Él mismo se había comido la placenta con la que había venido envuelta al mundo su hija. No decía si ésta y la madre lo habían acompañado en su degustación. ¿Podía eso merecer el nombre de antropofagia? ¿A quién correspondía en propiedad la placenta, a la madre o a la niña? ¿Tal vez a las dos por cuotas indivisas o más bien en comunidad germánica? El sabor no era muy diferente al del hígado de ternera, según contaba el mediático chef. Me

acordé de los riñones, asaduras y demás casquería que preparaba mi madre, mientras masticaba el sándwich mixto con huevo que estaba desayunando, y cuya yema naranja, naranja Carmencita, me caía por los lados de la boca. Aunque fuese más bien ya la hora de la comida.

Al salir del bar me encontré de frente con Marta, una amiga mía, menuda, morena y de lóbulos sensibles. Era la dueña de una cafetería situada justo al lado del portal de entrada a La Casa Roja.

Marta era en verdad pianista. Había ganado un premio de niña y también había dado conciertos como solista. Su carrera como intérprete había llegado a una vía muerta y a una cierta edad se había visto superada por otras niñas prodigio de manos más veloces que las suyas, que podían ejecutar el vuelo del moscardón en menos de cincuenta segundos. Ahora sólo lo hacía como *amateur* y había renunciado, amargada, a ganarse la vida con el piano. Yo la hacía tocar desnuda para mí en el piano electrónico de gama alta de mi salón, pero que no sonaba como los de cola, y le lamía la oruga que vivía en sus ingles, mientras ella tocaba piezas tristes que se volvían fúnebres cuando salía el chorro de las madres que rompen aguas en las noches de luna llena.

Había tenido algo parecido a una relación con ella. Lo habíamos dejado hacía ya tiempo, no me acuerdo a iniciativa de quién. Los dos entendimos en su momento que era algo desagradable pero necesario, como pagar los impuestos en junio o cortar los dedos de los pies a los diabéticos.

En alguna ocasión habíamos hablado en broma sobre el negocio que se desarrollaba al lado, hecho bastante notorio para los que vivían cerca, por el trasiego de gente a todas horas. Parte del piso se hallaba encima de la cafetería, y solíamos oír las pisadas en las horas más concurridas.

Una vez que estábamos en el trastero en el que guardaba las existencias, después de ayudarla a meter varias cajas de botellas, me había fijado en la ventana del salón donde solían esperar los clientes. A diferencia del resto del piso, cuyas ventanas estaban cubiertas de cortinas de color rosado (posiblemente para que los borrachos y los despistados no se confundieran en su travesía, y pudieran llegar a su ítica de Penélope por horas y por medias horas), la ventana del salón estaba diáfana, y se podía así ver a los clientes haciendo tiempo, hasta que las chicas quedaran libres para ofrecer lo mejor de entre sus muslos al siguiente alfil de ese obscuro ajedrez de la noche.

Había sentado un viejo de perfil, mirando la pared con expresión vacua. Me recordaba a alguien conocido, un vecino de esos con los que uno no cruza una palabra en años y que se mueren sin que nadie se dé cuenta, hasta que son descubiertos por el hedor de su cuerpo putrefacto o la urgencia repentina de

sus herederos intestados. Tuve el pensamiento fugaz de que tal vez me hubiera visto Marta desde la cafetería durante alguna de mis visitas. Me imaginé a mí mismo de anciano, esperando a la chica de turno, junto a la ventana.

Fingí estar agradablemente sorprendido de encontrármela. No me fue fácil, teniendo en cuenta lo ocurrido la noche anterior y el estado precario de mis nervios. Nos saludamos y hablamos un poco en la calle, mientras las parejas de turistas que se daban la mano pasaban por al lado de nosotros, rumbo al desenamoramiento. Con cierta premura, pues ella tenía que visitar a su madre, con la que solía comer todos los domingos, y que estaba enferma de varios órganos.

Había ido esa mañana, a pesar de que la cafetería no abría hasta el lunes, para preparar el pedido que hacía al empezar cada semana. De todo lo que dijo no se deducía que hubiera ocurrido algo fuera de lo común en la casa de al lado. Quedamos vagamente para otro día. Yo casi nunca llamaba. Ella se había cansado de hacerlo casi siempre.

Alguna otra vez me había hablado de que quería tener hijos y esperaba algo, una señal mágica, un rayo verde o un naipe enterrado en la arena, que le hiciera saber que había llegado ya el momento, como en las películas de cierto director francés. Habíamos visto juntos Cuento de Invierno, ya después de haber roto amistosamente nuestra relación, y ella había llorado al final de la película. Esa noche nos dormimos vestidos en el sofá como hermanos que han abandonado el incesto, aunque conservando el miedo a pasar más allá de los abrazos. Más tarde me acordé de lo que me había dicho sobre esa señal, y me pregunté si acaso no se estaba refiriendo a mí o me quería decir algo, en su lenguaje íntimo que yo no comprendía.

Era extraño, pero en aquel mediodía de domingo todo parecía seguir su curso de normalidad. Nadie sabía nada sobre la tercera prostituta de nombre Laura que yo había visto hacía unas cuantas horas desangrada encima de una cama. Porque estaba seguro de haberla visto a ella y haberla visto muerta, sin duda. Era ella y de eso estaba completamente seguro.

La conocía. Había estado con ella en otras dos o tres ocasiones y había tenido un buen rato de sexo pagado y muy placentero. La había conocido durante varias horas, ella y yo desnudos, mucho mejor de lo que la mayor parte de la gente la conocería jamás. Mucho mejor que sus padres, si es que los tenía, que probablemente no habrían visto a su hija desnuda desde la infancia.

Sabía sobre ella muchas cosas. Que vendía su cuerpo por cien euros la hora, sin incluir extras, en un pisucho de mala muerte de una capital provinciana. Qué estaba dispuesta a hacer y qué no, por dinero. Qué le gustaba comer y qué hacía con su tiempo libre los días que no trabajaba.

Me había confesado que no era rusa sino búlgara, algo que yo ya sospechaba, y habíamos hablado sobre algún plato de la cocina de su país, como el gyuvetch o el tarator, que ella me explicaba en los tiempos muertos entre polvo y polvo, con el entusiasmo de las presentadoras del canal cocina.

De Sofía, con su Puente de las Águilas, donde se cruzaban los bulevares con nostalgia de París. Y del lago Ariana, en forma de B, donde los patos tornasolados fornicaban a todas horas y descansaban los lunes, igual que actores porno exhaustos después de un arduo rodaje. De la costa del Mar Negro. Y de otras cosas de que se habla cuando uno está al lado de una prostituta búlgara llamada Laura y a la que sólo le quedan algunos meses de vida antes de ser degollada en un cuarto sórdido de un prostíbulo de la costa blanca.

Me ayudaba conocer el nombre de algún futbolista retirado o tener alguna noción de historia, como las guerras de los Balcanes, el dominio otomano o la ocupación soviética. Ya había nacido en la Bulgaria liberada de la hoz y el martillo, y el comunismo para ella era algo tan remoto como el franquismo para los españoles de menos de treinta años.

Sabía también los gestos que hacía cuando un hombre extraño estaba dentro de ella, unidos los dos por medio de ese especial puente subumbilical propiciado por los encuentros remunerados.

Era tan rubia y tan láurea que muchos hombres la deseaban con toda la fuerza de sus entretelas y, si hubieran querido acostarse con ella, se hubieran gastado mucho más que los cien miserables euros por hora que había pagado por tenerla a mi entera disposición y hacer con ella lo que quisiera, siempre que entrara dentro de la tarifa aplicada y ella se prestara a ello, o bien la convenciera torticero, con la habilidad de los buenos croupiers en las noches blancas de los suicidios.

Más de un ingenuo se hubiera gastado no cien, sino cien mil euros, si ella hubiera querido, en un anillo de diamantes, un coche descapotable, una casa con piscina o casándose con ella en una boda por todo lo alto, delante de madres recelosas y parientes suspicaces pensando en preventivas e inútiles capitulaciones matrimoniales posnupciales.

Ella prefería ser un espíritu libre y venderse sólo por dinero en las horas señaladas para ello, sin compromiso ni atadura en su vida privada. Pero ahora

estaba muerta o eso creía haber visto yo hacía unas cuantas horas, si es que no se había tratado de un espejismo, alucinación o sueño vivido.

Era trágico y nadie parecía tener conocimiento, o si lo tenía fingía muy bien no tenerlo, sobre la muerte, asesinato sin duda, de esta pobre chica búlgara que decía llamarse Laura y que se entregaba durante una hora a quien pagara cien euros, poco importaba que fuera atractivo o repulsivo, simpático u hosco, ingenioso o bien imbécil perdido.

Tres

Nada volví a saber del asunto hasta que pasaron en torno a tres semanas desde aquel sábado fatídico.

Me encontré con su foto en la página de información local del periódico de Leuca.

Martina H, de nacionalidad búlgara, había sido encontrada en mitad del campo. El cadáver se hallaba en un estado avanzado de descomposición. La habían reconocido gracias a una amiga suya, que había denunciado su ausencia dos semanas antes. La policía había podido cotejar el ADN del cuerpo con algunos restos orgánicos, pelos al parecer, que se habían recogido en su domicilio. La amiga era una tal Marga G.

Me dediqué a leer minuciosamente la información del periódico.

No había sido encontrada muy lejos, en un campo de olivos abandonado, a unos quince kilómetros de Leuca. Las fuertes lluvias de los últimos días, algo muy frecuente en el levante en las primeras estancias del otoño, habían movido la tierra que cubría el cuerpo y éste había sido descubierto por un vecino que paseaba por allí con un perro cazador. El perro se había sentido atraído por el olor de los restos de la chica y el dueño no había podido evitar que hubiese arrancado con sus dientes y patas algún jirón de carne pútrida pero aún apetitosa para el animal. La policía había podido determinar la raza eslava de la chica y, rápidamente, la había relacionado con la denuncia presentada unas pocas semanas antes. Martina H vivía en un piso que compartía con su amiga Marga G. El periódico no decía la nacionalidad de Marga G, y la letra que representaba su apellido no revelaba mucho sobre ello.

Según Marga G, su amiga llevaba un año viviendo en la ciudad. Ninguna referencia al oficio al que se había dedicado, esporádicamente o a título principal, quién lo sabría. Supuse que, en poco tiempo, la policía conocería la vinculación de la chica con la casa de citas. O no, porque de mis experiencias

sabía que algunas sólo lo hacían ocasionalmente o incluso durante un brevísimo periodo de tiempo, sin que hubiera constancia de esos servicios en ningún lugar, como no fueran los recuerdos de bruma del cliente memorioso o el libro de cuentas mental que todas las *madames* guardan consigo.

Todo era tan complicado. Y tan absurdo. Algo, si no todo, no me cuadraba. ¿Qué hacía esa chica muerta encima de la cama? ¿Por qué no había nadie en la casa de citas? ¿Quién me había abierto la puerta? Porque la persona que me había abierto tenía que estar dentro de la casa. ¿Tenía alguna relación esa persona con el asesinato? Si era el asesino, ¿por qué me había abierto? Mejor no haberlo hecho o haberme contado que La Casa Roja estaba llena o que no abría esa noche o cualquier otra excusa para que me fuera. No hubiera insistido, porque en ese tipo de sitios, cuando te dicen que no se puede, es que verdaderamente no se puede.

La historia era extraña y siempre me volvía la misma pregunta. ¿Por qué el asesino me había abierto? Se me ocurrió que la puerta tal vez tuviera algún mecanismo de apertura inmediato, según se apretase el timbre de llamada del portal. Que se activaría en caso de que no hubiera nadie disponible para abrirla. Era una posibilidad no menos fiable que cualquier otra. Pero, aun en el caso de que esto fuera así, no me resolvía nada. ¿Me valía de algo que la puerta se hubiera abierto ella sola? Todo seguía oscuro, hermético y sin desentrañar, como la lengua ibera y los jeroglíficos etruscos.

Cuatro

Durante los siguientes días fueron apareciendo nuevos datos sobre Martina H.

Tenía veinte años, llevaba dos en España y uno en Leuca. Era de nacionalidad búlgara, concretamente de Bankya, un pueblo con unos baños termales de fachada barroca color mostaza, a unos diez kilómetros de Sofía.

Este asunto había coincidido en el tiempo con el escándalo de la entidad financiera de idéntico nombre que el gobierno había tenido que intervenir y cuya cúpula directiva, según luego se supo, se había asignado sueldos irregulares, entre otros desmanes varios. Esa entidad había absorbido a la caja de ahorros de Leuca, de tamaño nada desdeñable.

Algún periodista, mientras la búlgara degollada mereció interés por parte de los lectores, relacionó los dos sucesos con sarcasmo, equiparando la chica de Bankya asesinada y enterrada en el campo, con la Bankia quebrada e intervenida a causa de la nefasta gestión de sus consejeros. Y también se había hecho una comparación entre las lluvias que habían hecho aparecer el cadáver, y los datos reales de la caja, ocultos durante mucho tiempo hasta que la situación era insostenible de todo punto y no se había podido evitar esa «lluvia» de datos reveladores de irregularidades, tarjetas de crédito opacas, sobresueldos e inversiones nefastas llevadas a cabo por gañanes incultos que habían pasado de vender coches en sus concesionarios a presidir entidades bancarias.

Estudiaba en la universidad de Leuca. Seguía sin aparecer publicado nada relativo al ejercicio de la prostitución. Posiblemente lo hiciera para pagarse sus gastos y la carrera. Era un caso muy habitual. Había conocido a otras que hacían lo mismo. O por lo menos era eso lo que contaban. Tuve otra idea.

Entré en una página de relax de Leuca. Había varias, pero fui a la principal, donde había más chicas anunciadas y menos fotos falsas. Y ahí la encontré. No habían quitado aún su anuncio. Lógico, dado que estaba muerta

desde hacía varios días y era improbable que alguien lo hubiera reclamado por ella.

Decía:

Hola, soy Laura. Una preciosa chica de 20 años del este de Europa. Como puedes apreciar en las fotos, tengo un rostro angelical y los ojos azules. Soy ardiente, educada, complaciente y con mucho morbo. Lo pasaremos genial. Ven a disfrutar de este precioso cuerpo. Te aseguro que saldrás muy contento.

Servicios de sexo: francés natural, lésbico, besos en la boca, griego, dúplex, masajes eróticos, atención a parejas, despedidas de soltero, sado, juegos eróticos y servicios de escort.

Horario: lunes a viernes 24h. Sábado 24h. Domingo 24h.

Viajes: por todo el mundo.

Lugar: apartamento, hotel y dirección del cliente.

Tarifas: 1/2 hora, 70 euros. 1 hora, 100 euros. Consultar servicios especiales.

Formas de pago: efectivo y tarjeta de crédito.

No era esto gran literatura, pero sí muy sugeridor. Había varias fotos suyas. Su cara estaba difuminada, pero sus facciones, la forma de la cara, el pelo e incluso la expresión que se intuía de los ojos, aunque éstos no se vieran, eran suyos, los de Laura. No necesitaba poner fotos simuladas para resultar atractiva por sí misma a cualquiera que buscara calmarse las heridas en el estanque de sus aguas reposadas. Aparecía con el mismo nombre, el de Laura. Deduje que había empezado en La Casa Roja adoptando el nombre de sus predecesoras, y después habría trabajado por su cuenta, simultaneando las dos vías y conservando su alias o nombre artístico.

Como cliente asiduo me constaba que llevaba en la casa alrededor de un año. Si hubiera estado antes lo hubiera sabido sin lugar a dudas, dada la frecuencia más que semanal con la que iba a enfriar mis ardores. Ella sería consciente de que podía obtener más dinero de escort, a domicilio o recibiendo en su apartamento, pero también habría conservado su puesto allí para asegurarse unos ingresos fijos. Porque teniendo en cuenta la clientela constante que acudía en Leuca a La Casa Roja y, siendo ella especialmente atractiva, no dudo de que estaría casi siempre con un cliente o incluso para estar con ella hubiera que reservar con antelación. Creía no en vano haberme cruzado alguna vez con Laura, a pesar de que no se hubiera presentado al principio como una de las chicas disponibles, señal segura de que estaría ocupada en ese momento.

A mí todo esto me horrorizaba, pero también me producía un cierto tipo de excitación morbosa. Por entonces era un adicto al sexo sin remisión y me era imposible salir a tomar una copa sin que pensamientos turbios me asaltasen al volver a casa. Había visto hacía poco una película en la que el actor principal hacía ese mismo papel, el de un personaje que actuaba como un zombi, carente de empatía y con una única obsesión contra la que no podía hacer nada. Sólo al final de la película, gracias a un hecho traumático, el intento de suicidio de su hermana, a la que siempre ha ignorado y ha pretendido expulsar de su vida, consigue salir de su celda de cristal y empieza a actuar como una persona con sentimientos y no como un robot programado para hacer siempre lo mismo, es decir, follar, follar y follar. Se trataba de un ansia, de una adicción semejante a la que siente el cocainómano, el alcohólico o el enfermo que necesita un fuerte opiáceo para tolerar sus dolores. Sólo quien se encontrara en alguna de estas situaciones sería capaz de comprenderlo.

Se mezclaba pues el sexo descarnado con los elementos cuasi cinematográficos que concurrían en este caso. Chicas rubias a las que no hacía falta conquistar para irte con ellas a la cama y escenas de películas de terror de serie B, aderezadas con el elemento que en toda fantasía falta: la realidad. Y esta vez no era yo el espectador, como era lo habitual, sino el protagonista de una deleznable historieta pulp. Como una película de Darío Argento mezclada con porno del duro. Ríen ne va plus. Nunca me había ocurrido nada igual. Era como probar el caviar de verdad, después de una vida acostumbrado a tomar el sucedáneo cutre de las grandes superficies donde ofrecen descuentos a los parados y a las familias numerosas y por donde no pisan los ricos, que van a las tiendas *delicatessen* aun en épocas de crisis. Pero era un brebaje de caviar búlgaro con ruleta rusa. Y un esturión artero me acechaba tras los visillos, mientras jugaba en un ajedrez de piezas de molusco fosilizado contra un cardenal que tenía puesta una horripilante máscara de carnaval veneciano.

Veía las fotos de Laura y al lado suyo los periódicos desplegados. Fui al armario y me serví un largo trago del *whisky* más caro que tenía.

Era el *whisky* perfecto para los amantes de los aromas intensos a turba y de las sensaciones fuertes. Con dieciséis años de crianza. Un malta poderoso, de paladar sublime. El punto donde el *whisky* empezaba y terminaba. Hecho en la destilería de Islay, fundada en 1837. Una auténtica leyenda en el género de los single malt.

Eso decía la etiqueta del Lagavulin. Me gustaba leer las etiquetas de las cosas que bebía.

Terminé el *whisky* y empecé otro. No estaba seguro de tener un paladar sublime, pero me reconfortaba su sabor salino. Olía a algas podridas en un charco helado de agua de mar. Me pregunté dónde demonios estaría Islay. Me dio por pensar que durante mi crianza algo se había torcido, dado el tipo de vida insostenible que llevaba de adulto. Sin darme cuenta me había tomado en poco tiempo media botella. Estaba ya borracho y aún no había anochecido del todo, si bien ese día no había llegado a mi consumo medio, que por entonces estaba en algo menos de una botella de alcohol de cuarenta grados o más, preferentemente *whisky* irlandés, escocés, americano, canadiense, japonés o uno incoloro que casi nadie conoce de la isla de Man, perdida entre las islas de Irlanda e Inglaterra. Odiaba con todo mi ser el *whisky* español, infamia hortera de gentes sin escrúpulos. También bebía ginebra, ron, orujo y vodka, con preferencia a otras cosas. Sobre estas otras bebidas distintas del *whisky* no era muy escrupuloso, pues tenía la convicción de que no sabían a nada más que a alcohol, como el vodka, o bien sabían sólo a aquello con lo que se mezclaban, como el ron o la ginebra.

Saqué la bolsa de cocaína que guardaba para ocasiones especiales y me metí una raya generosa. Últimamente tenía ocasiones especiales con una excesiva frecuencia. Me sentía excitado y sin pensar en las consecuencias. Es lo que pasa cuando te instalas en ese embriagamiento, que no estás más que al momento presente, y si te dijeran que el mundo iba a acabar mañana, verías esa amenaza como algo tan abstracto que no podrías imaginártelo o, aunque llegaras a hacerlo, te suscitaría poco más que una indiferencia vaga por algo que ocurriría en un remotísimo lugar del futuro, llamado día siguiente.

De pronto, algo que no había percibido hasta entonces me llamó la atención. En el listado de chicas había la foto de otra que tenía un aire familiar.

Hola, soy Marga, una guapa chica esclava de 19 añitos, con un cuerpo hecho para el vicio y el deseo. Con mi cuerpo de modelo todo natural, mis piernas bronceadas y suaves y una carita de niña. Soy una teen espectacular que en la intimidad lo da todo. ¿Quieres comprobarlo? Tan solo tienes que llamarme.

Servicios de sexo: francés natural, griego, lluvia dorada, lésbico, besos en la boca, masajes eróticos, *striptease*, atención a parejas, despedidas de soltero, juegos eróticos, servicios de escort, cenas y celebraciones.

Horario: lunes a viernes, 11h - 4h. Sábado 11h - 4h. Domingo 11h - 4h.

Viajes: no.

Lugar: apartamento, hotel y dirección del cliente.

Tarifas: 1 hora 100 euros. 1 hora con salida (más taxi) 150 euros.

Formas de pago: efectivo y tarjeta de crédito.

Las fotos de ella y de Laura parecían hechas por la misma mano o por la misma cámara o en la misma casa o con la misma iluminación o tenían alguna otra cosa en común que no acertaba a definir con precisión pero que era indudable para mí. Me di cuenta de aquello en lo que más se asemejaban las fotos de las dos: la ropa interior, que parecía de una misma colección de lencería. Las chicas la debían de comprar juntas. El nombre de la chica era Marga, como la compañera de piso de la que hablaba el periódico. Y la casa. La casa en la que se habían hecho las fotos era la misma. La misma ducha del cuarto de baño, con el azulejo del mismo color. Las dos fotografiándose con el culo en pompa y apoyándose sobre la misma mesa, en la misma postura sugerente.

Me encendí un cigarrillo sin darme cuenta de que había ya otro humeando en el cenicero. Me acabé el *whisky* y me eché un nuevo chorro del color de la orina oscura en el vaso ancho de cristal pesado. No pude evitarlo. Llamé al teléfono móvil de Marga. Cuando estoy así me entran unas a modo de palpitaciones y un tembleque que no se me quitan hasta pasado un buen rato. Dos señales de línea y una voz con un acento eslavo fuerte pero acariciador, que me responde al otro lado.

Yo digo lo que en estos casos. Que la he encontrado en la web de contactos y que me gustaría verla y tal. Ella me dice los precios y, cosa no común, que en el mismo está incluido el griego, por el que casi siempre se cobra un extra. De la excitación que se apodera de mí tengo que apuntar la dirección en un periódico, por miedo a no acordarme. Está también cerca de casa. En esta ciudad de mierda, donde hace un calor horrible en verano y en invierno hace un frío húmedo y malasombra que se te mete hasta el tuétano, donde se pudren medio millón de personas y donde yacemos enterrados prematuramente mientras los alcaldes hacen glorietas horrendas y plantan setas de cartón piedra con muecas repugnantes, en esta ciudad, digo, en esta ciudad de mierda todo está cerca de casa.

Cinco

En efecto, su apartamento estaba a unos pocos minutos andando.

Leuca es una ciudad favorecedora del vicio.

Si tuvieras que coger el coche con unas cuantas rayas y no menos copas de alcohol dentro del cuerpo, te lo pensarías un poco. Quizás te arrepintieras en el garaje, al lado mismo del coche o ya metido en él, por miedo a que te parase la policía y dar positivo en un control de alcoholemia u otras sustancias estupefacientes, con la consiguiente sanción pecuniaria, retirada del carnet de conducir y posible pena de privación de libertad por el plazo establecido por el código penal.

Si llamaras a un taxi, pudiera bastar el tiempo que lo esperas para enfriar el ardor, pues éste es de suyo impetuoso y arrebatado. No he conocido a muchos viciosos planificadores aunque, teniendo en cuenta la existencia de tantos y múltiples temperamentos, como los que son en este valle de lágrimas, no puedo asegurar a sangre y fuego que esta especie no exista.

Pero si el objeto de nuestra pasión no requiere más que andar unos pocos cientos de metros, el escaso esfuerzo que hay que ejecutar no tiene suficiente fuerza disuasoria para apartarnos de nuestra meta.

En resumidas cuentas, anduve con el corazón palpitante, como ya me era usual, más por el nerviosismo que por el efecto de la cocaína, y llegué hasta la dirección que me habían dicho. Pulsé el botón de su piso y esperé unos segundos. Entonces se abrió la puerta del portal con ese sonido tan característico de otras ocasiones. En el ascensor, el corazón me latía tan fuerte que tuve miedo de que la chica lo oyera cuando la tuviera enfrente de mí. Me abrió la puerta la misma Marga G. Era la de la foto. He adquirido con el paso del tiempo esa habilidad para distinguir si las fotos son falsas o no, a pesar de que la cara esté difuminada.

Marga. Era el tipo opuesto a Laura. Laura era rubia, delgada y aniñada. Marga era morena, sensual y con curvas, aunque tenía en común esa mirada

eslava tan diferente de las españolas. Era un cuerpo de maciza mediterránea, con una linda cara del este de Europa. Tenía esa contundencia de las carnes abundantes pero prietas, ese milagro de la naturaleza que es una hembra robusta, pero sin ninguna concesión a la flaccidez ni a la blandura. Ejemplar raro y fugaz, porque el paso del tiempo es muy cruel con este tipo de mujer y, en muy pocos casos, la gravedad de Newton, o el paso ineluctable de los años, no echa a perder esa opulencia dura de piedra pómez.

Estaba ella en la edad justa de los veinte años. Es la edad justa para encontrarte con este tipo de féminas si lo que andas buscando es algo que se le parezca.

Es claro que lo de prostituirse por cien euros obedece a una necesidad económica transitoria. Lo hacen casi por una razón existencial: para no depender de nadie y ser libres de cualquier atadura. Si a una de esas chicas le ofrecieras más dinero para que se acostara contigo, por ejemplo, en una discoteca, posiblemente te dijera que no, con el mismo desprecio que manifiestan esas diosas desdeñosas que bailan en los altos ámbitos de la noche y que reciben el nombre de gogós. Es verdad que a la gente, sobre todo a los varones, poco dados a comprender estos matices, la cosa resulta inextricable. Pero ellas distinguen su ámbito privado, en el que no se venden, de su trabajo coyuntural, en el que sí que lo hacen y por una cantidad a veces desdeñable, atendidos sus encantos y atractivo físico. No es un tema de dinero sino de independencia. Si costara menos sería lo mismo. Ellas quieren ser jefas de sí mismas, empresarias venéreas de mercaderías varias, cóncavas y convexas, impares o duplicadas, delanteras y traseras, y aptas para sus usos y empleos propios de acuerdo con ese libro de instrucciones que no importa tanto que no lleves previamente memorizado siempre que dispongas del dinero suficiente para la ocasión.

Me encontraba así pues frente a Marga, la amiga de Laura, con la que compartía casa y con toda certeza oficio, servicios y clientes. Entré un poco nervioso, algo que ellas entienden normal siempre que la cosa no se ponga más tensa de lo debido, y no perciban en la mirada del recién llegado ese brillo tan característico de los sádicos, los asesinos en serie y los que no llevan más de diez euros en la cartera. Parecía segura de sí misma y se conducía con una suavidad que hacía que uno se olvidase de que estaba con una profesional del amor.

—Hola qué tal. Soy Marga. Pasa cariño.

Dos besos como suele hacerse en España. En otros países pueden ser uno, tres o ninguno.

—Siéntate ahí. En seguida vengo, mi amor. Dime qué quieres tomar. Tengo de casi todo.

Todo ello venía adobado con un dulce e inconfundible acento eslavo. Por la forma de hablar no me parece como otras búlgaras que he conocido, generalmente chicas del campo o con escasa cultura y de maneras algo bruscas pero eficaces en su cometido. Quizás no fuera falso lo que decía la web y se tratara de una verdadera universitaria que se financiaba su estancia en España trabajando de escort. Llevaba un vestido verde, sedoso y de falda corta que le resaltaba las curvas. Hasta un burka hubiera valido para resaltárselas.

Se sentó a mi lado en el sofá, rozándome con su cadera, y me puso una mano encima de la pierna. Me miró con sus ojos de esmeralda en technicolor. Más de lo necesario para desarmar a cualquiera. Acordé con ella el precio. Me hacía sentirme culpable no pagarle de inmediato, como si cada minuto de retraso devengase un desproporcionado interés de demora.

Cien euros por hora incluyendo griego. No era usual, como antes he dicho. Por tres horas, le dije por decirle algo. Igual podía haberle dicho por tres días, por tres meses o por tres años. No creo que estuviese acostumbrada a servicios tan largos, teniendo en cuenta la severa crisis económica que veníamos padeciendo desde hacía tantos años y que había tirado a la baja, entre otras tantas cosas, las viviendas, los aranceles notariales y el precio de sus servicios.

Se relajó y me relajé. Pegué un par de sorbos al ron con cola que me había preparado. No suelo pedir *whisky* en esas situaciones, porque me he acostumbrado a tomarlo de calidad y sin nada, y el *whisky* comercial sólo lo bebo cuando no queda otra cosa que llevarme a la boca o cuando los ansiolíticos han dejado de producirme efecto.

Me guió hasta la habitación. Pude observar que la casa coincidía con aquella en la que se habían hecho las fotos, tanto Marga como Laura. La ventana del salón, la pintura del pasillo. La textura. Es algo complicado de explicar, cuando coincide la textura de unas fotos con el escenario en que han sido hechas. Era la casa, estaba seguro. Y Marga era la chica de las fotos. No mentía y eso era de agradecer. Alguien no se lo había agradecido a la desafortunada Laura. Me pregunté si llevaría la misma ropa interior que en las fotos. En el suelo había un futón con una anchura de cama de matrimonio o de metro cincuenta. Las de metro treinta y cinco son para dormir uno solo con holgura. Las de metro cincuenta son ideales para hacerlo con morenas tetudas de apenas veinte años.

Apagó la luz principal que colgaba del techo y encendió una lámpara de mesa con una luz más mortecina, menos cruda, más cálida. La atraje hacia mí y le di un beso apasionado. A ella, aunque fuera puta, no le importaba dar besos en la boca. A algunas otras, no sé por qué, les repugna más que la coprofilia, la lluvia dorada o el sexo con animales.

Pasamos a la acción. Me quité la ropa, que deposité ordenada y bien doblada encima de una silla. Ella, en cambio, no se quitó ni los zapatos. Lo dejaba para después, sin duda para encenderme más. Me excitó verme desnudo al lado de una tía tan despampanante, vestida y recién maquillada, como si estuviera saliendo por la puerta para ir a una fiesta.

Ella con su modelito de verde satén, yo de pie y rígido como un paraguero, se puso de rodillas y me la empezó a chupar. No lo esperaba y a punto estuve de irme a la primera. Me apreté el pene por la base más ancha para detener la eyaculación, esa efímera descarga eléctrica de amperios desconcertados en su tren de inminencia. Ella me apartó la mano y se sacó las tetas por encima del vestido. Me dejé ir vertiéndome en su cara entre espasmos de pavos degollados. Luego me puso el pene entre sus pechos pegamentosos, diciéndome:

—No importa. Tenemos mucho tiempo para hacer de todo. Puedes hacer conmigo lo que quieras. No tenemos ninguna prisa, querido. Soy tuya, toda para ti, toda esta noche, para todo lo que quieras, mi amor. Me la puedes meter por delante, por la boca y por detrás. Me puedes vendar los ojos y hasta atarme a la cama. Si quieres verme haciendo pipí no tienes más que pedírmelo, mi amor. Conmigo vas a hacer todo lo que tu novia no te hace. Si te pone cachondo que te digan guarradas dímelo y lo haré. Tengo también un consolador muy grande, si te guste que te dé por el culo una chica. Igual te ponen los travestís. Tienes unos ojitos de mucho vicio. No tengas vergüenza de pedirme lo que te apetezca, aunque sea coserte un botón de la camisa o prepararte un huevo frito.

Y algunas cosas más que me decía, incluso en búlgaro, entre susurros. Cuando estás tan cachondo no existen las palabras redundantes. Era tan sexy que todo lo que decía, mientras te miraba con sus ojos verdes, sonaba a cerdada, daba igual que estuviera pidiendo una barra de pan en el supermercado.

Siempre había tenido curiosidad por saber qué se siente siendo una chica de éstas, de las que tienen a casi todos los hombres a sus pies, dispuestos a lamerle la suela de los zapatos y hasta el interior del inodoro si se les pide que lo hagan. Me hubiera gustado ser ella por un día y tener que sentarme para

hacer todas mis necesidades sin importar el aparato excretor. Por eso me parecía un misterio insondable que fuera mía durante tres largas horas por unos pocos cientos de euros. No lo entendía entonces y sigo sin entenderlo ahora.

Nos duchamos juntos y sin prisas. La ducha era la misma que la del anuncio de la página de contactos. Se puso mirando a la pared de azulejos y le pasé el chorro de agua caliente por la espalda. El vello de la piel, dorado por el sol, se le puso de gallina. Eso era algo que no se podía comprar con dinero: hacer que experimentase un microsegundo de placer, contra el que no opusiera ninguna resistencia, con la sumisión de los toros solicitando el descabello. Las gotas de espuma bajaban de su pecho al abdomen y de ahí a los muslos, para después ser tragadas violentamente por el arremolinamiento del vórtice del desagüe, como un barco extraviado en alta mar y sorprendido por un maeltrom insidioso, hambriento de mesanas, de drizas y de obenques.

Volvimos al salón, esta vez sin ropa, y me encendí otro cigarrillo, en un estado de relajamiento total, como si me hubiese tomado dos o tres valiums de los azules. Frente al sofá había una puerta de cristal corredera que conducía a una terraza. Era una planta alta, un décimo por lo menos, y debía de gozar de unas vistas estupendas sobre la ciudad. Me veía en la pantalla negra de la televisión de plasma, reflejado y tranquilo al lado de la chica morena. Me fijé en los pies, tostados como el resto del cuerpo, y en las uñas, pintadas de rojo intenso. Combó una pierna y la puso debajo de sus nalgas. Los tendones de sus muslos se tensaban sobre el sofá aterciopelado, del mismo color que el vestido que se había quedado en el dormitorio, destacándose el músculo lateral de su pierna (vasto exterior se llama) sobre los demás. Haría ejercicio para mantenerse en forma o bien estaba en aquella edad en que los miembros no necesitan sufrir para mostrarse bellos.

Su cuerpo presentaba una estricta simetría: dividido por una línea vertical longitudinalmente y por la mitad, ambos lados eran idénticos en cuanto a su cantidad de belleza. A diferencia de los huesos impares y únicos, los pares, en su duplicación, tenían una forma irregular, ubicados de una manera igualmente simétrica a uno y otro lado de su cuerpo, que yo contemplaba patético, aséptico y analítico con la admiración científica de un manual de anatomía enamorado.

Sonaba la música de la lista de canciones del ordenador, conectado a un altavoz inalámbrico. La cogí de las manos y ella se levantó divertida. Giró desnuda, hecha una peonza bajo mi brazo. Bailamos como en un guateque solemne o en un baile nupcial antes de ser ejecutados:

Well it's been building up inside of me.
For oh I don't know how long.

Ella cerraba los ojos dejándose llevar con la ilusión de una niña en su primera fiesta. Me puso los brazos sobre los hombros. Yo iba hacia atrás, ella me seguía.

I don't know why.
But I keep thinking.
Something's bound to go wrong.

Me atravesaba con sus ojos verdes, con el gesto travieso de un niño torturando a un gato sordo.

But she looks in my eyes.
And makes me realize.
And she says «Don't worry baby».
Don't worry baby.
Don't worry baby.
Everything will turn out alright.
Don't worry baby.
Don't worry baby.
Don't worry baby.

No había motivo para la preocupación. Se dio la vuelta y bailó de espaldas a mí, frente a la noche estrellada de Leuca. Sus caderas seguían el ritmo de la música y señalaba con el dedo por encima de la cabeza, en paralelo al hombro opuesto, igual que las bailarinas en los clips musicales de los cantantes malos.

I guess I should've kept my mouth shut.
When I started to brag about my car.
But I can't back down now because.
I pushed the other guys too far.

Me sentía en ese momento el hombre más fuerte del mundo, y ningún macarra iba a quitarme a mi chica. Tenía el coche más rápido de la ciudad y eso era lo único que importaba. En esos coches de los cincuenta sobra espacio para abrazarte con ella y hacer todas las cosas mientras escuchas canciones cursis. Sin importar que gasten tantísima gasolina y mañana salga el avión para defender a tu país en la guerra de Corea.

She makes me come alive.
And makes me want to drive.
When she says «Don't worry baby».
Don't worry baby.
Don't worry baby.
Everything will turn out alright.

Don't worry baby.
Don't worry baby.
Don't worry baby.

Todo estaba saliendo bien. Ella me hacía volver a la vida y, cómplice, bailaba como si estuviera en una discoteca, delante de mucha gente, aunque el único Travolta absorto que la contemplaba era yo.

She told me «Baby, when you race today.
Just take along my love with you.
And if you knew how much I loved you.
Baby nothing could go wrong with you».

Sus ojos emitieron un destello de admiración. Metí el dedo en la bolsa de coca y luego en mi boca. Me miró picara y volví a meter el dedo, pero para introducirse esta vez en la suya. Ella lo chupó y me mordió, haciéndome un poco de daño.

Oh what she does to me.
When she makes love to me.
And she says «Don't worry baby».
Don't worry baby.
Don't worry baby.
Everything will turn out alright.

La convertí en uve, echándomela a los hombros, y la puse tendida sobre el sofá. Le llené el hueco del ombligo de coca y lo esnifé. Le di un trago largo a la copa y me puse otra de ron con los restos crujientes de los hielos, a los que no había dado tiempo a derretirse del todo.

Se levantó y siguió bailando de espaldas siempre a mí. Se giró y frunció el ceño, ciñendo con las arrugas de su frente la parte superior de su nariz, y mordisqueándose el labio inferior, al tiempo que se relamía el de arriba con la lengua. Me atrajo hacia sí, tirándome de la muñeca. Poniendo sus manos en mi cuello me besó en la boca, metiéndome la lengua virulenta y recorriéndome todos los planos de mi oquedad con su destornillador histérico.

Don't worry baby.
Don't worry baby.
Don't worry baby.

Terminaba la canción. Me arañó con sus uñas los glúteos, mientras los látigos indolores de sus pechos golpeaban en los míos. Me miró fijamente, como las parricidas decididas, follándome con la mirada. Yo se la mantuve retador. Había un hilo de fuego en ese cruce entre sus ojos salvajes y los míos de

livingstone alucinado. Me mordió un pezón: se ve que cuando se excitaba mordía si no es que el hecho en sí de morder la excitaba. La estreché contra mí y le metí el dedo del medio por el ojo del culo. Apretó las nalgas y me lo aprisionó, falange de Zenda presa en su caverna pestilenta y tersa. Ella respiraba fuerte y jadeante. Sentí su pubis mojado contra mis muslos hispídos. Le metí el dedo lleno de mierda en la boca y se la besé con violencia, entre amargores de canela y cúrcuma.

De pie y bailando le hice darse la vuelta y se le metí en esa postura, asiéndola bien fuerte por la cintura con ambas manos. Ella no terminó de bailar hasta que yo me fui. Salí de dentro de ella y siguió meneando el culo al ritmo de la música durante un rato, apretándolo contra mis ingles exhaustas y pegajosas como la parte de abajo de las pegatinas de las mandarinas. Ahora es cuando me hubiera gustado tener la pócima secreta y desdoblarme para que tomara el relevo Jekyll o Hyde, quien de los dos fuera al que tocara presentarse.

Nos sentamos en el sofá a hablar. Tiempo para recuperarse hasta el siguiente envite. Ya había gastado dos balas y la noche era tan corta. Me acordé, aliviado, de que tenía quinientos o seiscientos euros más en la cartera, que siempre llevo encima, junto con siete u ocho tarjetas de crédito, por si acaso. Alargaría la noche hasta el final, y la extendería hasta el infinito, aunque para ello fuera necesario bajar a sacar más dinero del cajero echando a patadas a los mendigos como si fueran los mercaderes del templo de Jerusalén. O aunque hiciera falta hipotecar mi casa o vender mi biblioteca de varios miles de volúmenes sin posibilidad de reemplazo. O vender las joyas de mi madre, que se había muerto amargada por no tener descendiente femenino a quien dejarlas.

Me dejé mecer por su voz musical, de la que importaban más las cadencias que los significados. Saboreé lo primero el ron, solo como mi alma y oscuro como mis anhelos. Y me fumé un cigarrillo de boquilla anaranjada. Los anillos azulados subían hasta la lámpara con varios brazos del techo, espectador silente de nuestra danza lúbrica.

Marga no fumaba, pero no le molestaba que lo hiciera a su lado. Yo estaba embriagado por ese sexo enervante que ella prodigaba con tanta generosidad, emanando de su figura plotiniana en viaje de retorno al uno primitivo y sin mengua. Había sido una epifanía en la que todo había tenido lugar con la espontaneidad de la lluvia rala en Brighton. De aquellas situaciones en que ocurre algo único e irrepetible y quisieras detener el tiempo, pasando por la misma experiencia varias veces seguidas durante tres

o cuatro eternidades, en un bucle que ojalá fuera interminable. Pero la vida no lo permite y te obliga a avanzar por la carretera en un hacia adelante irreversible.

Pasaría un buen tiempo hasta que encontrase una chica como aquella.

Me acordé de las fotos tuyas de la web. En persona la había vista o bien vestida o bien completamente desnuda; apenas en ropa interior, como en las fotos del anuncio. La ropa que compartía o que compraba con Martina H. Yo seguía la regla del 1/10, no solo aplicable al sexo y a la contabilidad de costes sino en general a todas las experiencias de la vida. De cada diez de ellas una era muy especial y nueve pasables, anodinas o simplemente nefastas. Pero había que pasar por las otra nueve para obtener esa décima especial: el diezmo que te da la vida y por obra del cual ésta adquiere su sentido. Todo hacía un conjunto cuando lo contemplabas desde la perspectiva de ese dios del que habla el filósofo, incapaz de ver aspectos parciales de las cosas. Sentí curiosidad por verla con la ropa interior. Es lo que pasa si tomas drogas y tienes a tu lado una mujer hermosa. Estuve a punto de pedirle que se pusiera la de las fotos y no sé por qué me apetecía verla con la de su amiga muerta. ¿Qué es lo que más valoraba? En lo que se refería al sexo, el acceso al pastel de la belleza que tanta gente tiene vedado. La de esas chicas de revistas y sin photoshop, de las que van a una boda en mayo y todo el mundo se fija en ellas salvo los obispos y sus delegados. Mis cánones estéticos no se apartaban en ese sentido de los del varón convencional. En ropa interior. En ropa interior y con tacones. O sin tacones. Sólo en ropa interior. Sin tacones. O con tacones sin ropa interior. ¿Cuántas marcas de ropa interior conocía? Lo que te diferencia de los demás no es lo que te gusta, a todos nos suele gustar más o menos lo mismo, sino aquello de lo que puedes disfrutar. Y su reverso: aquello que rechazas porque no te satisface del todo. La franja de lo dudoso, que no es lo mismo que lo que no te colma. Victoria's Secret, Wonderbra, Braza, Dim, La Perla, Verango, Philippe Matignon, Triumph, Intimissimi, Playtex, Maria Claire. Las marcas que utilizaban mis amigas de dos dimensiones que me hacían compañía mientras esperaba a los autobuses, así como en las respiraciones amortiguadas en el cuarto de baño donde me miraba desde abajo el ojo de cíclope del desagüe de mi soledad.

Me excitó la idea de proponerle que saliéramos desnudos a la escalera, y nos lo hiciéramos allí. O que me poseyera con su pene de plástico. O que me descuartizara para guardarme en tarritos dentro de su nevera, como hacen los enamorados cuando van en serio.

Me bebí de un trago lo que quedaba del ron. Me sacó de mis pensamientos Marga, con una mirada verde y una sonrisa blanca que resaltaba sobre su piel morena, al igual que la de Julio Iglesias en las portadas de sus discos. Apoyó su cabeza en mi hombro y me acarició los pelos del pecho y del abdomen. Yo con mis dedos jugaba por su costado y le cosquilleaba los muslos. El pubis estaba depilado casi al cero y raspaba agradable.

Estaba pensando en la forma de sacar el tema de su compañera asesinada, Laura-Martina, pero entre el efecto de la cocaína y el tenerla tan cerca y tan sin ropa, enseguida me animé de nuevo. El efecto sobre mi anatomía era bastante visible. Ella se acercó y me acarició la espalda y luego los testículos. Con la lengua empezó a surcármelos. Una serpiente mojada y viscosa me recorrió los alrededores de la bolsa donde se alojaban mis raciones seminales, revolucionadas como los gases cuando aumenta la presión o la temperatura, obedeciendo a Gay-Lussac. Se me puso tan tiesa que sentí como si el prepucio se me quedara corto y me llegara sólo a la mitad de la altura del pene. Como un adulto recién circuncidado. Como un cohete a punto de despegar desde Cabo Cañaveral. Cesó todo y me dejé llevar. Mientras, el neoyorquino cantaba la gloria divina:

Glory of love, the glory of love
the glory of love, might see you through
yeah, but now, now.
Glory of love, the glory of love
the glory of love, might see you through.
Glory of love, ah, huh, huh, the glory of love.
Glory of love, glory of love.
Glory of love, now, glory of love, now.
Glory of love, now, now, now, glory of love.
Glory of love, give it to me now, glory of love see you through.
Oh, my Coney Island baby, now.
(I'm a Coney Island baby, now).

De mi estancia en Coney Island y de todo lo demás guardo un recuerdo inmarcesible. Posiblemente la mejor noche de mi vida. Bueno, una de las diez mejores. En algunos períodos de ella mi ardor se ha calmado y he valorado otras cosas distintas del puro sexo, ésas que uno busca en un amigo y encuentra en una mujer, o bien las que sólo ellas pueden proporcionar aunque no pertenezcan al ámbito de sus genitales y vengan acompañadas de esa guarnición indeseada de insultos calculados y resentimientos sedimentados a lo largo de los años, de incomunicación crónica y de otros elementos de la convivencia entre dos seres humanos marcados con el hierro del

enamoramiento, de la costumbre o de la dependencia. Pero daría un año de mi vida por volver a vivir una noche como ésa.

Por desgracia, no pude sacar ninguna información sobre Laura. Todo se me fue en sexo y en ardores. Perdí la cabeza. Directamente, puse la coca encima de la mesilla, y me tomé casi tres gramos. Para hacerse una idea, cada gramo son diez rayas razonables o bien cinco muy razonables. Ella me ayudó algo, pero se notaba que no era una compulsiva adicta como era yo por aquel entonces. El último polvo ya fue excesivo. Tenía una erección tremenda, y aquello no había forma de que parase. Los efectos de la coca, que pasas del priapismo a la impotencia, o de ésta a un empalme infinito, al modo de los trenes de ciertos aeropuertos, que hacen un único recorrido, pero en los dos sentidos posibles.

Tengo el recuerdo de estar detrás de ella, y su pelo negro y largo cayendo sobre su espalda, y de un tatuaje en el tobillo y otro en uno de los omóplatos. Y de cómo miraba hacia atrás, entre exhausta y complacida, mientras yo tenía las manos apoyadas sobre sus hombros brillantes de sudor. Una vena azul resaltaba sobre su cuello moreno, tenso por la torsión, las drogas y el empuje del Súcubo que a su zaga porfiaba con la boca espumeante y el vientre ardiente y percutiente.

Acabé agotado y ella también. Enturbiado de tanto sexo y tanta coca, empezaba a sentir en la cabeza algunos chirridos, cosa que me ha pasado alguna ocasión en que me he excedido con las drogas o éstas conmigo. Cuando acabamos quedé en llamarla en breve. No tenía fuerzas para hablar y ya me parecía que los mecanismos de mi mente habían dejado de funcionar de una forma correcta. Ella, en cambio, aunque cansada, estaba fresca y bella. Me acompañó desnuda hasta el ascensor, y de esa despedida aún guardo el roce tenue de sus nalgas suaves.

No me acuerdo de cómo volví a casa. Al día siguiente me desperté en el sofá, vestido y con el sabor amargo de la cocaína en la lengua, que me recordaba a la aspirina masticada de mis noches de infancia. Y ese dolor punzante en los ojos que tanto me venía últimamente, como si un torturador a domicilio me clavara alfileres en los párpados.

Seis

Pero la siguiente vez no pudo ser. Al día siguiente estaba muerta. Caída desde su terraza.

Eso decía el periódico local de Leuca. No se sabía si había sido suicidio o asesinato. No había signos de violencia o de una lucha previa. El que la había empujado, si es que no había sido ella la que se había lanzado por su propio pie a los diáfanos aposentos abisales, la había cogido por sorpresa, con la expresión de los perros tan injustamente atropellados en la carretera por los coches y por los camiones confabulados en un mismo afán.

Yo estaba demasiado alterado, aún bajo la desconcertante resaca de la coca, para pensar de manera cabal. Me entró pánico, ante la idea de que la policía localizase mi llamada y pudiera acudir a mi casa a interrogarme, en el estado tan confuso en que me encontraba. Sentía calambres agudos en la uretra y las cervicales, tensas, me dolían como si tuviera un ángel de la guarda acuchillándome. El policía, de tener dos dedos de frente, no dudaría de que yo fuera el asesino de forma indubitada.

No me atreví a salir a la calle y comí las latas de comida preparada que tenía en casa, como si estuviera masticando trozos de corcho o los espaguetis de Charles Chaplin. Bebiendo mucho *whisky* e ingiriendo un cierto número de orfidales y tranxiliums de colores varios, como el arco iris o las banderas gays, pude acabar el día sin llegar a caer en un estado de histeria total.

La noche tuvo un efecto relajante en mí. Me consoló que quedase menos para que terminara el día. A la mañana siguiente, pensaba para reconfortarme, vería las cosas con ojos diferentes y con algo de claridad. O por lo menos, ese estado de torpeza mental producido por la cocaína empezaría a remitir, de modo que podría enjuiciar lo ocurrido sin estar dominado por esa sensación de pánico angustioso y paralizador. Eran las doce de la noche y acostado en mi sofá de cuero naranja, tan frío respecto del sofá de terciopelo de Marga, cerré los ojos sin dormirme, pero calmado de mis terrores del día.

La policía gracias a Dios no llamó a la puerta. La policía de Leuca tenía fama de ser nefasta y corrupta, como todas las policías del mundo, aunque lo segundo de poco o nada podía servirme, teniendo en cuenta las escasas influencias que podía tener yo sobre el decurso de la investigación policial y judicial. Yo era un mero funcionario en excedencia, que escribía columnas en la prensa local sobre cualquier asunto que me encargaban, aunque no tuviese ni la más remota idea sobre él, y que estaba escribiendo un libro penosamente, que me costaba más que cavar piedra. Era el último mono, un personaje insignificante que se arredrará a la hora de enfrentarse a la menor pregunta comprometedora. Y sobre todo mentir. No es que se me diera fatal mentir: es que me horrorizaba la idea de que mi cara delatase al instante la escasa calidad de mi versión sobre los hechos, como el personaje de aquel cuento que no puede impedir que el latido imperioso de un corazón revele su crimen ante las autoridades.

Bien pudiera ser que la apariencia de suicidio hubiese determinado que no se produjeran investigaciones. Lo incomprensible es que nadie me preguntara qué hacía yo llamando por teléfono a una prostituta la misma noche en que se había tirado por un balcón. Tantas novelas policíacas y de serie noire que había leído, que me parecía increíble que nadie comprobase las llamadas recibidas por su móvil.

Pero se ve que a nadie interesaba el suicidio de una prostituta búlgara llamada Marga, ni aun cuando su mejor amiga y compañera de trabajo había sido recientemente asesinada y enterrada en una parcela de las afueras de Leuca. Ya había dos pistas que me señalaban. La primera tan obvia, que no merecía comentario, pero de la cual parecía no haber testigos. Y la segunda que me señalaba con un dedo apuntador, al igual que la mirilla telescópica de un francotirador experto emitiendo el último pestañeo antes de disparar.

Una historia absurda sobre una visita a altas horas de la noche a una casa de citas, una puerta que se abre sola, un cadáver desaparecido y una huida precipitada sin avisar a la policía. Ahora estaba empezando a convertirme en la presa de algún cazador. Extrañamente nadie me había buscado para que explicase lo ocurrido esas dos noches de crímenes. Lo que no sabía es si alguien poseía esa información y por misteriosas razones la guardaba para utilizarla más adelante. En cualquier caso, mi situación era comprometida y más resbalosa que una pastilla de jabón made in Dachau.

La cuestión es que, por haberlo postergado a una futura cita, me había quedado sin la información que me hubiera podido proporcionar Marga acerca de Laura. Y lo más frustrante, sin una segunda noche de sexo

inolvidable. No sé qué cosa más lamenté de las dos. Es lo que tienen en común los momentos especiales de la vida: que no se pueden repetir, como si fueran una jugada dudosa en un partido de fútbol.

Todas las noches duermo un poco con Marga, que se acurruca contra mí y me roza los tobillos con los dedos de sus pies y sus uñas pintadas de rojo. Yo le pregunto por qué tuvo que caerse desde un décimo piso y ella me responde que está conmigo para quedarse toda la noche y que será toda mía y sin objeciones. Guardo en el formol del tarro de los recuerdos su corazón de ninfa suicidada.

Siete

Pasaron algunos días y se fueron desvelando los hechos que tuvieron lugar la noche del supuesto suicidio de Marga.

Se había lanzado desde el balcón de su casa a eso de las ocho de la mañana. Yo no me acordaba de cuándo me había ido. No me acordaba de si era de día o de noche. No me acordaba de nada, salvo de escenas de sexo dulcificadas por un enmarque onírico, hasta que una figurilla epiléptica de cristal de Murano con bruxismo se rompía con estrépito, al cabo de muchas rayas de cocaína. En todo caso se había suicidado después de que me hubiera ido, o eso creía yo, llevado por el recuerdo vago de los retazos confusos de mi memoria. Llegados a este punto, ya empezaban a entrarme dudas de si había sido el asesino tanto de Laura como de Marga. Si había asesinado a Marga, aunque no me acordara, lo había hecho muy bien, porque la policía lo había tomado por suicidio. Lo de Laura ya no me encajaba. Podía conceder que extraviado por un exceso de drogas y llevado por una furia homicida para mí hasta entonces desconocida, la hubiese matado arrebatadamente.

Pero lo de haberla conducido en coche y enterrarla en un lugar perdido implicaba un cierto plan. Y tiempo para ejecutarlo. Y eso ya requería que mi estado mental padeciera una perturbación tal, que no me parecía posible haberlo hecho sin que de ello me quedara memoria alguna. Los hechos ocurridos, como los he contado, me habían pasado de una forma lineal, continua. Me había emborrachado y drogado muchísimas veces y no me constaba haber asesinado a nadie en ninguna de mis modestas e inofensivas orgías, que ni merecían este poético y evocador nombre comparadas con las de verdad: las de los actores de Hollywood, los cantantes de *rock* y los directores del Fondo Monetario Internacional. Y sobre todo, y era algo de lo que siempre me había sentido muy satisfecho, no importaba lo borracho o drogado que pudiera estar, nunca había tenido lagunas, intervalos durante los cuales no me acordara de qué había hecho. Por lo menos hasta entonces. Si

bien llevaba unos cuantos meses excediendo los límites de lo que había hecho con anterioridad. Lo sabía, aunque siempre me creí con capacidad de controlar la situación. O eso pensaba, y de esa forma me engañaba.

Luego estaba la desconcertante coincidencia de que cada una de las dos muertes había ocurrido después de mis visitas, la una frustrada y la otra maravillosamente satisfecha. La primera podía tal vez considerarse debida a un cruel azar. La segunda, por el contrario, venía de la mano de alguna mente calculadora y maléfica, que quería conducirme por el camino más directo al matadero, es decir, a que fuera acusado de reo de asesinato con alevosía y especial sadismo por un juez circunspecto y con soriasis, o por un tribunal sañado de hombres serios y mujeres frías, en primera o en segunda instancia.

Que fuese yo una persona con una obsesión extrema por el sexo en todas sus variantes podía probarse mediante un sencillo registro de mis ordenadores, discos duros, revistas y de mi cerebro, si ello fuera posible, como ocurría en algunas películas de ciencia ficción. Y de ahí a demostrar delante de un jurado, juez o tribunal, según las normas penales procesales pertinentes al caso, que el reo, esto es, yo, era un truculento asesino de prostitutas que había llegado a tal punto de depravación que había empezado con otros placeres más transgresores, había un paso muy pequeño. ¿Quién que no estuviera borracho no iba a creer la versión de mi acusador, dadas las circunstancias? Pero me pasmaba el hecho de que por los menos no me hubiesen llamado por lo del segundo asesinato, por mucho que pareciera un suicidio.

Algo estaba pasando en la mente de algún demiurgo malévolo, que jugaba conmigo como los diputados al tetris en las sesiones largas del congreso de los diputados, mientras los ministros listos hablan de la política agraria común para desviar la atención de los sufridos votantes y mantenerles en el engaño de que su vida sin ellos no es vida, sino un desierto de arena, un hormiguero solitario o un vaso de leche con mercurio, que un Cary Grant perverso me quería convencer para que bebiera, metamorfoseado en una Joan Fontaine horrorizada de amor y lactofobia.

Ocho

Fue mi amigo Jonás, secretario judicial de nombre bíblico y cetáceo, el que me sacó de dudas.

Solía correrme con él juergas más o menos desenfrenadas en los viejos tiempos, aunque su boda y posterior paternidad le habían forzado a desistir de ellas. Sabía que estaba pasando por un mal momento con su mujer. Me habían contado que lo habían visto de noche, e incluso amaneciendo, en un estado peor que precario, así que quedé con él para comer, con la intención de obtener alguna información sobre cómo iban las investigaciones, y bajo el pretexto de que me había enterado de que estaba pasando por una mala racha, que por eso quería ayudarle en la medida de lo posible y en todo aquello que estuviera en mi mano y alguna que otra excusa análogamente creíble que pergeñé a tal efecto.

La noche establece lazos fuertes entre los hombres, que permanecen sólidos frente a cualquier embate del tiempo, a menos que razones de otro tipo los rompan. Y de esas situaciones viciosas nos formamos un recuerdo idílico que nos da el respiro si la vida doméstica nos ahoga, y se nos aparece como maná, panacea o salvación si esa vida llega a su fin.

En el caso de mi pobre amigo, ni lo uno ni lo otro, porque el túnel en que se encontraba era tan hondo que no se veía por dónde pudiera salir a la superficie. Tal era el estado de profunda depresión en que, ya fuera por los avatares de su matrimonio, ya por alguna predisposición connatural en él, se encontraba sumido.

Jonás no era alto pero su delgadez le hacía parecerlo. Tenía un ojo de cada color, como David Bowie, y una voz grave y potente con la que te podía hablar desde la otra punta de una discoteca, aunque estuviera a rebosar de gente. Pero la depresión le había dado una tonalidad oscura de asesino de niñas confesando a la policía en qué parte del jardín tenía los cuerpos enterrados.

Lo invité a cenar en un restaurante vasco. Tuve que pedir yo solo la comida y la bebida: mi amigo tenía los ojos perdidos en un punto ciego, como si mirase algo que estuviera detrás de mi espalda. Lo que me decía no era muy inteligible. La depresión, junto con el más que posible exceso de alcohol, no permitía que su sintaxis fuera descifrable, a menos que se tuviera conocimiento previo de él y de sus circunstancias. Más significativo para mí era el tono triste de los fonemas espirados por su aparato fonador para, entre sí, copulando y mezclándose lascivos, constituir monemas, lexemas y morfemas y, con estos ladrillos lingüísticos, estructuras gramaticales más complejas que, en el caso de mi pobre amigo, no llegaban a constituir unidades funcionales eficientes en lo semántico.

Me contó, sin pretender, infructuosamente, inspirar lástima, su penosa situación familiar, y que su mujer le había impedido en los últimos meses tener contacto con sus dos hijas, una de cuatro años y otra de poco más de uno. No me quedó claro si había empezado a beber por el fracaso de su matrimonio o si bien su matrimonio había fracasado porque él había empezado a beber. Conociéndolo, esta segunda parecía la opción más probable. Entonces había empezado a arrastrarse por la vida y a cerrar bares, hasta el punto de terminar sin sentido y desnortado durante las horas que los demás ciudadanos dedicaban al trabajo ordinario, a llevar a los niños al colegio o a pegar a sus padres con alzheimer.

No había pedido baja por depresión, ni excedencia voluntaria, ni forzosa, ni nada de nada. Lo más terrible es que en los Juzgados de Leuca nadie se había interesado por su situación y les había pasado inadvertido su cambio de conducta. Por la mañana se refugiaba en su despacho, profundamente alcoholizado y dormía algo en su silla o soñaba iluso que era feliz en casa, con su mujer y sus dos hijas, hasta que esa acidez de estómago, característica de cierto tipo de alcohólicos, le despertaba de sus ensoñamientos, pasando de ahí a los ensañamientos con que su vida consciente lo torturaba.

En resumidas cuentas, nadie reparaba en él. Eso tampoco me sorprendió, ya que me constaba por otros cauces, amigos y conocidos, el detestable estado en que se encontraban los juzgados de Leuca, por otra parte asaltados más de una vez para eliminar pruebas de los innumerables pleitos de corrupción urbanística que dormían el sueño eterno en sus lejas, archivadores y estanterías. Dado que esos casos apuntaban en buena parte al partido gobernante, y que los procesos eran interminables, debido a la escasez de medios humanos y materiales, el sinfín de personas públicas implicadas, la complejidad inherente a un proceso de esas características, y la delirante

legislación procesal, se había aprobado una ley que establecía la nulidad del proceso y la repetición de las actuaciones si se superaba un cierto plazo, de modo que los procesos criminales sobre corrupción habitaban en un bucle eterno, como el viajero de un fantasmagórico tren suburbano que circulara sin detenerse nunca, hasta que llegaba la hora mágica de la prescripción de las acciones, los delitos y las penas.

Las recientes reformas legales habían tendido asimismo a descargar de su labor a los jueces, no se sabía si acertadamente o no, incrementando las competencias de secretarios judiciales y fiscales. Con profesionales como él, el futuro de la justicia patria estaba destinado a ser más negro incluso que el de mi atribulado amigo. Albergué por unos instantes la esperanza de que se ocupase de impulsar el procedimiento y por eso las investigaciones se encontrasen en ese punto muerto, pero me contó que no estaba encargado del expediente de Laura-Martina y de Marga G.

Cuando llegó la chuleta de vaca vasca, chisporroteando sobre las brasas, pareció animarse un poco. La trinché y un chorro rojo saltó fuera de la mesa salpicando en el suelo. Recordé haber leído en algún sitio que a los musulmanes les repugnaba la carne no sacrificada conforme a sus ritos, acostumbrados al sabor del animal al que se le ha extraído previamente toda la sangre. Me pregunté cómo sabría la chuleta al estilo halal. El vino le proporcionó algo de euforia pasajera. Por un rato se le soltó la lengua y la jerigonza suya se hizo algo más clara: pudimos tener así algo parecido a una conversación medio normal.

No tuve que volver a sacar el tema de las prostitutas búlgaras. Fue él quien lo hizo, pues era uno de los asuntos de más relieve en los juzgados. A pesar de que los medios de comunicación no se interesaran ya tanto como al principio. Habló durante un rato haciendo una narración bastante cabal de los hechos, que para mí fue muy tranquilizadora. Me dio la impresión de que no había hablado cinco minutos de forma coherente desde hacía mucho tiempo.

Conocía algo a su mujer y, llevado de mi afecto hacia Jonás, no pude evitar sentir algo de rencor hacia ella: pertenecía al género de las eximias hijas de su madre que constituyen ciertas esposas crueles, y de las que había tenido más de un ejemplo entre mis amigos y alguna que otra amante eventual. No era justo haber dejado abandonada a su suerte y de esa forma a una persona tan frágil y necesitada de ayuda. El desdichado sufría cual perro al que hubiesen amputado las patas delanteras, arrastrándose patéticamente en un páramo enfangado en dirección a ninguna parte, como el pobre animal de aquel cuadro de la etapa negra de Goya y que el Prado exhibe al estremecido

turista que visita la sala para deprimirse con la delectación de los suicidas sin prisa.

Y entonces fue cuando Jonás me lo puso muy claro. No habían empezado a llamar a los clientes de la agenda y del móvil de la chica por la sencilla razón de que estaban implicadas casi todas las instancias de la sociedad civil de Leuca. Miembros de la élite empresarial, del estatuto judicial, de la clase política de uno y otro partido e incluso de la policía. Llamarme a mí hubiera requerido llamar a un buen número de personalidades de la provincia, que también figuraban en su registro de llamadas, y por eso había convenido tratar el asunto como un suicidio y darle carpetazo. No parecía haber pruebas y mi amigo me dio a entender que, aun en el caso de haberlas habido, la presión ejercida desde arriba habría conseguido eliminarlas o que no se tomaran en consideración. Así que, gracias a la información que él me estaba dando, pude respirar tranquilo y deseché la posibilidad de ser considerado sospechoso de los asesinatos.

Aliviado por estos datos pude dedicar toda mi atención a comer la carne de vaca vasca, tan sangrante por dentro como carbonizada por fuera. Quería pegarme un homenaje y pedí al camarero una ración más. Cayeron dos botellas de vino y terminamos con unos cuantos *gin-tonics*. Me tuve que aflojar el cinturón, haciéndome la promesa de adelgazar a partir de la semana siguiente. Y de moderar mi consumo de alcohol y cocaína, para hacerlo más sostenible. Y compatible con mi salud, que ningún susto serio me había dado hasta la fecha, y eso a pesar de mis hábitos de vida nada ejemplares y con propensión al exceso, por no llamarlo compulsión.

Eran ya las seis de la tarde, pero conocía al dueño y no le importaba que nos quedásemos en la sala. Los camareros, taciturnos, recogían las mesas contiguas. Salimos del restaurante borrachos. Sobre todo Jonás, que parecía haber vuelto algo a la vida y haber salido de sus laberintos, siguiendo el hilo tendido por alguna Ariadna incierta y fugaz, que arteramente pensaba utilizarlo como cebo para calmar al minotauro, en espera de su Teseo.

Nos metimos en mi coche y no dudé un segundo adonde ir.

Nueve

Ay de los vencidos. Vae Victis. Por absurdo que pueda parecer, éste era el nombre del prostíbulo más grande, que ya es decir, de Leuca.

Su fundador había sido un empresario inmobiliario lo suficientemente listo para vender su empresa un año antes de que se produjera la crisis tremenda que tuvimos que padecer durante casi un decenio. Se trataba de un sujeto con muy pocos escrúpulos, como lo demostraban las diversas imputaciones en variados procesos en que había sido implicado y de las que había salido absuelto con decoro, debido a la habilidad de sus abogados y, según se contaba, a que tenía información muy relevante y comprometedora que afectaba a altos cargos de Leuca y de su planta judicial. En su honor hay que decir que era una persona de una cierta instrucción, y de ahí que hubiera bautizado de esa manera el negocio, que se había erigido con merecimientos en estandarte del sector más venal en lo menos impenetrable de la noche de Levante.

La decoración no desentonaba con este nombre de ciertas pretensiones, y el local así abundaba de columnas, capiteles y piscinas, que hacían sentirse al cliente como si fuera un ciudadano de la época de Tiberio, disfrutando de las termas de la ciudad eterna. El marco estético del Vae Victis, digno escenario de cualquier bodrio del género peplum, rodado en Almería o en Cinecittà, no era la única cosa reseñable, pero contribuía al prestigio que tenía el local a un nivel nacional, y yo diría casi que internacional. En una época en que cogía mucho el avión, era frecuente que me encontrase con algún turista inglés, germano o nórdico que viajaba expresamente para conocer el lugar de los vencidos. Al presentármese me ponderaban las playas, la comida y el buen tiempo imperante en Leuca. Pero cuando se había empezado a crear una cierta complicidad, el turista, si era de aquellos que viajaba solo y me acompañaba con la bebida en el trayecto, mientras los demás viajeros dormitaban o leían a

Dan Brown o María Dueñas, solía hacerme una alusión más o menos explícita al gran templo de Hermes y de Eros.

Me acuerdo de un alemán, bávaro y con un punto judío: lo corroboraba el apellido que constaba en su tarjeta de embarque y que yo había leído a hurtadillas. Estaba sentado a mi lado y me vio con un libro sobre Psicología Gestalt, que era por entonces lo que me tenía ocupado, no por un interés especial en la materia, sino porque me habían encargado un artículo y no quería que pareciera extraído de la wikipedia. El alemán, que no tenía mucho aspecto de serlo, pues era más bajo y más moreno que yo, se puso a conversar conmigo sobre la Gestalt y otras psicologías humanistas. Me dijo que se había especializado en terapia sistèmica, y le confesé mi ignorancia sobre ella, aunque sí que conocía otras corrientes como la terapia de transformación de patrones, la neuroprogramación lineal o las constelaciones familiares. Me contó que en la terapia sistèmica, al igual que en las teorías de la física cuántica, se entendía que el punto de vista del terapeuta determinaba los resultados de la terapia, por lo que una cuestión de gran relevancia era el examen del propio examinador. Le pregunté si ese punto de vista influía en el sentido normal en que esto se entiende, o si aspiraba a tener una especie de efecto instantáneo, como el rezo, ya que había leído que algunas corrientes admitían formas de curación mental a distancia.

Entonces se le cayó del bolsillo una tarjeta del Vae Victis y ya no le hice la inoportuna pregunta de si iba a Leuca por ocio o por trabajo, ni le pregunté por su mujer ni si tenía niños. Me respondió, pero la conversación perdió la espontaneidad del principio. Habló como un paciente ante un psicólogo lleno de prejuicios, sin que me fuera ya posible hacerle entender que no tenía nada contra la forma como pasase el tiempo durante su estancia en Leuca, y que eso no condicionaba el juicio que pudiera hacerme sobre él y sobre lo que me estaba contando. Todo se perdió en una madeja de malentendidos sobre la perspectiva que presuntamente tenía uno sobre el otro. Al aterrizar, nos dimos nuestros teléfonos con intención de no llamarnos nunca, y yo dejé en la cinta de los equipajes el libro de Psicología Gestalt. Me pasé un mes leyendo sólo novelas de Simenon, de Nero Wolfe y de S.S. Van Diñe.

El coche se detuvo en el aparcamiento. Las imponentes columnas de pladur y el frescor de la humedad salina le hacían a uno sentirse igual que un galo triunfante después de días de orgiásticos despojos. No pudo dar unos pasos Jonás sin vomitar encima de una ebúrnea balaustrada.

Afortunadamente, había podido aguantar lo justo para hacerlo fuera del vehículo. Me preocupó no poder entrar, debido al estado de mi amigo. Lo

solventé abonando el importe de la entrada al portero y dándole además otro billete de cincuenta euros, práctica que solía seguir con frecuencia y que en tantas ocasiones me había salvado de aprietos varios como el que afrontaba aquel día de revelaciones tranquilizadoras.

Conocía al portero no sólo de mis visitas al Vae Victis. Había ido a mi colegio de curas mariposones, garbanzos o las dos cosas. Había sido un niño gordo y torpón, que era objeto de burlas cuando no estaba presente. Se le despreciaba, pero no se le torturaba, a diferencia de otros chicos frágiles de carácter y endebles en lo físico, que eran la presa más fácil para los depredadores más sádicos. Otros niños habían sufrido hasta abusos de carácter sexual a manos de sus compañeros de clase. Yo había sido amigo de uno de estos pobres seres, al que manifestaba mi afecto, pero ignorando las humillaciones, como si ser el felpudo de todos fuera el inevitable destino del desgraciado. Las taras que el colegio le dejó le quedaron grabadas para siempre, como quemaduras de cigarrillos.

En cambio, este otro chico, el portero, que se había salvado gracias a su invisibilidad o tal vez por pesar más que nadie, y no estar por tanto los maltratadores tan seguros de su éxito, llegó a una edad en la que se cansó del desprecio y de la indiferencia. Consciente de que medía casi dos metros y pesaba más de ciento veinte kilos, aunque fueran de grasa, se dejó una barba que no le sentaba mal y se mató a hacer pesas y a practicar varios artes marciales. De modo que se convirtió en un gigantesco montón de músculos e incluso empezó a tener éxito con cierto tipo de mujeres a las que les atraía esa masculinidad de gimnasio, anabolizantes y esteroides. Hablaba con un tono pausado y sordo de mafioso, y fue así que tuvo lugar su transformación de crío acomplejado en actor de reparto de película de Steven Seagal.

Acarició el billete de cincuenta euros como se acaricia un gato persa y nos hizo pasar con cuidada cortesía a través de la puerta de entrada con jambas de oro falso, hasta una mesa desde la que se tenía una magnífica perspectiva del género de primera calidad que proliferaba en el Vae Victis.

Lo de este sitio no tenía parangón. Ahí había encontrado desde trapeceistas uzbekas hasta serbias de dos metros.

Con la primera, natural de Samarcanda o Bujara, que no me acuerdo, el catálogo de posturas amoratorias, que incluía actos contorsionistas, era tal, que no sé cómo fui capaz de seguirle el ritmo a la flexible chica de la estepa. A veces no sabía qué parte del cuerpo de ella tocaba o tenía delante: podía ser igual un codo, que una ingle, una rodilla o un hombro. Confundía los dedos de sus pies con los de sus manos. Era bizca o bien otra versión más del

enigma que para mí siempre han supuesto los ojos de las mujeres orientales. Su cara hierática de hija de Gengis Khan me miraba ceñuda cuando eyaculé por segunda vez dentro de ella, en su sexo asiático que olía a pelo de potro mogol y leche de yegua tártara. Salí con contracturas y calambres musculares, a causa de algún esfuerzo inapropiado que habría hecho, y cojeando como el conquistador Tamerlán, aquel jactancioso descendiente apócrifo del gran Temuyín de los aceros.

La segunda aunaba a su elevadísima estatura una reciedumbre pétrea, todo ello en un rostro rubio de muñeca yugoeslava, de belleza de antes de la disgregación. Fue para mí fornicar un muro, habida cuenta de mi estatura de hombre ibero, a duras penas por encima del metro setenta, aunque con algún calzado especial con alzas pudiera acercarme engañosamente al metro ochenta. Así hacen ciertos jefes de estado y de gobierno para no parecer enanos al lado de sus esposas, calzadas sobre las afiladas agujas de Jimmy Choo o de Christian Louboutin. O peor que un muro: un muro hubiera sentido más que lo que sintió ella. La serbia inmensa acabó el coito con indiferencia, como si la cosa no le hubiera acontecido a ella, sino a alguien del edificio de enfrente. Se quedó dormida en la cama, roncando sonoramente, mientras yo me ponía la ropa y desaparecía por la puerta, avergonzado de existir.

También me había encontrado en el Vae Victis a una ex novia de mi adolescencia, de cuando tenía quince años, esa edad absurda a la que los latinos tan atinadamente calificaban como edad del dolor, pues de ahí viene la palabra adolescens, de doliente. Yo adolecí durante un verano en una playa de Leuca adonde íbamos los chicos de mi clase. Ahí conocí a una chica del Liceo Francés, que estaba al lado de mi colegio de curas, y con el cual llegaba a compartir una montaña. Yo no hice nada para merecérmelo: era tan torpe y tan cortado que ni se me hubiera pasado por la cabeza tomar la iniciativa. Fue un amigo, el más espabilado y que se había liado con la más guapa del curso, el que me dijo que le gustaba a una chica y me señaló quién era: una morena alta y de silueta esbelta, llamada Cristina. Que dominase el francés como una parisina era para mí tanto o más exótico que si hablara suajili, y esa sofisticación rara acrecentaba mi inseguridad, añadiéndole a ella una característica que la elevaba otro peldaño y la hacía más inaccesible.

El siguiente viernes que salimos nos emborrachamos y, gracias a esa euforia impostada, pude vencer mi timidez y de ahí atreverme a bailar con ella, lanzarle los primeros besos, e ir luego con la otra pareja a la playa a seguir besándonos y obtener el premio de tocar algo de lo que habitaba debajo de su camiseta y de su pantalón vaquero. Fue la primera piel perfumada que

olía desde tan cerca, y aun ahora, cuando me viene un olor parecido, me acuerdo de ella como si estuviera entre mis brazos.

La primera vez no subí del ombligo y cuando iba más allá cercenaba mis deseos con un «quita de ahí la mano». La segunda vez me dejó tentar por arriba y por debajo de su cintura, y no sé qué fue lo que más me sorprendió: si el tacto desconocido de sus pechos, con el saliente del pezón rugoso; o si la sorpresa del alambre de púas, en la antesala de la gruta de sus humedades marinas. La tercera vez fue ella la que metió la mano en mi pantalón y me la meneó con una torpeza que a punto estuvo de hacerme trizas el frenillo, escasamente flexible por entonces. Fui yo el que tuvo que cogerla de la mano para acompañarla y hacer su movimiento más regular y menos tirante, hasta que adquirió una monotonía progresiva de Bolero de Ravel inexorable. La brisa del mar refrescaba los afanes de *Christine á la plage*. Eyaculé como sólo se eyacula cuando se tienen quince años: con la virulencia de las catapultas macedonias. Ella se horrorizó al sentir su mano cual recién sacada de un tarro de leche condensada, y se la lavó con asco en la orilla, mientras yo me fumaba un cigarrillo contemplando los fuegos artificiales. Las siguientes veces empecé a trabajar por sus abajos, y pude ubicar el botón infinitesimal de su clítoris con el GPS de mis dedos lerdos.

Cuando ya habían pasado dos meses, compré una caja de preservativos, queriendo emular lo que había hecho el otro chico. No los pude estrenar esa noche ni las siguientes, y los tiré caducados al cabo de los años.

Me dijo que todo había terminado. Que no hablábamos más de seis palabras seguidas, que lo único que hacíamos era liarnos en la arena, que el verano terminaba, que el curso iba a empezar en breve, y que buscaba algo más que eso. Se había cansado de mí, un crío inseguro de quince años, cuando ella ya estaba preparada física y mentalmente para hombres expertos de cuarenta. Tenía toda la razón: estaba en ese punto de precocidad tal que podía haber pasado por una universitaria y seducir al más donjuanesco jefe de departamento o al más lúbrico de los catedráticos de metafísica. Ella era ya una mujer y conmigo se dio cuenta de que no le tocaba perder más el tiempo con adolescentes sin otros horizontes que masturbarse a todas horas, con la reiteración rijosa de los macacos ensimismados.

La montaña que unía nuestros colegios pasó entonces a separarlos. Cuando nos veíamos por la calle nos saludábamos, pero sin mucho énfasis por su parte. Yo seguía creyendo en el milagro, y pensaba que podría conseguirla cuando las circunstancias cambiaran, como el protagonista de aquella novela de García Márquez, aunque esperaba que no tuviera que pasar tanto tiempo.

El tiempo pasó, desgraciadamente, y ella dejó de saludarme cuando nos cruzábamos. Siempre me dio esperanzas el no verla con novio, como si estuviese reservándose, esperando a que volviera por ella cuando hubiese aprendido las lecciones que nadie me había enseñado. Transcurrieron muchos años sin verla. Oí que se había ido a estudiar una carrera al extranjero. La imaginaba con seductores amantes, aprendiendo todos los refinamientos del amor, o conociendo hombres de otras razas, con una potencia sexual abrumadora. Así me quemaba de celos por obra de mi fantasía.

Ya creía haberla olvidado cuando me la encontré, poco después de haber acabado la carrera. Había salido con mi amigo David. Se había liado con una inglesa, pero la amiga era demasiado fea. Tuve que insistir para que David me dejara ir y se quedara con su chica: no era de esos que abandonaban a un amigo por un ligue de una noche. Me fui solo al Vae Victis y la vi en la barra, a Cristina-en-la-playa, la de mis quince años, hablando con un cliente con traje y corbata y pasadísimo de coca. Subió con él a las habitaciones y volvió a la media hora. Como vio que la miraba, me hizo un gesto para que me acercase. Me senté a su lado y la invité a una copa. Empecé a hablar y mi confusión iba en aumento. Sentí una mano que me apretaba la garganta. Quería decirle todo lo que tenía guardado desde hacía diez años: que no había dejado de quererla un solo día, que la seguía deseando con todo mi ser, y que no me importaban las razones que la habían llevado a vender su cuerpo en un puticlub de Leuca. Ella vio mi turbación, sonrió con aire de comprenderlo todo y me dijo:

—No te preocupes. Sé lo que has pasado durante tantos años. Has estado esperando mucho tiempo hasta este momento. Pero ahora estás a mi lado. Desde que te he visto he sabido quién eras y lo he leído todo en tus ojos.

Yo no podía creer lo que oía. El milagro se estaba produciendo. Ella me había reconocido y me iba a dar una segunda oportunidad. Ya no era el niño imbécil de cuando tenía quince años, y la distancia que nos separó se había reducido hasta casi desaparecer. Habíamos dejado de vivir en dimensiones paralelas sin posibilidad de entrecruzamiento. Mi vida adquiriría por fin un sentido. Tantos años de espera no habían sido inútiles y habían valido para algo. Era como estar soñando.

Y siguió diciéndome:

—Sé quién eres: un chico virgen. Os reconozco enseguida. Sois mi especialidad. Se os nota tanto... Sé lo que te pasa: siempre has sido muy cortado con las chicas y te ha costado hablar con ellas. Pero no pasa nada —y

se rio—. No eres el único y eso se arregla fácilmente. Y por muy poco dinero. Te explico cómo va todo.

Y me contó el precio de sus servicios: de la media hora, de la hora y de los especiales. Esa noche perdí mi virginidad por segunda vez. Conseguí a la mujer de mis sueños, aunque fuera pagando y para ella no fuese yo más que otro cliente del cual, en su omnisciencia, lo sabía todo de todo. La especialista en vírgenes me desnudó como se quitan las cáscaras de los carabineros y me la chupó sin condón con su lengua caliente de dálmata esbelto. Se puso a cuatro patas y me brindó la mejor perspectiva sobre su ojo del culo ensanchado, mientras con sus dedos largos me acariciaba los testículos duros como bolas de billar. Se metió seis rayas en una hora y me confesó que todo lo que ganaba se le iba en comprar farlopa. Así me lo demostró, metiéndose el índice por un orificio nasal y sacándoselo por el otro. Cuando nos despedimos ni se acordaba de mi nombre.

Luego la vi en la televisión, casada con un futbolista del Real Madrid, con el que tuvo dos hijos, y del que se divorció más tarde. Frecuentó los programas de telebasura, contando las intimidades de su matrimonio, hasta que los espectadores se cansaron de ella. Por casualidades de la vida, montó una galería de arte debajo de mi casa, y casi todos los días pasábamos al lado del otro, jugando al juego de no reconocernos. Me quedó la duda de si no hubiera sido mejor esperar los cincuenta y un años, nueve meses y cuatro días que Florentino Ariza esperó a Fermina Daza.

Así siguió el viaje con mi abstraído Virgilio a través de los lugares del Vae Victis. Me cercioré de que estuviera bien sujeto en un sillón seguro, no fuera que se cayera y con él mesa, sillas y bebidas, y la consiguiente escandalera, y me acerqué con mi *gin-tonic* a curiosear por las estancias del templo erótico. Hablé con alguna de las chicas, que me insistían para que las invitase a una copa, concepto que para muchas es la principal fuente de ingresos. Lo más barato en estos sitios es el sexo. Lo más caro, descorchar una botella de champán o cava, montarse un *show* privado, llevarse a la chica fuera en horario de trabajo o alguna de otras de esas excentricidades que a ciertos clientes es lo que más les complace. Ese día no había muchos. Reconocí algunos rostros, pero apartamos las miradas, con la sutileza de los cómplices de un robo que se rehúyen en las ruedas de reconocimiento policiales.

Ellas estaban vestidas con clase y no tenían ese aspecto tan obvio que en algunos clubs echaba para atrás. Algunas vestían como oficinistas, con faldas no muy cortas y oscuras; las había con vaqueros ceñidos y con vestidos de

fantasía y transparencias; e incluso con el pelo teñido de naranja o de azul. Una, a la que ya conocía de otras ocasiones, tenía un parche negro en un ojo, y muchos se iban con ella sólo por saber si era cierto o quizás cumplir quién sabe qué rebuscadas fantasías.

Había una que me llamó la atención sobre las demás. Era de facciones árabes, aunque hablaba un perfecto español. Llevaba unas rastas que le sentaban muy bien a su cuerpo moreno, duro y norteafricano. Me contó que era del norte de Marruecos, de entre Tetuán y Tánger, y que llevaba trabajando seis meses en el *Vae Victis*. La invité a tomar una copa y como hacía buen tiempo salimos al patio, donde estaba la piscina romana.

Había estudiado filología hispánica en su país, como tantas marroquíes que esperaban tener una vida mejor en la vecina España y que trabajaban entretanto de telefonistas en los servicios de atención al cliente de los oligopolios peninsulares. Le hablé de algunos escritores que me había dado por leer últimamente, como Chukri, Ben Jelloun, Chraïbi o Taïa. Del autor de *Le Pain Nu* se había publicado hacía poco en España un libro en el que contaba las experiencias homosexuales de Genet en Tánger. Le pregunté por el estado de las costumbres en Marruecos. La cosa, como era de prever, andaba peor que nunca, debido al islamismo que se infiltraba por todas partes. Cuando iba a visitar a su familia se ponía siempre el pañuelo, para que no la tomasen en la calle por mujer fácil, como las europeas.

Me habló de cómo se bañaba en los hammames de Rabat, en una época en que había sido amante de un ministro de Mohammed VI, que le había puesto casa en un palacio alauí del siglo XVIII. Y de una obra de teatro que habíamos visto los dos, que contaba la historia de una chica de pueblo embarazada, repudiada por su familia, y que transitaba desde la mendicidad, pasando por la prostitución de alto *standing*, hasta acabar convertida en la esposa del imam de una mezquita. Se había emocionado cuando la vio. Sospeché que su caso no había sido muy diferente en lo esencial, hasta acabar en un prostíbulo de élite de la costa española.

Albergué la esperanza de tener algún encuentro con ella sin pagar, pues a estas chicas se les llega con el corazón, y no con la cartera. Sus ojos árabes brillaban sinceramente. No me urgía para que le pagara más copas ni para que subiéramos a las habitaciones. Parecía estar a gusto y relajada. Sacó un porro que tenía preparado y se lo fumó conmigo frente a las estrellas y los arquitrabes de cartón piedra. Yo no suelo fumar porque cuando lo hago me quedo para allá y no vuelvo. Para relajarme prefiero los *tranxiliums*, *valiums* y orfidales, y demás familia de las benzodiazepinas.

Entonces, con el rabillo del ojo, la vi. Era Laura. No Laura la asesinada, sino la segunda de las tres Lauras, su predecesora en el nombre y en La Casa Roja. Estaba sentada en un taburete alto del que bajaban como afluentes sus piernas blancas de esclava, mientras bebía un cocktail rojo con pajita. Dejé a la marroquí y me acerqué a Laura. Llevaba unos vaqueros claros y una malla negra y apretada que ponía de relieve sus pechos pequeños y duros. El maquillaje violeta enmarcaba sus ojos más azules que verdes, y con su mirada me hubiera seducido al instante, de no ser porque esa noche me atenazaba un malestar insidioso.

Era del mismo tipo que las otras dos. Guapa como una tenista y no muy alta. Rubia, huesuda y falsa rusa. Era la más bella pero también la más fría de las tres: lo sabías porque a los cinco minutos de despedirte como si hubieras sido el hombre de su vida, te olvidaba para siempre y ponía de nuevo su contador a cero. No sé si me recordaba. Había sido cliente de ella dos o tres veces, como me solía ocurrir por esas fechas con las chicas con las que estaba.

No hablé mucho con ella. Los dos sabíamos de qué iba la cosa y no estábamos para perder el tiempo. Ella vio en seguida que ya la había elegido e íbamos en breve a estar a solas y sin ropa, como los chimpancés en las jaulas de los zoológicos. Le pregunté por el precio. Había subido el caché desde que estaba en La Casa Roja.

Fuimos mansamente hasta las habitaciones, flanqueados por las solemnes columnas marmóreas. La mujer que trabajaba arreglando habitaciones pasó a nuestro lado y nos miró con cara de lechuza soñolienta. Laura cogió un juego de sábanas limpias de un armario que había detrás del mostrador.

Ella misma me cobró con la TPV, o Terminal Punto de Venta, que era inalámbrica y se la llevaba consigo, por si el cliente se liaba y se quedaba más tiempo de lo previsto, o hasta que la tarjeta de crédito o de débito se quedara sin saldo suficiente para comprar más minutos a la soledad.

Diez

Ya en la habitación hicimos lo que era de prever en estos casos.

Su cuerpo seguía siendo tan elástico como otras veces. Tenía unos veinticinco años, aparentaba poco más de dieciocho. Y el mismo cuerpo de niña que su homónima, a la que había visto degollada en aquella cama de La Casa Roja.

Era prieta por dentro. A pesar de eso me costó culminar, debido posiblemente al empacho de haberme comido casi un kilo de carne roja, más de una botella de vino y varios *gin-tonics*, además de la consuetudinaria raya de cada veinte minutos para que la noche siguiera viva, costumbre que llevaba practicando ya varios años con constancia de jardinero fiel.

Ese día era diferente a otros. La chica valía la pena, pero el contacto con mi amigo me había contagiado algo de su deprimente melancolía. Y aunque había dejado de fumar a diario, con una copa y en ciertas situaciones, me sentía como inseguro y falto de algo si no me acompañaba entre el índice y el dedo corazón el tubito blanco de nicotina y otras mil sustancias cancerígenas. Cuando fumaba durante varios días seguidos y más de la cuenta, me solía venir un asma bronquítico que me agotaba en seguida. Ése era el estado en que me encontraba, tosiendo desnudo junto a Laura, mientras las luces rojas de las paredes refulgían sobre el incendio de sus nalgas de nácar danubiano.

Ella estaba algo decepcionada por mi falta de empuje. Aún quedaba un buen rato del tiempo contratado. Como buena profesional que era se dispuso a darme una agradable compañía. También iba incluida en el precio. Sacó primero una bolsa de cocaína y se puso una raya discreta, como suelen ponerse cierto tipo de mujeres. Me ofreció y le dije que sí. La palabra no, no estaba por entonces en mi diccionario.

Me dio por pensar qué hubiera ocurrido si hubiese ocupado un cargo que me permitiera decidir acerca de la vida de las personas, pongamos por caso un militar de una dictadura propensa a la tortura. Es una pregunta que todos nos

hemos planteado alguna vez en la siguiente forma: ¿cometería este acto, por ejemplo, matar a una persona, si tuviera plena certeza de que nadie lo sabría al margen de mi fuero interno? ¿O haría como el Rodian Roskolnikov de Dostoievski y estaría desesperado por delatarme, por hacérseme insufrible cargar con ese crimen? No sé si esta reflexión ético-moral tenía algo que ver con mi incapacidad para decantarme por el rechazo a algo.

Por lo que se refiere a pagar por sexo, nunca había considerado condenable lo que hacía. No estaba bien visto, claro, pero entendía que un hombre y una mujer, libremente y sin que concurran coacciones de ningún tipo, pueden hacer lo que deseen en la intimidad, mediando precio o no. Bueno, si lo vemos en sentido amplio, siempre media precio, entendido como contraprestación. Nadie hace algo que le desagrada, y si le desagrada es porque hay algo que lo hace menos desagradable y lo compensa con creces. Esto lo pensaba entonces, pero nunca lo manifesté delante de nadie, por que no quedase en evidencia mi vileza moral y la fragilidad de mis sofismas.

Todo esto y posiblemente otras cosas pasaron por mi cabeza mientras le decía que sí, que aceptaba su invitación. Ella me tendió el billete ya enrollado. Después de esnifar pasé el dedo y chupé los restos. Algo más animado, hablamos. Le dije que la conocía de La Casa Roja. Ella no pareció muy interesada por dicha revelación.

Le pregunté si había conocido a las otras dos Lauras, a su predecesora y a su sustitúa, y si habían llegado a coincidir algún tiempo en la casa.

Su cara cambió y se puso seria como un sudario. Me contó lo que le había pasado a Laura-Martina. Le había afectado mucho: las dos provenían del mismo pueblo, Bankya. Quise saber si alguna vez había tenido miedo de que le pasara algo parecido. Me miró de modo raro, como si este absurdo comentario le hubiera hecho albergar por unos instantes la sospecha de que yo hubiera sido el asesino de su amiga, para luego desechar esta hipótesis por descabellada, juzgando mi apariencia demasiado anodina para este tipo de acciones tan violentas y desgarradas.

—Este ha sido un año muy difícil —me decía con su meloso acento búlgaro y con su correctísima gramática y vocalización española, común a casi todas las búlgaras que he conocido—. Su compañera de piso se suicidó a los pocos meses. Esto nos ha afectado mucho a las chicas, no sólo las búlgaras, que estamos en este negocio. Somos putas, pero tenemos nuestro corazoncito. Lo que le pasó a ella nos podía haber pasado a cualquiera de nosotras. Incluso ha habido alguna que después de eso ha cambiado de trabajo. Otras que conozco solo reciben si están acompañadas de alguien. En

otra habitación, claro, y sin que lo sepa el cliente. A nadie le pone hacerlo teniendo a un gorila en la habitación de al lado.

Puse cara de sorpresa y le tiré de la lengua para que me contara la historia. Aunque había una buena parte que ya conocía, otros elementos eran nuevos para mí. Respecto a si sabía quién había podido matarla, contestó:

—No sé. Tenemos muchos pesados que se nos declaran y que como piensan que somos putas desgraciadas, se creen que pueden venir y sacarnos del oficio para que llevemos una vida casta con cualquier cretino. Sé que tenía varios amigos fuera del trabajo. Antes de morir me dijo que había un pelma que la llamaba mucho al teléfono. Ella le sacaba dinero haciéndole creer que era su novia hasta que se cansó de aguantarlo. El tipo no se lo tomó muy bien y la llamaba bastante, a todas horas. Pero no parecía asustada de veras.

Parece que Laura Dos tenía las ideas bastante claras. Lo hacía por dinero y por darse una vida mejor de la que le hubiera permitido un trabajo normal. Debía de ganar bastante y estaba contenta con la existencia que llevaba. Esta Laura Dos era una destajista, es decir, de las que prefería ganar dinero con muchos clientes trabajando todo lo que le diera el cuerpo de sí, antes que racionarse entregándose sólo a unos pocos más selectos, como hacían otras.

Sobre Marga, como antes había dicho, no sabía mucho, excepto que era la compañera de piso de Laura-Martina, y que se llevaba bien con ella. A veces hacían servicios juntas. Laura Dos había preferido no hacerlo con Laura Uno: la amistad que le unía con ella le echaba para atrás a la hora de montar dúplex lésbicos y cosas de esas. Prefería no compartir casa con su amiga y que cada una llevara su vida independiente. Pensé, sin mucho fundamento, que podía haber habido una relación sentimental entre ellas, aunque no dije nada sobre esa suposición. Mi sospecha de que Laura y Marga ofrecían ese tipo de servicios se vio, por otra parte, confirmada.

Le pregunté si no le parecía raro el suicidio de Marga:

—Pues claro que sí. Fue poco después de la muerte de Martina. No sé lo que le podía pasar por la cabeza a esa chica. Tal vez no estuviera contenta con lo que hacía y se sentía frustrada. Y quién sabe, a lo mejor alguien hizo que pareciese un suicidio sin serlo.

En lo primero estaba en desacuerdo. Marga era una artista en lo suyo y ponía una delicadeza que difícilmente podía ser compatible con algo enfermizo o suicida que anidase dentro de ella. Lo segundo tenía más visos de ser cierto. Más aun después de lo que me había contado mi amigo el secretario judicial acerca de cómo habían enterrado el asunto y lo habían

calificado como suicidio para evitar un escándalo público de gran magnitud con efectos demoledores sobre las élites e instancias locales y provinciales.

Entonces me acordé de Jonás. Me despedí de ella y salí a buscarlo, pero no lo encontré donde lo había dejado. Me acerqué a la barra y pregunté a una de las chicas que estaban sentadas en los taburetes de cuero rojo. Me dijo que había subido con la chica marroquí, con la que había estado yo hablando un rato antes, y a la que había abandonado para irme con Laura. Mi amigo, a pesar de su depresión, todavía era capaz de revivir, siempre que se le apareciesen los estímulos necesarios.

Por esa noche estaba bien. Había sacado cierta información de Laura, aunque sentía todavía el empacho de la comida, del alcohol y de tantas rayas de coca. Como era tarde y tenía miedo de los controles de alcoholemia, le pedí al portero que me llamara a un taxi. Los controles a la puerta del Vae Victis eran legendarios. Se decía que había habido algún intento de soborno a la policía para que cesara de practicarlos, pero no las tenía todas conmigo.

Al llegar a casa intenté retomar la redacción de mi libro, asunto por el que estaba en excedencia desde hacía un año. Conseguí desarrollar algún hilo narrativo, y cayeron algunas páginas, hasta que el sueño se fue apoderando de mí. Me puse enfrente del televisor con mi Lagavulin sin hielos, acompañado de algún que otro ansiolítico de entre mis preferidos, para festejar las buenas noticias que me había traído el día, y así me quedé dormido hasta la mañana siguiente.

Once

No sorprenderé a nadie si llegados a este punto de la narración cuento que algo que no fue grato le ocurrió a mi segunda Laura.

En efecto, el Vae Victis se incendió esa misma noche por causas desconocidas para la policía de Leuca. El incendio se había producido en el ala de las habitaciones donde me había juntado con Laura. Habían muerto todos los que en ese momento se encontraban en dicha parte del edificio, entre ellos Jonás y la hermosa hurí marroquí. Por lo menos habría encontrado el fin de sus tormentos. Y lo había hecho en una situación en la que a muchos otros les hubiera encantado morir. Había muerto quemada hasta la mujer que cambiaba las sábanas.

Y Laura, que tal vez se hubiese quedado un rato en el cuarto, duchándose, arreglándose o echándose una siesta. El incendio fue tan sonado que apareció en los telediaris de emisión nacional. Pude ver mi coche carbonizado y no me entró mucha pena. Empezaba a ser tiempo de cambiarlo. El seguro me pagaría más dinero que su valor de mercado. Me acordé de la cara que había puesto el chico del servicio técnico la última vez que lo llevé a la revisión, debido al estado no muy aseado en que se encontraba.

Por un momento, estuve reflexionando sobre mi amigo Jonás. Quién sabe si el reencuentro con la chica árabe, de no haber subido él con ella, me hubiera hecho cambiar mi decisión de irme del Vae Victis, de modo que en otro caso podría haber engrosado la lista de los que habían ardido. Sentí como si hubiese cambiado mi destino con el suyo. Se había quedado con mi chica, y también con el triste final que ello había conllevado. Ojalá le hubiera dado tiempo a completar el encuentro carnal antes de que las llamas infernales le hubiesen azotado la piel de su espalda.

Fui al funeral, que se retrasó algunos días, hasta que se le identificó y se completaron las investigaciones pertinentes. En el tanatorio éramos dos personas: el encargado de la funeraria y yo. Me contó que todo lo había

pagado su mujer, pero que le había manifestado que no pensaba personarse ni quería que la molestaran para otra cosa que no fuera enviarle la factura. Había ordenado que le incinerasen para no tener que preocuparse por buscarle un nicho.

En la misa se nos juntaron dos personas más: una vieja que daba la impresión de pasarse todo el día en el cementerio y un cura con traqueotomía que nos dio una homilía de silbidos ininteligibles.

Cuando ya se había incinerado el cuerpo, el de la funeraria me dio la urna, pues era el único conocido del difunto que había acudido. Me la llevé a casa y la tuve un tiempo en el cuarto de baño. Encontré un haiku que hablaba de la muerte, arranqué la hoja del libro, la quemé en la urna con las cenizas y las tiré desde el edificio más alto de Leuca, un apartamento de cuarenta pisos. El poema japonés decía:

Muerte envuelta.
En sudario incierto.
Cuando te acercas.
Es demasiado tarde.
Para comprenderlo.

De vuelta a casa entré a curiosear en una cadena de librerías, algo que solía hacer en mis tiempos muertos, que eran muchos. Había un libro de un filósofo americano de origen paquistaní. Leí un par de páginas al azar, que decían:

Esa envoltura de la muerte, como si fuera un caramelo negro. Es lógico. La muerte es algo tan abstracto que nos es imposible visualizarla si no recurrimos a ciertos elementos de inspiración gótica: putrefacción, ataúdes, cementerios, gusanos. O bien religiosos: más allá, infierno, condenación, paraíso, limbo. O de contenido burocrático: impuesto de sucesiones, testamento, declaración de herederos.

Es muy complicado ver la muerte separada de su envoltura humana, porque la muerte es una negación, un dejar de ser, y el concepto de nada, aunque sea posible plasmarlo matemáticamente, es inasible, en su esencia, para una mente humana común, pues la nada no tiene esencia, si no es que la esencia de la nada es la nada, esto es, un retruécano y un burdo juego de palabras en que terminamos cuando tratamos de contemplar la muerte desde este ángulo.

Cómo pretender acercarnos a la muerte sin metáforas o alegorías, utilizando otros términos comparables, cuando la muerte, como Dios, es algo que no admite comparación. Dios no es un general, ni un juez, ni un padre, por mucho que las religiones del libro se hayan empeñado en hacérselo ver así. Ni la muerte es un cambio de estado, una transición entre un momento y otro, como nos dicen las religiones orientales, antes de una siguiente reencarnación, un nirvana o algo similar. Porque en estas concepciones se siguen utilizando remisiones a otras categorías de la vida humana: la muerte es como empezar otra vida. O la muerte es un estado de suprema felicidad, de plenitud. ¿Qué es la plenitud? Una síntesis por la que pretendemos englobar ciertos momentos de nuestra vida en que nuestro estado neuronal nos quiere hacer ver un vislumbre de algo. Es decir, una

explicación *a posteriori* de un subidón de endorfinas o de serotonina. Una sublimación de un estado de excitación psicológica.

No, eso no nos vale. ¿Por dónde podemos empezar? Está claro que no es suficiente remitirnos a otras vidas, anteriores o posteriores, ya sea una vida eterna única, o un ciclo de samsaras. No nos vale sintetizar estados de ánimo, como cuando nos habla Descartes de ese falso Dios compuesto de la aglomeración de las perfecciones deseables en el hombre. Y tampoco nos vale la extinción, en vista de que eso supone la negación del problema, al asimilar la muerte a la no vida, y en este casi volvemos a caer en la trampa de no enfrentarnos al problema, sino que nos dedicamos a analizar otro.

¿Cómo se puede concebir la muerte, entendida como algo autónomo de otras cosas? ¿Cómo se puede aprehender su esencia, en qué consiste? Entenderla supondría entender nuestras vidas, que están hechas de una única certidumbre, y es ahí, por aproximación, como podemos llegar a la conclusión de que la esencia de la vida no es otra cosa que la esencia de la muerte.

El libro parecía interesante pero no estaba para lecturas tan deprimentes. Así que lo dejé en su estante. Al llegar a casa me tomé un *whisky* largo y dos valium diez y conseguí no pensar en nada hasta que me quedé dormido.

Como en el resto de las muertes, la policía de Leuca fue tan ineficiente como era de esperar. No se inculpó a nadie y se consideró que había sido un incendio accidental. Yo pude cobrar el seguro del coche sin problemas y seguía entre atascado y avanzando a trompicones con mi libro. Dedicado a mi excedencia voluntaria y a llevar una vida diletante. Era, sin embargo, un diletantismo de baja intensidad, porque las actividades culturales llegaban a un punto en que se agotaban o me agotaban, y entonces me aprehendían alguno de los tres demonios que anidaban en mí y con los que había llegado a un altísimo grado de identificación: la gula, la lujuria y la pereza.

No incurrí mucho en el uso de drogas, pues los eventos descritos en estas páginas me disuadieron por un tiempo de andar buscando aventuras nocturnas. Me podía el miedo a una muerte más, que no la lujuria de la ocasión, pasajera como todas las cosas en esta vida. Llegué a plantearme volver a mi trabajo de funcionario bien remunerado y me puse como plazo hasta final de año, de modo que, si las cosas no cambiaban, entendí que era mejor estar ocupado que no gastar mi patrimonio, en buena parte heredado, y que había menguado considerablemente, habiendo ido a parar a pagar putas, farras y fa rio pa.

Los artículos que escribía en el periódico no me daban nada más que para una cierta fama a nivel local. Lo consideraba sólo el instrumento para ser famoso y así darle difusión a mis libros. Cosa que no había podido conseguir hasta la fecha. Los que había escrito, o bien se habían quedado en un cajón, o los había publicado en una mísera editorial, a mi costa y con una escasa difusión. Había llegado a la conclusión de que la autoedición no era más que

una vestimenta engañosa del fracaso. Quería ver mi libro publicado por una editorial real y ganando premios con cinco o seis cifras, que recogería con un *smoking* blanco como el que llevaba José Luis Garci cuando le dieron el Óscar por Volver a Empezar y hablaba con ese inglés tan horroroso. Eso para mí era ser escritor de verdad, y no esa mierda de publicarse uno mismo o subir libros gratis a blogs de literatura. No me imaginaba a Flaubert ni a Tolstoi haciéndolo.

Y, sobre todo, había llegado a caer en un tedio vital del que no me sacaba como antes la noche y el sexo que la suele acompañar. Ya no tenía ese disfrute de antaño, que daba un poco de sentido a las demás cosas de mi anodina existencia. Ciertamente, no lo pasaba del todo mal, pero se había perdido la magia de antes, de cuando todo ello tenía algo de novedad y de entrada en el mundo de lo desconocido. Ahora se trataba de rutina y más rutina, ese monstruo feo que siempre me acompañaba.

Me planteé incluso tener un hijo como forma de escapar de lo fragmentario: en seguida vi lo absurdo del proyecto, si no tenía quien se prestase a ser madre conmigo. Un día quedé con un amigo que había sido padre no hacía mucho. Hablamos del pasado y de las anécdotas graciosas que de tanto repetirlas habían dejado de serlo. Pero creo que dio en el clavo, cuando me dijo:

—Antes, como tú y todos los que son como nosotros, sólo podía ver la belleza verdadera en los cuerpos de veinte años. Y no deseaba otra cosa que profanar esa belleza, ensuciándola. Ser padre me ha hecho contemplar todo de una forma diferente. Ahora puedo apreciar la belleza de un bebé como un santuario. Y eso me ha permitido ver a las chicas jóvenes con admiración, como el que admira los ciervos corriendo por el bosque, o como el que disfruta de las catedrales en silencio, sin afán de demostrar cultura.

No tuvo que decir, porque ya estaba dicho, que eso es lo que me faltaba a mí: disfrutar de las catedrales, que no pueden ser poseídas.

Doce

Unos días antes de la navidad, mientras dormía una siesta culpable que se había extendido hasta la noche, cargado mi estómago de pulpo con pimentón y mucho vino, y con una acidez a prueba de álmaxes y pépcides, me sobresaltó el timbre de llamada del portero automático. Alguien me decía desde abajo:

—Perdone que le moleste. Trabajo en los juzgados de Leuca. Me he permitido venir a visitarle a su casa. Tengo que hablar con usted acerca de unos hechos recientes y que le afectan directamente. Si tuviera unos minutos...

No sabía a qué se refería esa voz chirriosa e insegura, mezcla rara entre Darth Vader y Woody Allen. Una leve suspicacia me recorrió por el magín, así que le abrí y lo esperé en la puerta, desde donde oía el ruido que hacía al ascensor que conducía al inesperado visitante a mi encuentro. Salió de él un hombre fornido de unos cuarenta años y con aspecto de funcionario triste. De médico fracasado de los que hacen las absurdas pruebas para renovar el permiso de conducir o algo así, y que emplean de vez en cuando algún término técnico raro para inspirar en vano alguna solvencia. De violador sin éxito, de mago torpe, de galán feo.

Balbuceó que perdonase la intromisión en mi vida personal, intimidad familiar o un tópico desnaturalizado análogo que recordaba a título farragoso de ley orgánica.

Lo invité a pasar. Le puse sin preguntarle una copa bien cargada de vodka con zumo. La experiencia me ha demostrado ser lo más útil para conseguir que alguien se emborrache en el menor tiempo posible. El azúcar del zumo camufla el ya de por sí sabor insípido del vodka, de modo que el bebedor no distingue si está tomando unas pocas gotas o tres cuartas partes de alcohol en cada vaso. Me disculpé por tomarme un *whisky* y le hice un gesto,

conminándolo a beber conmigo. Bebió como los policías infiltrados, cuando el jefe del cártel de Cali brinda entre eufórico y triste por la boda de su hija.

Así conseguí que se emborrachara un poco.

Dicen que cuando eso ocurre los mecanismos de autocontrol se relajan, y se hacen más obvias las contradicciones entre lo que se está diciendo y las verdaderas motivaciones internas. Como aquel libro de mi adolescencia según el cual, si una mujer apuntaba con su rodilla en la dirección de un varón, es que lo deseaba sexualmente. Y si se mojaba los labios es porque éstos no eran otra cosa que una extensión simbólica de su vagina, en tanto que una de las escasas compañeras en el catálogo de las aberturas de ese paisaje con tunelaciones que es el cuerpo de una mujer, correspondencias admitidas por acupunctores y podólogos con ínfulas místicas, refiriéndose a ciertas zonas del pie, de las orejas y hasta del iris del ojo. Todo está conectado: el todo está en la parte, la parte en el todo y, en suma, el microcosmos no es otra cosa que una representación miniada del macrocosmos, como decían Giordano Bruno y otros filósofos más o menos chamuscados por inquisidores preocupados más por divagaciones teóricas que por cuestiones de orden carnal. Por desgracia, nunca le saqué el debido partido al libro: me cansé de analizar rodillas, de escrutar labios, y de no recibir a cambio más que indiferencias y desdenes.

Después de una charla intrascendente, por la que mi visitante me dio a entender que tenía alguna información acerca de mí, como el último libro que había publicado —dudaba yo a este respecto de que no fuera más que una excusa para agradarme, pues aún no había conocido a nadie, que no fuera amigo mío, que leyera mis mamotreto, aun regalándolos—, y algún que otro artículo que había escrito en la prensa —que era por lo que la gente me solía conocer—, entramos en materia. Él hablaba con un estilo pesado, de rodeos de palabras que convergían con lentitud al fondo del asunto.

—Verá usted para lo que vengo. Trabajo en los tribunales de Leuca. Soy el auxiliar del juez encargado de llevar el caso de una chica búlgara, llamada Marga G. Por si no conoce la historia, le contaré que la chica se tiró desde su ventana la noche del veintisiete de septiembre de este año. Todo tenía apariencia de suicidio, o por lo menos no había ningún elemento que llevara a pensar que había sido un suicidio simulado o inducido. El juez de turno no le dedicó mucha atención, pues estaba ocupado en un complejo proceso de corrupción urbanística. No sé si sabrá que todo el expediente se quemó el día que se incendiaron los juzgados de Leuca. A este juez, el señor Campo para más detalle, le afectó severamente este contratiempo, y pidió la baja por enfermedad. Era un señor mayor y no había hecho copia de seguridad. El juez

nuevo, al que le ha tocado el caso de la chica búlgara en sustitución del señor Campo, está también deseando darlo por archivado. Y como lo considera un tema menor, me ha encargado que le prepare el borrador de la resolución de archivo. No es un procedimiento muy regular, pero es bastante frecuente eso, es decir, que se encomiende el texto de la resolución a otra persona distinta del titular del juzgado, y éste se limite a firmarla.

En resumidas cuentas, que a él le tocaba redactar la resolución de archivo de la causa. Y se había encontrado, como yo me temía, con la lista de llamadas que había recibido Marga G en los días previos a su muerte. Y destacaba sobremanera la mía, unas pocas horas antes de que aquélla acaeciera. Y... Y ahí dejaba el asunto esbozado, sin avanzar, dejando que la cosa se planteara y resolviera por sí sola, al igual que cuando aparecen esos espíritus después de moverse las lámparas del techo y apagarse alguna vela dispuesta al efecto, y en quienes la médium exhausta y satisfecha delega la voz cantante.

—Como comprenderá, se trata de un asunto que más bien nos molesta que otra cosa. El juez es el primer interesado en considerar la muerte como un suicidio. Pero no podemos pasar por alto lo de la llamada que se hizo desde su teléfono. Imagínese que llegase a cualquier instancia que no hayamos reparado en este hecho.

Contesté que no me acordaba de lo que había podido hacer tres meses antes. Le confesé, en un tono que pretendía ser cómplice, que a veces recurría a los servicios de prostitutas. Pretendía darle a entender que quería ser sincero. Tal vez la hubiera llamado, pero estaba seguro de que no la había visitado esa noche a la que se refería, porque, creía recordar, me había dicho que no estaba disponible, por haber quedado con otro cliente, pero que podríamos vernos otro día. Quedamos en ello y no la volví a llamar más, o si la llamé no me contestó al teléfono. Lógico, aunque esto no lo dije: para entonces ya estaba bien muerta y enterrada, después de haber aplastado sus sesos contra el pavimento gris de debajo de su balcón.

Con esta explicación pareció quedarse satisfecho. Yo seguía sin comprender qué hacía un auxiliar judicial llevando a cabo actuaciones propias de un policía, juez o fiscal, y lo de que le redactaba los autos y sentencias al juez no me lo terminaba de creer, si bien de los juzgados de Leuca cualquier cosa era imaginable.

—Entenderá que es algo engorroso que tengamos que demorar el archivo de las actuaciones, llamarle a declarar para que conste en autos su

declaración, etc. Sin tener en cuenta la resonancia que eso genere, siendo usted persona de cierta notoriedad...

Ya estaba lanzada la piedra. Contesté con sosiego.

—Bueno, supongo que podría haber alguna forma de evitarlo. Ciertamente es que no quiero entorpecer las actuaciones de la justicia. Tampoco me interesa verme mezclado por la prensa en un asunto de ese tipo. No tengo nada que esconder, pero le reconoceré que si se archiva esa causa, pues mejor para todo el mundo. Le confieso que, si trascendiese este episodio, puede que el periódico en el que suelo escribir me despidiera.

Esto último no lo dije para inspirar pena y hacer que mi chantajista se sintiera más empático conmigo. Se trataba de un periódico de derechas que publicaba un suplemento semanal católico que no leía nadie y que no tenía más utilidad que la de tapar las paelleras durante el tiempo de reposo de los arroces. Sabía que recibía financiación de la Conferencia Episcopal y, si la historia se difundía, mi vida de articulista local habría llegado a un final casi seguro. Eso no me importaba mucho en sí, porque el periódico era una mierda. Pero perdería la plataforma para promocionar mi libro y eso ya me gustaba menos.

Finalmente, de una forma discreta y con unos circunloquios que juzgué algo exagerados y ceremoniosos, pero el hombretón tenía su corazoncito y su afán por hacer las cosas finamente y sin brusquedades, salió el precio convenido por el soborno, chantaje, archivo o como quiera que se llamase a que no trascendiera el hecho de que había llamado por teléfono a una prostituta unas pocas horas antes de que se suicidara.

La cantidad era razonable. Es lo que tiene Leuca, donde la corrupción no es un artículo de lujo, sino un producto de consumo habitual. Qué mejor garantía que un precio sostenible para la subsistencia de un negocio y la clientela que lo hace posible. Más aún si en ese negocio todo es margen, pues no tiene coste alguno, aparte del riesgo improbable de que a uno lo descubran.

Apunté el número de su móvil y aún lo tengo guardado por si acaso. Quién sabe si habría más prostitutas búlgaras esperando su turno en la cola del supermercado para ser asesinadas por la psicópata sanguinaria que en el fondo todas las cajas llevan dentro.

Trece

Al poco tiempo pude comprobar y tuve en mi poder la resolución de archivo de la causa. Eso me alivió ciertamente porque, uno de los hechos que, de haberse sabido, me podría haber complicado, era mi cita con Marga. Se daba por buena y se consideraba como verdad oficial y judicial el que no la hubiese visto esa noche de la última semana de septiembre. Aunque hubiese disfrutado con ella de una de las mejores noches de mi vida. Noche de la que me acuerdo y cuya brevedad lamento a pesar de que, para los archivos forenses que queden para la posteridad, nunca haya tenido lugar.

Todo esto que he narrado hasta ahora son los apuntes o notas no muy congruentes de unos hechos que me ocurrieron durante una etapa de mi vida. Hasta entonces habían aparecido dos de las tres Lauras. Yo me había preguntado más de una vez dónde estaría la otra, la que faltaba de las tres. Esa Laura es la que se me había quedado grabada en la cabeza de una manera más persistente. Era parecida a las otras dos, cortada con arreglo al mismo patrón: rubia, delgada y aniñada, con ojos felinos y esclavos. Había sido la primera Laura que había conocido de entre las tres. No sé por qué, pero tenía la idea absurda de que, si me encontraba con ella, iba a descubrir las causas del misterio que rodeaba a las otras dos Lauras y a la desdichada Marga, que las había acompañado en su viaje al otro mundo. Podía llamarse un afán o deseo necrófilo, que puede que fuera esto lo que tanto me excitara. Una pulsión muy eros-tánatos. No era la primera vez que me ocurría.

Tengo que contar lo siguiente para que todo se me entienda. Cierta ocasión había tenido un encuentro sexual con una chica que se prostituía, de nacionalidad checa. No era frecuente encontrar chicas de este país en España, pues tendían a irse a otros más ricos y cercanos, como Alemania, Austria o Suiza.

Me contó que había querido pasar una temporada en España con una amiga, y que así se pagaba la estancia. Le encantaba la playa y las discotecas.

Tomar éxtasis en la pista de baile y después fumar maría, para relajarse y reírse con Erika, que era casi una hermana para ella, con quien me encontré en la puerta cuando abandoné su piso y, dicho sea de paso, me quedé con ganas de haber catado. Y, sobre todo, hacer escapadas a Ibiza en un *ferry* ultrarrápido que llegaba en poco más de una hora desde un pueblo turístico del norte de Leuca. Una más de tantas chicas jóvenes que quieren conocer el mundo y pasárselo bien. No era muy alta. Una morena que bien pudiera haber pasado por siciliana, tunecina o sarda, de no ser por la expresión de sus ojos, tan centroeuropea. Lo hacía con mucho interés y ganas de agradar, pero con inexperiencia que rayaba en la torpeza.

La cosa es que luego la vi en una película porno. Se llamaba Cynthia Rogers o al menos ése era su alias más frecuente, su aka o also known as. Ahí ya parecía más avezada y con más horas de vuelo. Hizo una carrera frenética y profusa durante un período de tiempo no muy largo, algo habitual en el mundo del cine x. Según mis cálculos, estuvo en torno a dos años haciendo una infinidad de películas sin tregua. Filmó más de quinientas escenas, casi una cada dos días. Había tocado todos los registros en lo que al porno más duro se refiere.

Había un apartado de una web-buscador con una escabrosa pestaña dedicada a las actrices porno fallecidas prematuramente. Era una materia esta, la de las muertes de personajes del celuloide, que alguna vez había abordado en mi columna periódica del diario de Leuca. Tenía varios libros en casa sobre ello, encontrados por aquí y por allá, y que constituían una de las bibliotecas especiales de entre las cuatro o cinco que poseía. Llamo bibliotecas especiales a aquella colección de libros sobre un asunto no muy común, que había conseguido reunir en mis viajes y, más recientemente, por internet, a través de los muy diversos buscadores de rarezas que este medio ofrece.

Una de estas colecciones se componía de ediciones bilingües de obras en latín o griego, pero que tenían que ser interlineales o yuxtalineales, es decir, traducidas palabra por palabra y, en caso de tratarse de una obra en griego, con expresión, en lo que atañe a los verbos, de la voz, modo, tiempo, número y persona. Algo que, para todo el que se haya adentrado en los dominios de dicho idioma, es lo más complicado para un lector contemporáneo, por razones que exceden de este libro, básicamente por la complejidad de las formas verbales en la lengua de Aristóteles. Además de la figura del aoristo, forma verbal de pasado distinta del presente (algo que también ocurre en el inglés, donde *ate* no se parece mucho a *eat* e, incluso si se me apura, en el

castellano, donde tuve no se parece demasiado a tengo), las combinaciones entre las tres voces (activa, pasiva y media) con cuatro modos (indicativo, imperativo, subjuntivo, y participio), excluyendo el optativo (por ser figura menos frecuente) y el infinitivo (que tiene solo una forma para cada tiempo, es decir diez en total), y el número de tiempos, que puede llegar a ser seis, según los casos, arrojan en torno a treinta y alguna posibles variaciones.

Pero no quiero engañar a nadie. El griego que más practicaba era de otra índole, aunque leyera en mis libros bilingües o yuxtalineales cosas como este fragmento de Apolodoro:

Ὅμως ὁ Κάδμος, ἀγανακτισμένος, σκότωσε τὸ φίδι καὶ, μετὰ τὴν συμβουλὴν τοῦ Ἡθηνᾶ, φύτεψε τὰ δόντια τῆς, μόλις ἦταν σπαρμένο, φύτρωσαν ἑνοπλοὶ ἀπὸ τῆς γῆς, οἱ ὁποῖοι ἔλεγον Ἑσπαρτοὺς. Σκότωσαν ὁ ἕνας τὸν ἄλλον, καλῶς ἐχόντων τῶν πραγμάτων μῆκε στον καβγά ἀθελά του, χωρὶς νὰ ξέρει τίποτα. Ἀντὶ αὐτοῦ, Ὁ Φερεισίδης λέει ὅτι ὁ Κάδμος, ὅταν εἶδε ὅτι ἡ γῆ μεγάλωσε ἑνοπλοὶ, τοὺς πέταξαν πέτρες, καὶ αὐτοὶ, πιστεύοντας ὅτι τα ἐρίζαν ὁ ἕνας στον ἄλλο, ἐπιδόθηκαν στὴ μάχη. Πέντε σώθηκαν: Ἐχίων, Ὁ Ἰδαίος, ὁ Χθόνιος, ὁ Ὑπερενὸρ καὶ ὁ Πελορός.

Que se traduce al castellano como:

Pero Cadmo, indignado, mató a la serpiente y, por consejo de Atenea, sembró los dientes de aquella; tan pronto como fueron sembrados, brotaron de la tierra hombres armados, a los que llamaron Espartoi. Éstos se mataron unos a otros, bien habiendo entrado en la riña involuntariamente, bien sin saber nada. En cambio, Ferécides dice que Cadmo, cuando vio que de la tierra crecían hombres armados, tiró contra ellos piedras, y ellos, creyendo que se las tiraban mutuamente, trabaron batalla. Se salvaron cinco: Equión, Ideo, Ctonio, Hiperenor y Péloro.

Otra colección era de compilaciones de cuentos del extremo oriente. Japoneses, chinos, coreanos, taoístas y budistas, desde el Tíbet hasta Vietnam, por el sur, y hasta Mongolia por el norte. Quedaba excluido todo lo que fuera desde Persia y la India en dirección al occidente, pues éstas suponían tradiciones que, por muy variadas vías, sobre todo la árabe, habían llegado a nuestro acervo literario. La razón de ser de esta colección es que se tratara de cuentos completamente ajenos a los arquetipos y estándares europeos. Éste era el elemento diferenciador que me interesaba: que no tuvieran nada en común con Las Mil y Una Noches, El Decamerón, Los Cuentos de Canterbury o El Conde Lucanor que, en muchos casos, no hacían más que trasvasar una historia popular del folklore semita o indoeuropeo al escenario del escritor-compilador. Siempre me ha sorprendido de la narrativa oriental ese particular punto de vista, tan extraño al desarrollo de un relato según los cánones europeos. Incluso Kurosawa, cuando traslada al mundo de los

samuráis las tragedias de Shakespeare, como el Rey Lear o Macbeth, no puede evitar tener esa perspectiva tan japonesa.

Uno de los cuentos más raros, recogido en una antología de cuentos eróticos tibetanos, se titulaba La Princesa que Poseía Dos Órganos Sexuales. Trataba de una princesa con estos atributos y cuyo padre, el rey, quería casar. Por la razón citada sólo era posible hacerlo con quien tuviera dos penes. Un mendigo que paseaba al lado de un río encontró flotando un pene idéntico al suyo, en longitud y grosor. Se lo puso al lado del que ya tenía y se le quedó pegado. Un príncipe que se enteró de lo que le había ocurrido al mendigo encontró otro pene en el mismo río, pero con tan mala suerte que se rozó la frente con él y se le adhirió a la cabeza. Cuando el rey mandó a todos los pretendientes que se desnudaran, la princesa prefirió al mendigo antes que al príncipe: entendió que el pene en la cabeza era completamente inútil.

El tema de este cuento era único. No había encontrado jamás ningún otro que se le pareciera un ápice y que tratara de la existencia de una doble vagina como motivo principal.

Porque eran frecuentes los casos de hermafroditismo, como el de Tiresias, un adivino que aparece en los fragmentos mitológicos relacionados con el ciclo de Tebas, desde la época de Cadmo, el fundador de la ciudad, que planta los dientes extirpados al dragón, de los que surgen los guerreros o espartoi.

Tiresias es quien aconseja que se entregue el trono de Tebas al vencedor de la Esfinge y, más tarde, sus revelaciones conducirán a Edipo a descubrir el misterio de su nacimiento y de sus crímenes. Tiresias también aparece en el Canto XI de la Odisea. A él acude Ulises cuando viaja al Hades, para preguntarle cómo se desarrollará su regreso a Ítaca. Tiresias era ciego desde joven y hay distintas versiones sobre la causa de su ceguera. Según unas fuentes la ceguera es el castigo de Atenea, por haberla visto desnuda mientras se bañaba; según otras, es infligida por Hera, hermana y cónyuge de Zeus. Así lo cuenta Ovidio en Las Metamorfosis: Tiresias sorprende a dos serpientes apareándose, las separa y, a raíz de esto, se convierte en mujer. Siete años más tarde, vuelve a ver a las mismas serpientes en las mismas circunstancias y recupera su condición de varón. El cambio de sexo de Tiresias depende, por tanto, de la contemplación de coyundas ofídicas. Zeus y Hera recurren a él como árbitro en una discusión sobre quién experimenta más placer sexual, si los hombres o las mujeres. Tiresias contesta que, de diez partes que tiene el placer, la mujer se lleva nueve y el hombre una sola. Hera, indignada, lo castiga dejándolo ciego. Zeus, por el contrario, le otorga el don de la profecía y una larga vida.

La posesión de dos órganos sexuales femeninos no presentaba ejemplo alguno que yo conociera, en el cuento popular o mitológico. Lo de El Banquete de Platón era algo muy diferente, y se refería a unos seres mixtos compuestos de dos personas, pero no a una única mujer con dos vaginas. Lo del mendigo que adquiere el segundo pene es secundario, porque es un elemento sobrevenido, un pene artificial y ajeno que se le queda pegado por un pegamento mágico e irracional. El meollo de la narración era la vagina doble, que no había encontrado en ningún otro texto mitológico o folklórico, culto o popular.

Había vaginas grandes o inflacionarias, como la de Ana o Anut, diosa semita de la fertilidad en la mitología caldea. Hermana y esposa de Baal, como Hera-Juno respecto de Zeus-Júpiter, y que suele representarse desnuda, con los pechos descubiertos y una prominente área vaginal.

O bien Baubo, diosa de la obscenidad y del vientre, vinculada a los misterios de Eleusis, representada a veces como un torso desnudo sin cabeza, con la cara en el cuerpo y la vulva en el mentón de la cara; y otras como una vulva exagerada llenando el espacio entre las piernas.

También estaba el caso contrario, la divinidad egipcia Neftis, diosa de la noche y lo invisible. Aunque antagonista de Isis, las dos, Neftis e Isis, están asociadas en todo lo que concierne al bienestar del difunto, asistiéndole en su paso hacia el Más Allá. Neftis es llamada «Señora de la Casa», «Poderosa en palabras», «Viento del Este», «Guía de Viajeros» y «Señora del Cuerpo de Osiris», por haber ayudado a Isis a embalsamar a su también cónyuge y hermano. Neftis es conocida como «La Mujer que no tiene Vagina», lo que no le impide tener relaciones con Osiris y dar a luz a Anubis, el dios con cabeza de perro o chacal.

En la mitología hawaiana encontré a Kapo, diosa de la fertilidad, la brujería y las artes oscuras. Es la madre de Laka, aunque algunas versiones la identifican con la misma diosa. Es la hermana, entre otras, de Pelé, una diosa hawaiana con el mismo nombre que el futbolista ganador de tres mundiales y que durante un tiempo anunció clínicas contra la impotencia, eso sí, dejando en claro que él no tenía ese problema. Kapo tiene una vagina desmontable, que usa como señuelo para ayudar a su hermana Pelé y que ésta no sea violada por Kamapu'a. Kapo manda su vagina voladora a Kamapu'a, y éste la sigue hasta el Koko Head, un promontorio en la isla de Oahu, quedando sus deseos burlados. Se dice que cuando los hawaianos sueñan con una mujer sin vagina, se trata de Kapo, la de la vagina desmontable, también conocida como Kapo'ulakina'u o «Kapo la de las Manchas Rojas», en una clara referencia a

la mujer en tanto que dispensadora de enfermedades venéreas para vengarse del hombre.

Esto lo leí cuando se puso de moda el ho'oponopono, una corriente espiritual hawaiana preconizada por un doctor que manifestaba haber curado enfermos mentales agudos concentrando buenos pensamientos sobre sus fotografías y embotellando agua del grifo en recipientes de cristal azul, procedimiento por el cual el agua adquiriría virtudes milagrosas, como si fuera extraída de la fuente de la vida, del manantial de la eterna juventud o de otros surtidores, ríos o aguas míticas con propiedades sanadoras.

Las vaginas inmensas, desmontables o faciales, o bien la carencia de ellas, eran, sin embargo, muy distintas de la vagina doble del cuento tibetano.

Lo curioso era que los casos de vagina doble, como los de difalia, o doble pene, existían en la literatura médica, aunque como es obvio no era una cosa de pasar todos los días.

Había leído algo sobre el síndrome de Wunderlich, una malformación congénita poco frecuente de los conductos müllerianos. Estos conductos contactan entre sí para formar el canal uterovaginal, a través del cual se desarrollan las trompas uterinas, el útero y los dos tercios superiores de la vagina. Después de completar su fusión, se unen a la pared dorsal del seno urogenital, formando el tercio inferior de la vagina. Como consecuencia de la falta de desarrollo o fusión de los conductos de Müller, pueden producirse varios tipos de anomalías uterinas. Una de éstas es el útero didelfo o doble, también llamado síndrome de Wunderlich.

Un hospital privado en Córdoba, Argentina, había tratado a dos niñas con duplicación uterovaginal, una de trece y otra de quince años y que habían tenido un final feliz gracias a la pericia de los cirujanos y a pesar de que la operación había coincidido con un partido importante del torneo clausura.

Incluso había habido un caso famoso, el de una mujer norteamericana llamada Laureen Williams, que vivió con dos vaginas hasta que se dio cuenta de ello con 25 años, y que contó su historia en un programa femenino conducido por la supermodelo negra Tyra Banks. Hasta entonces, ningún médico la había examinado, ni sus novios se habían dado cuenta del problema ni parecía haberles importado mucho. Después del diagnóstico y de una operación que la dejó con una sola vagina, Lauren disfrutó de una vida normal y monovaginal. Su defecto, o mejor dicho, su exceso, no la privó de tener hijos. Los médicos le aconsejaron que usara preservativos especiales para no quedar embarazada de uno de los dos úteros. Me costaba imaginar

cómo era posible llevar a cabo esta medida profiláctica, permitiendo el tránsito del esperma a uno de los úteros y dejando el otro tapado.

La tercera de mis colecciones especiales era de antologías de poesía erótica anterior al siglo XIX. Una de ellas, dedicada al siglo de oro español, contenía esta octava real, variante del *In Medio Stat Virtus*, y relacionada con una anécdota referida por Pierre de Brantôme, un noble francés del Périgord, contemporáneo de Cervantes, clérigo, aventurero y escritor de unas memorias escandalosas:

Entre delgada y gruesa es la figura.
Que ha de tener la dama si es hermosa;
Y el medio de negrura y de blancura.
Es la color de todas más graciosa;
En medio de dureza y de blandura.
La carne de la hembra es más sabrosa.
Este fin ha de tener en todo el medio,
Pues lo mejor de todo es lo del medio.

Y otra este epigrama de Marcial 3, 71:

Méntula cum doleat puero, tibi, Naevole, culus,
Non sum divinus, sed scio quid facías.

Y este amargo endecasílabo falecio de Catulo:

Caeli, Lesbia nostra, Lesbia illa,
Illa Lesbia, quem Catulus unam.
Plus quam se atque suos amavit omnes,
Nunc in quadrivuis et angiporti.
Glubit magnanimi Remi nepotes.

La cuarta colección estaba dedicada a novelas del oeste, pero entiendo que tampoco tiene un especial interés que justifique hablar de ella más de lo debido. Se componía de las obras de Zane Grey, Owen Wister, Max Brand, Louis L'Amour, el alemán Karl May, etc. Y también de los españoles Marcial Lafuente Estefanía, José Mallorquí, Lem Ryan, Lou Carrigan o Francisco González Ledesma.

Me había surgido la idea de crear esta biblioteca una de las muchas veces que había visto *El Tercer Hombre*, de Carol Reed.

En esta película, Joseph Cotten hace el papel de un oscuro escritor de pulp-western que acude en busca de un trabajo que le ofrece Orson Welles, su amigo de la infancia, en la Viena de inmediatamente después de la segunda guerra mundial, dividida entre las potencias aliadas occidentales y los rusos. Al poco de llegar, descubre que su amigo acaba de ser atropellado por un

coche. Invitado por un círculo literario, que no tiene muy claro el subgénero al que se dedica, le preguntan por su escritor preferido. Él contesta que Grey, Zane Grey, el escritor más famoso de novelas del oeste. Uno de los oyentes lo confunde con Gray, Thomas Gray, un erudito poeta inglés del siglo XVIII, que escribió «Elegía sobre un cementerio de aldea», con versos como éste, que dio nombre a una película de Kubrik:

The boast of heraldry, the pomp of power,
And all the beauty, all the wealth e'er gave,
Awaits alike the inevitable hour.
The paths of glory lead but to the grave.

Que no tienen mucho que ver con este genial comienzo de *El Fugitivo*:

En la habitación más escondida del Lafe Hennesy, seis hombres se hallaban sentados alrededor de una mesa redonda, jugando al póquer. Dos de ellos eran vaqueros que se proponían pasar la noche así. Quade Belton, un jugador profesional, moreno, de ojos muy vivos, tenía ante él el mayor de los montones de plata y oro que había encima de la mesa. Su compañero, Steve Henderson, marchaba también perfectamente. El quinto hombre era un individuo desconocido en aquellas latitudes. El sexto se esforzaba por mantenerse sereno, pero sudaba copiosamente. Se le daba mal aquello. Contaría veintitantos años de edad y, a juzgar por el aspecto de sus manos y rostro, no era ningún caballista. Por otro lado, bastaba verlo mover las cartas para apreciar que tenía poco de jugador. Se llamaba Barse Lockheart.

La última colección trataba sobre libros dedicados a episodios truculentos de la historia del cine.

Tenía más de uno dedicado al caso de Sharon Tate, la mujer de Polanski, asesinada cuando estaba embarazada un 9 de agosto de 1969, a manos de Charles Manson y sus seguidores. Fue muerta junto a otras cuatro personas que se encontraban en su casa: la heredera de un imperio cafetero, su novio, una famosa peluquera y una invitada de apenas dieciocho años. Destaca la brutalidad con la que se emplearon los asesinos. Golpearon los cráneos de sus víctimas hasta que quedaron hechos un amasijo de huesos, sangre y sesos. Apuñalaron a Sharon Tate hasta dieciséis veces, y a la rica heredera veintiséis. Y con la sangre escribieron en la pared la palabra *PIG*, que quiere decir cerdo en inglés.

Me fascinaba cómo Polanski había anticipado este terrible suceso en *Rosemary's Baby*, rodada sólo un año antes y traducida al español de modo infame como *La Semilla del Diablo*, título que ya revela cuál es el final de la película.

Rosemary es una joven ama de casa casada con Guy, un actor de teatro, con el que se muda a un nuevo apartamento en el edificio Dakota, en Nueva York. Rosemary desea tener un bebé, pero Guy es un egoísta que sólo piensa en su carrera. La pareja traba amistad con Román y Minnie Castevet, un matrimonio de ancianos que vive en la misma planta. Rosemary se hace amiga de Terri, una joven vecina, acogida en casa de los Castevet, que lleva un collar con una especie de raíz que éstos le regalaron.

Al volver una noche a casa, Guy y Rosemary se encuentran con que Terri se ha suicidado, saltando del apartamento de los Castevet. Al poco tiempo, Guy consigue un papel en una obra en la que anteriormente había sido rechazado, después de que el actor que iba a protagonizarla se quede ciego.

Rosemary tiene un sueño, en el que se encuentra en la cama, rodeada por sus vecinos, que están desnudos y dicen extrañas palabras, mientras una criatura extraña la viola. Cuando despierta, Guy se disculpa por haberle hecho el amor mientras dormía.

Rosemary se queda embarazada.

Los Castevet le recomiendan al doctor Sapirstein, que le da de beber un brebaje diciéndole que son vitaminas. Durante los primeros meses del embarazo, Rosemary sufre fuertes dolores abdominales y siente ganas de comer carne cruda. El médico le dice que siga tomando la bebida hasta que desaparezcan los dolores.

Hutch, un amigo de Rosemary, sospecha que algo raro está pasando. Sin embargo, el mismo día en que piensa compartir con Rosemary sus hallazgos, cae en coma. Poco antes de morir, Hutch recupera brevemente la conciencia y le da instrucciones a otra amiga, Grace, a quien entrega un libro de brujería y el siguiente mensaje que Grace le da a Rosemary en el funeral: «El nombre es un anagrama».

Rosemary descubre que Román Castevet es el anagrama de Steven Marcato, el hijo de un anterior inquilino acusado de brujería, y posteriormente asesinado. Rosemary piensa que planean usar a su bebé para un culto diabólico y que Guy cooperó con ellos para triunfar como actor. Se entera de que el doctor Sapirstein es parte de la conspiración, y que todos asesinaron a Hutch para que no los delatara. Rosemary pide ayuda a otro doctor, un tal Hill, y éste, creyendo que delira, llama a Sapirstein y a Guy. Los dos hombres se llevan a Rosemary al apartamento y ella se pone de parto. Al despertar, le dicen que el bebé ha muerto.

Rosemary oye llantos de recién nacido en el edificio. Encuentra en su casa una puerta secreta que la conduce al apartamento de los Castevet. Todos se encuentran reunidos delante de una cuna negra, donde hay un bebé al que no se le ve el rostro. Ella quiere saber qué le pasa al niño: le contestan que su padre es Lucifer. Román la calma y le dice que el niño necesita una madre; ni ella ni Guy se tienen que unir a la secta si no quieren.

La película termina con la imagen de Rosemary arrojando al bebé y meciendo la cuna, asumiendo su papel de madre de un niño engendrado por el demonio.

Entre la película y los asesinatos hay tantos elementos en común que horroriza pensar en ello.

Tanto Sharon Tate como Rosemary están embarazadas, y ambas son víctimas de una secta. Manson era un músico frustrado y tarado que pensaba que la canción Helter Skelter de los Beatles era la señal de un inminente holocausto. Uno de los miembros de los Beach Boys había sido seguidor

suyo. Manson fue esa noche, junto con tres miembros de su secta, a matar a todas las personas que se encontraban en la casa de Polanski y Sharon Tate.

Hay diferentes teorías sobre las razones que condujeron a Manson a elegir la casa de Polanski: bien porque en ella había vivido antes un productor musical que habría traicionado a Manson; o como venganza contra el peluquero de Sharon Tate, un tal Sebring, que habría vejado a unas seguidoras de Manson; y una tercera que considera a la propia película como móvil, por tratar el tema del satanismo. No en vano Polanski había recibido amenazas de grupos esotéricos después del estreno.

Uno de los personajes se llama Román, como el propio Polanski, en un claro guiño de macabra comicidad que dejó de tener gracia después de estos terribles crímenes. Y a su vez Castevet es otro cuasi anagrama de John Cassevetes, un actor y director de cine que hace el papel de Guy.

Cuenta Polanski que se pasó los meses siguientes a los asesinatos dudando de todo el mundo y sumido en una tremenda paranoia, como la atormentada Rosemary, hasta que se descubrió a los culpables.

Una coincidencia que resulta demasiado insoportable es que, la noche siguiente al asesinato de Sharon Tate, Manson asesinó a un empresario, un tal Leño LaBianca, y a su mujer, llamada, como no podía ser de otra forma, Rosemary. Rosemary LaBianca. Esa noche volvía el matrimonio de dejar a su hijo en el lago Isabella. Llegaron a Los Ángeles a la una de la madrugada. Leño se detuvo antes de llegar a su casa en un puesto de periódicos y tuvo una breve charla con el vendedor sobre los crímenes que habían ocurrido la víspera. La historia asustó mucho a Rosemary, quien tal vez intuía que su nombre la marcaba. Vivían cerca de los Polanski. Tal vez los conocieran, aunque fuera de vista. Eran ricos, como ellos. La casa de los LaBianca había pertenecido a Walt Disney. No es descabellado pensar que supiese que Polanski había filmado recientemente una película llamada *Rosemary's Baby*. A primera hora de la mañana de ese diez de agosto, entraron en la casa Manson y sus secuaces. Encontraron a Leño en el sofá. Se había dormido leyendo los periódicos, posiblemente sobrecogido por los crímenes cometidos por las mismas personas que lo despertaban en ese momento. Le dijeron que no se preocupase, sólo venían a robar. Le preguntaron si había alguien más en la casa y les contestó que su mujer estaba durmiendo en la habitación. Despertaron a Rosemary, le pusieron una funda de almohada en la cabeza y le ataron al cuello el cable de la lámpara de la mesilla de noche. En el salón, empezaron a apuñalar a Leño. Rosemary oyó los gritos y cegada por la funda de almohada, chillaba dando vueltas sin rumbo por la habitación. Los asesinos

dejaron a Leño, que aún estaba vivo, y fueron por Rosemary. La apuñalaron hasta 41 veces. Luego remataron al marido. Le grabaron en el estómago la palabra WAR, guerra en inglés y le dejaron clavado en el vientre un tenedor. Antes de volverse en *auto-stop* al rancho de Masón, se comieron la comida que había en la nevera y se dieron una ducha en la casa de los LaBianca.

Luego estaba toda esa leyenda, en torno a la magia negra y el culto a Satán, que rodeaba al edificio Dakota, que es en la película un personaje más, tal vez el más importante, el que da más miedo.

Este edificio fue construido en 1884 por encargo de un directivo de la empresa Singer, la de las máquinas de coser. A principios del siglo xx estuvo viviendo Aleister Crowley, experto en magia negra y del que se decía que había realizado rituales dentro del edificio. Poco después vivió Borís Karloff, que era asiduo de veladas de espiritismo. Asimismo se alojó el sumo sacerdote de la brujería Wicca inglesa, Gerald Brossau Gardner. Puede ser que Polanski se inspirara en él para el personaje de Román Castevet. Y finalmente, en las puertas del Dakota Building, fue asesinado John Lennon una mañana del 8 de diciembre 1980 por un tal Mark David Chapman, un politoxicómano que oía voces y estaba obsesionado con El Guardian entre el Centeno. La policía lo encontró leyéndolo, después de haber matado al músico, mientras esperaba a ser detenido.

La de Chapman no era el único ejemplo de locura ocasionada por la lectura de ese libro ominoso, suerte de Necromicón moderno y verídico, a diferencia del de Lovecraft, que muchos imbéciles sostienen que existe e incluso que lo han leído. Estaban también los casos de Robert John Bardo, que acosó y asesinó a la actriz Rebecca Schaeffer en 1989, y el de John Hinckley Jr., que intentó asesinar a Ronald Reagan en 1981. Y ahí estaba como prueba el propio Salinger, aquejado de extraños males como la glosolalia, la urofagia y la anorgasmia, y del que su hija contaba que estaba más loco que un heliogábalo circunciso. Los responsables de más de un sistema educativo, que imponían su lectura obligada a edades tempranas. Y los propios lectores, a los que gustaba, por nadie sabía qué extrañas razones aún por determinar por John Silence y otros investigadores de lo oculto.

Lo más inquietante para mí era esa red de conductos entre la ficción y la realidad, que hacía que ésta determinara la trama de una película, que a su vez produjera un hecho trágico, que hubiese creado posteriormente una mitomanía gore, con figuras como Marilyn Manson, además de inspirar un sinfín de canciones de gente tan variopinta como Leonard Cohen, U2, Neil Young o los Ramones. Esto era lo que hacía única a la película. Al margen de

sus méritos cinematográficos, no empezaba ni terminaba con los títulos de crédito. Después de la palabra FIN la película seguía, dando lugar a una serie de hechos que afectaban personalmente al propio director y a muchas más personas. Lo menos horrible era lo que, siendo horrible, pasaba en la película. Lo peor, lo que pasaba después. Se cumplían con ella tres objetivos enunciados alguna vez por la teoría literaria. El primero, que sólo apareciese en la historia relatada la punta del iceberg, es decir, una parte de la realidad, como pretendía cierto escritor americano. El segundo, que el lector satisficiera el deseo que nos han dejado ciertas novelas, sobre todo en nuestra juventud: que la historia no terminase, que tuviese una segunda parte. Tercero, que la obra entrase en la vida del lector o espectador. Esto se había producido hasta el punto de que la Rosemary de la película había tenido su correlato en una Rosemary real, de carne y hueso: Rosemary LaBianca.

La pregunta definitiva que le hubiera formulado a Polanski es la siguiente: ¿Cuántas veces le había pasado por la cabeza que la muerte de su mujer y de su hijo había sido debida realmente a él mismo, es decir, a su película, que había despertado unas fuerzas demoníacas que habitaban en el edificio, que habían utilizado a Manson como un mero títere y de las que éste no había sido más que un ciego ejecutor?

También tenía varios libros sobre la muerte a manos de dos chaperos de Ramón Novarro, el protagonista de El Prisionero de Zenda, Ben-Hur y Scaramouche, en sus versiones mudas. Cuando Novarro se negó a pagarles lo que le pedían, los chaperos, que eran hermanos, le ataron con un cable eléctrico, al igual que a Rosemary LaBianca, y le torturaron, golpeándole sañudamente hasta que se ahogó en su propia sangre. Lo más pintoresco de este crimen es que le introdujeron a Novarro por la boca un consolador de grafito art-decó, regalo de Rodolfo Valentino. Uno de los hermanos salió a los seis años y otro a los nueve. Este último sería detenido más tarde por la violación de una mujer de Missouri. Los asesinos sólo pudieron encontrar 46 dólares en la casa del actor de Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis.

O el caso de Roscoe Arbuckle, conocido como Fatty, actor cómico de la gran época de Charles Chaplin, Buster Keaton y Harold Lloyd. Fue acusado de haber violado con una botella de coca cola a una prostituta llamada Virginia Rape, que ya en su apellido, que no en su nombre de pila, tenía marcado su destino. Murió a los pocos días por perforación de la vejiga. Absuelto de todas estas acusaciones, Fatty fue considerado un apestado por la industria del cine, si bien pudo dirigir alguna película con un nombre falso. Nunca más volvió a probar la coca cola, renegando de la chispa de la vida y

de la sensación de vivir. Un magnate de la comunicación, interpretado por Orson Welles en Ciudadano Kane, encontró un filón en esta historia para sus periódicos sensacionalistas, donde contaba cosas como que los 120 kilos de Fatty habían fracturado la vagina de la chica; o que frustrado por no poderla penetrar debido a lo borracho que estaba, utilizó para ello la botella dichosa de coca-cola, que en otras versiones es una botella de champán o bien un trozo de hielo.

Y la extraña muerte de George Reeves, antecesor de Christopher Reeve no sólo en su apellido sino también en el papel de Superman y en la maldición que ha acompañado al personaje. Fue hallado muerto en junio de 1959, al lado de una Luger de 30 milímetros. La policía de Los Ángeles lo consideró un suicidio, pasando por alto una serie de detalles sospechosos e incompatibles con dicha versión, como que se encontrara un disparo en el techo y dos en el suelo; que la pistola no tuviera huellas dactilares; que no hubiera residuos de pólvora en los dedos del actor; y que el casquillo se hallase debajo de su cuerpo. De forma muy parecida a Guy en La Semilla del Diablo, Reeves confesó que el papel de Superman se lo debía a la muerte por un infarto repentino de un tal Mark Sandrich. Yo estaba convencido de que Polanski conocía esto último y lo había reflejado en la película.

Y mi historia favorita: Susan Cabot, vampiresa en películas de bajo presupuesto, asesinada por su propio hijo, un enano que había incurrido en el consumo excesivo de hormonas y esteroides, lo que le había causado trastornos de comportamiento de tipo paranoico. Timothy Cabot mató a su madre una noche de diciembre de 1986, con una barra de levantar pesas, aunque sólo fue condenado por homicidio involuntario. Parece que había una malsana relación de dependencia entre madre e hijo, y que Timothy explotó después de años de sumisión. El consumo de drogas también habría contribuido a este desenlace. Este caso reunía tal cantidad de elementos grotescos que hubiera sido digno de un relato de Edgar Allan Poe o de una película de Tod Browning. Bastaba pensar en los largos años de convivencia entre la bella actriz y su hijo, un enano paranoico y hormonado, haciendo pesas con su cuerpo de geyperman, hinchado como un culturista de juguete.

Volviendo a Cynthia. En esa pestaña de internet, dedicada a las actrices porno asesinadas, encontré a Cynthia Rogers, que había muerto en macabras circunstancias en el año 2008. Tirando del hilo, es decir del buscador de internet, había sacado su nombre autentico, un nombre checo que no viene al caso. Y había accedido a ciertos archivos de periódicos online checos. Utilizando el traductor de google pude reconstruir su vida y su muerte, una

historia, por qué no decir, susceptible de un más que interesante relato criminal. A lo que quería llegar es que, buceando y buceando, pude recopilar buena parte de las escenas que Cynthia había filmado a la largo de su carrera cinematográfica, incluyendo tomas falsas y entrevistas o *castings*. Lo cual arrojaba un saldo de más de un centenar de horas. Caudal bastante estimable, aunque incompleto, dado que había filmado mucho del así llamado género gonzo, en el que el operador de la cámara participa activamente en el rodaje, y que se caracteriza por interminables escenas que no es raro que lleguen a una hora de duración.

Con ese material compuse un relato más o menos hilado de lo que había publicado la prensa checa sobre el crimen, de tal forma que me resultó una historia parecida a *El Misterio de Marie Rogét*, de Edgar Allan Poe.

En este cuento el bostoniano recrea en París un hecho verídico, ocurrido en Nueva York. La verdadera Mary Rogers se convierte en la literaria Marie Rogét. Una hermosa joven que trabaja en una perfumería y cuya belleza constituye un atractivo reclamo para que los clientes acudan al local. Había salido de su casa para visitar a una tía suya y no había vuelto. Se encontró al cabo de unos días su cadáver flotando en el Sena. Poco después se había suicidado su novio, bebiéndose una botella de láudano y habiendo escrito una nota de despedida. Todo apuntaba a que los asesinos habían sido un grupo de malhechores, que la habían violado y asesinado, para luego deshacerse del cuerpo arrojándolo al Sena. Esa era la solución del misterio que proponían los periódicos. Pero *Monsieur Dupin*, el primer detective privado de la historia, había llegado a otra conclusión muy diferente: la chica había sido asesinada por un antiguo amante, otro distinto del que se había suicidado. Tras matarla, la había lanzado al río desde una barca, simulando que había sido una pandilla de delincuentes callejeros.

Contrastaba esta historia con los otros dos relatos del detective Dupin: *Los Crímenes de la Calle Morgue* y *La Carta Robada*, dos obras maestras sin discusión.

Todo en *El Misterio de Marie Rogét* es fallido. Dice Cortázar que este relato ha merecido todos los reparos del anterior cuento del chevalier Dupin sin ninguno de sus méritos. Para Haycraft se trata más de un ensayo que de un cuento. Como ensayo es un tedioso ejercicio de razonamiento. Como relato, apenas existe. No tiene vida y los personajes ni se mueven ni hablan. Sólo un estudiante de lógica analítica o un acérrimo devoto de la criminología podría leerlo sin aburrirse como una ostra. Baudelaire, el introductor de Poe en Francia, lo consideraba en cambio una obra maestra. Del mismo y extraño

parecer era Rufus Wilmot Griswold, un contemporáneo y rival de Poe, autor de una extensa antología de poetas norteamericanos y que fue una de las causas de sus desavenencias con el autor de El Cuervo.

El cuento es detestable y cuesta horrores leer sus sesenta o setenta páginas. ¿Por qué me había interesado tanto esta historia tan farragosa e indigna de un talento tan grande?

Por la ilustración que había visto de pequeño, cuyo autor era Harry Clarke, un ilustrador irlandés que murió en 1931, y que también hizo folletos de publicidad para el *whiskey Jameson*, mi preferido de los de menos de veinte euros.

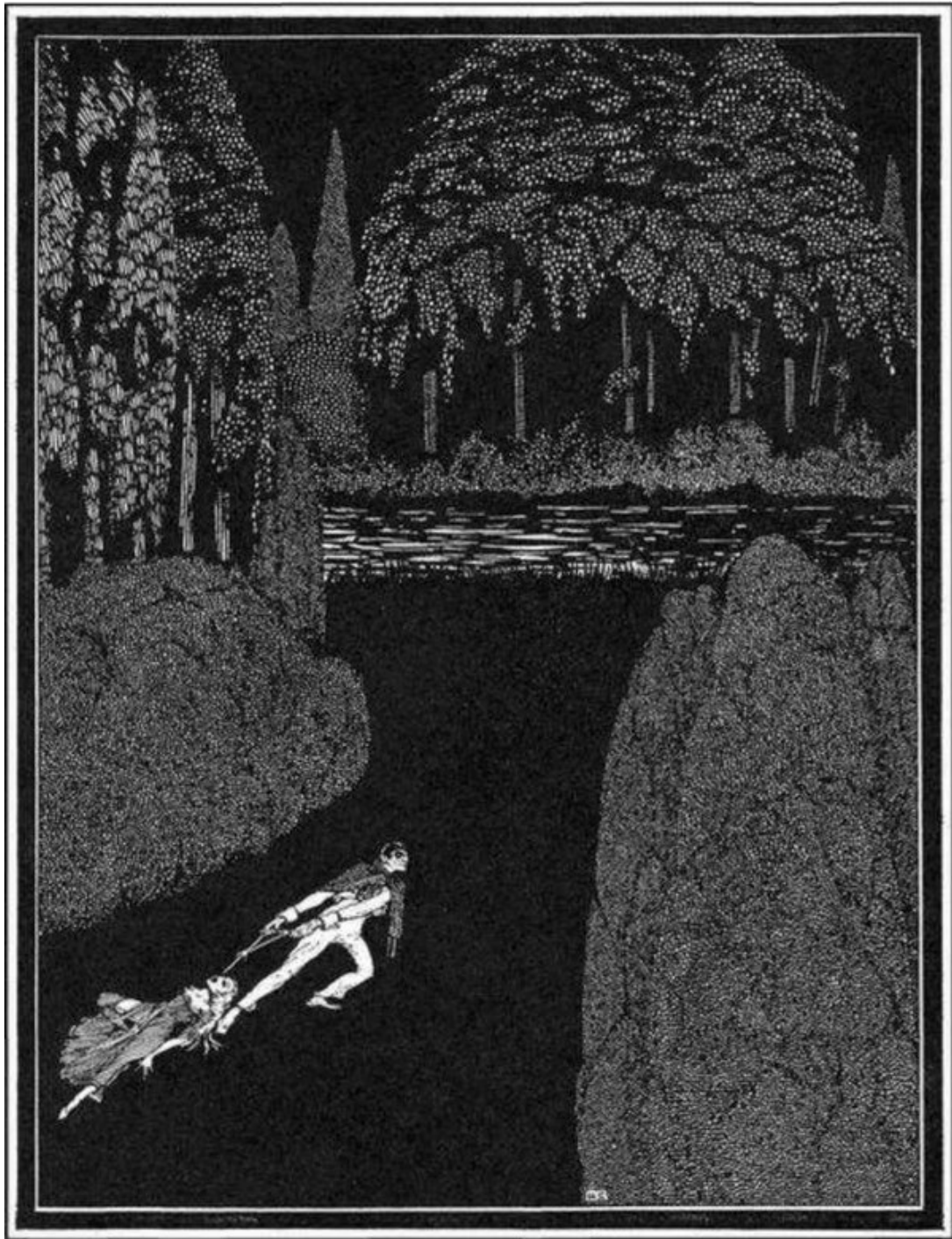
En la parte inferior izquierda del dibujo aparecía un personaje truculento y torvo, de pelo negro y corto, pegado como un casco a su cabeza, grandes manchas oscuras alrededor de los ojos y una especie de capa corta o esclavina, de color negro, y que caía por delante de su hombro izquierdo, en contraste con su camisa, pantalón, piel y zapatos, de un blanco neutro. Tenía flexionado hacia adelante el pie izquierdo, en el que apoyaba todo el peso, cogiendo así impulso para arrastrar el cuerpo sin vida y en posición supina de Marie Rogét. La pierna derecha del asesino estaba extendida, trazando una línea con su tronco y su cabeza, así como con la espalda y el pie izquierdo de la chica. La cuerda con la que tiraba de ella formaba un triángulo.

Marie llevaba un vestido de rayas negras y blancas. El muslo derecho hacía una escuadra con la otra pierna y la rodilla se doblaba, dejando la pantorrilla oculta por detrás. La tela estaba desgarrada por debajo de la cintura y dibujaba una media circunferencia que tenía como centro la zona púbica de Marie Rogét, transparentando algo de ella y de las piernas. El brazo derecho no se veía, tapado por el cuerpo. Su muñeca izquierda se giraba de modo que los dedos apuntaban hacia el suelo, revelando el agarrotamiento de un *rigor mortis* incipiente. Marie Rogét miraba hacia arriba y por encima del vestido salían desbordados sus pechos redondos y gemelos, que divergían hacia fuera y trazaban otro ángulo recto paralelo al de la barbilla. Su boca pintada se abría haciendo una o, y su pelo rubio era arrastrado sin muchos miramientos por el camino.

El asesino llevaba a la chica por un sendero de tierra negra, flanqueado a un lado por tres cipreses y al otro por un seto no muy rectilíneo y otros árboles imprecisos y fantasmagóricos. Tanto el seto como los árboles estaban pintados con puntos blancos sobre un fondo oscuro. Al final se veía el río adonde iba a arrojar a Marie Rogét, que fluía en horizontal y a la altura de la mitad de la ilustración. Detrás del río, en la otra orilla, se erguían otros

árboles más frondosos, menos negros pero no menos amenazadores que los cipreses.

Debajo del dibujo decía un texto:



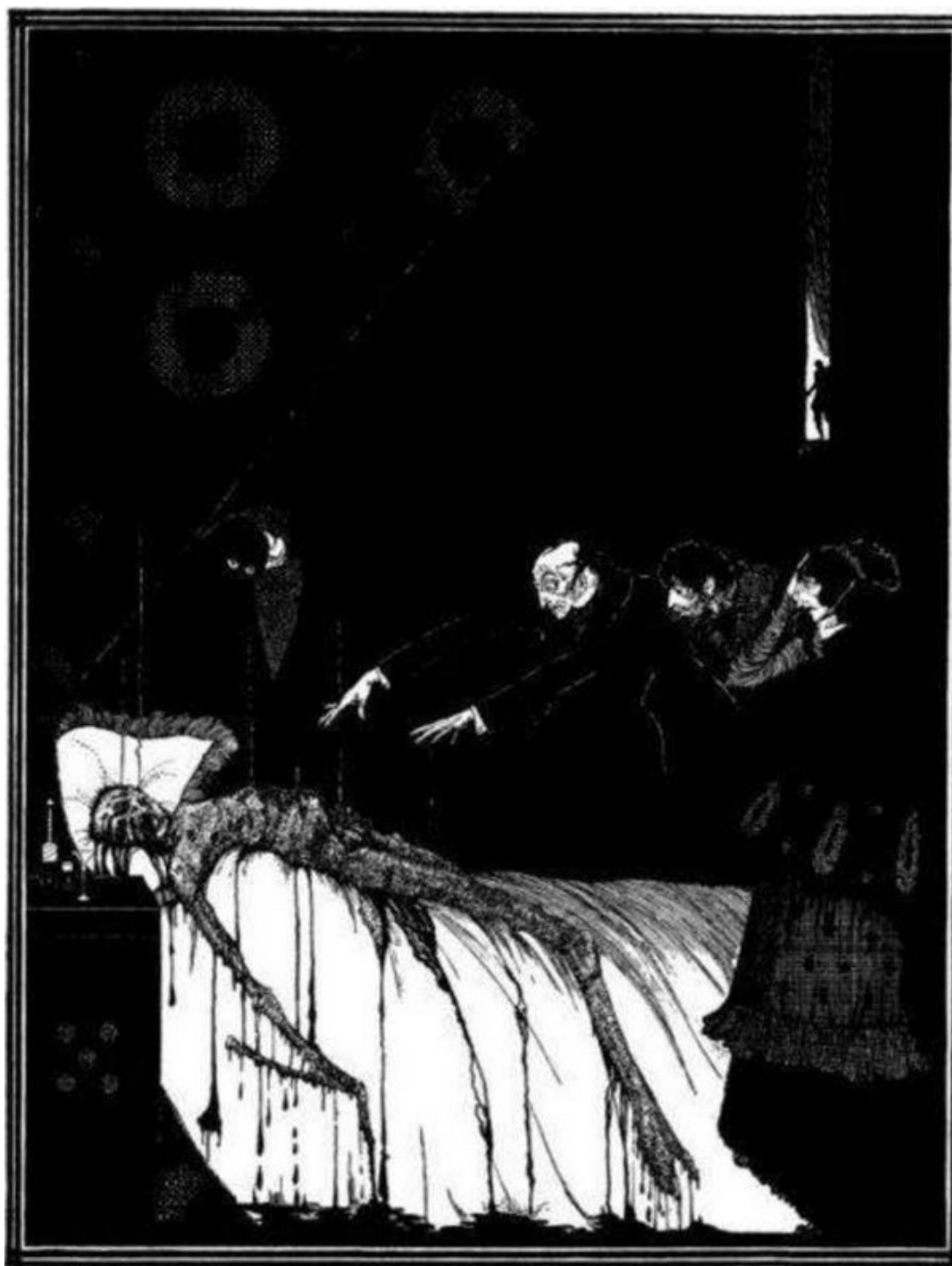
«Decidió entonces arrastrar el cuerpo y ahí están las huellas que lo confirman».

Había visto la ilustración con diez u once años. No había podido leer la historia de Marie Rogét porque no estaba en ningún volumen de cuentos de Poe de los que tenía en casa. Cuando lo leí comprendí por qué no figuraba en

las antologías: lo mejor del cuento era el título y las ilustraciones. Para mis diez años, la estampa del cuerpo exuberante de una chica rubia y semidesnuda, enseñando los pechos y arrastrada boca arriba por un psicópata narigudo y con unas negras ojeras, me había cautivado con tal fuerza, que ese hechizo se había mantenido de modo consciente o inconsciente hasta mi edad adulta.

Mis primeras lecturas de los cuentos de Poe venían precedidas de la contemplación de las ilustraciones de Harry Clarke así como del genial Aubrey Bearsdley, fallecido a la edad de veinticinco años, y que en talento, precocidad y brevedad de vida es a la ilustración lo que Keats a la poesía.

Como la del cuerpo vivo pudriéndose asquerosamente ante los cuatro personajes atónitos en Los Hechos en el Caso del Señor Valdemar, cuyo texto debajo decía:



«Quedó sólo una masa casi líquida de repugnante, de abominable putrefacción».

O el feroz mono de Los Crímenes de la Calle Morgue, girando el cuello hacia atrás, como a punto de lanzarse desde las páginas del libro sobre el lector horrorizado, agarrando con su mano izquierda el cuello de una de sus víctimas y con la otra la navaja de afeitar. Y en la parte derecha, el otro cuerpo degollado y sin vida, encima de la cama, mirando el techo con una mueca de horror.

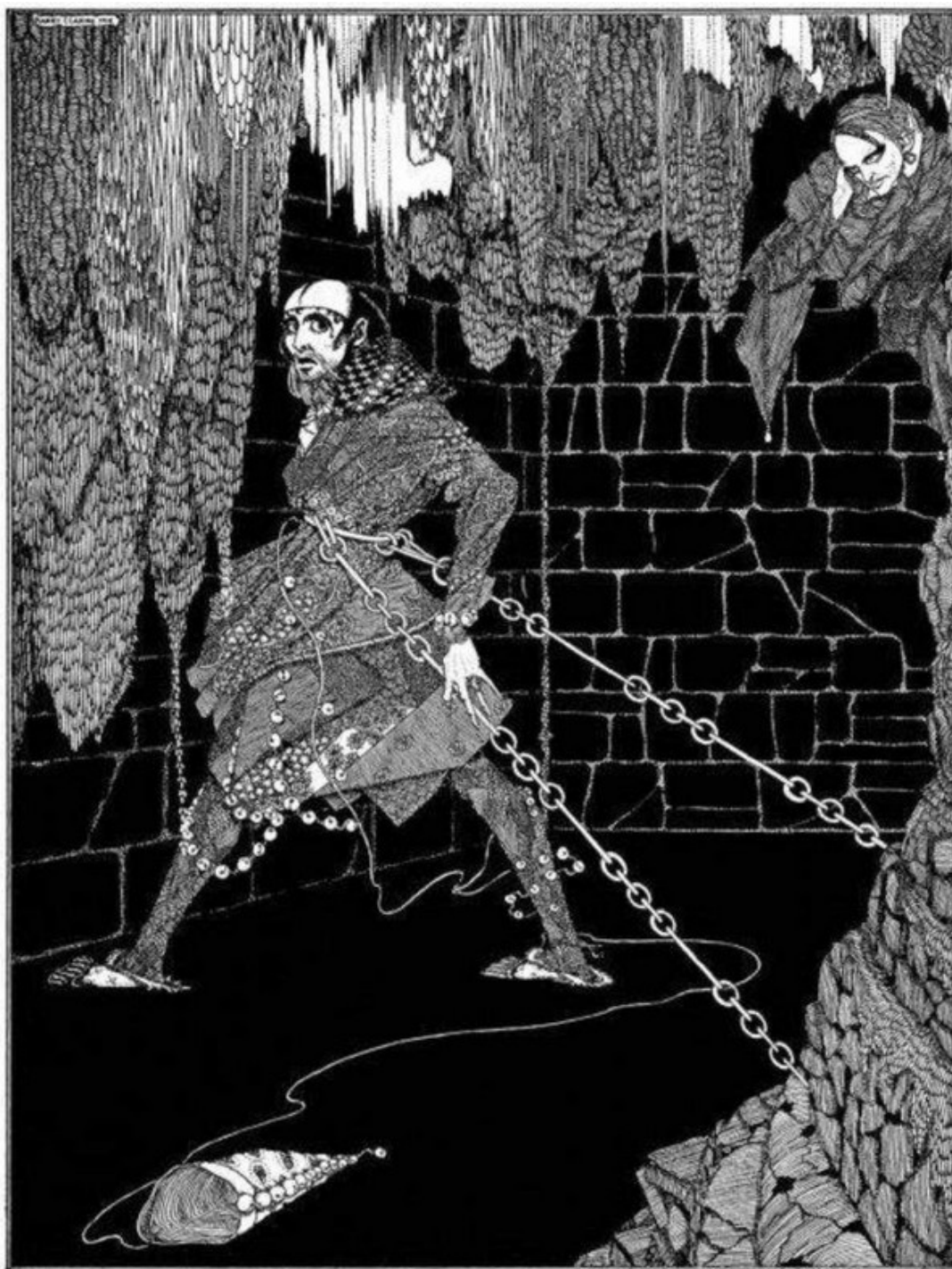


O los enloquecidos delirios del narrador de El Corazón Delator ante la alfombra que tapaba el cadáver, y el fragmento:



«Durante muchos minutos, el corazón siguió latiendo con un ruido ahogado».

O Fortunato encadenado, con cara de asombro, mientras surgía, por encima del muro que lo iba a sepultar para siempre, el rostro apoyado en los brazos del rencoroso amigo que lo había conducido engañado a las catacumbas, con la excusa del amontillado. Y debajo:



«Surgió del nicho una risa apagada que hizo que se me erizase el cabello».

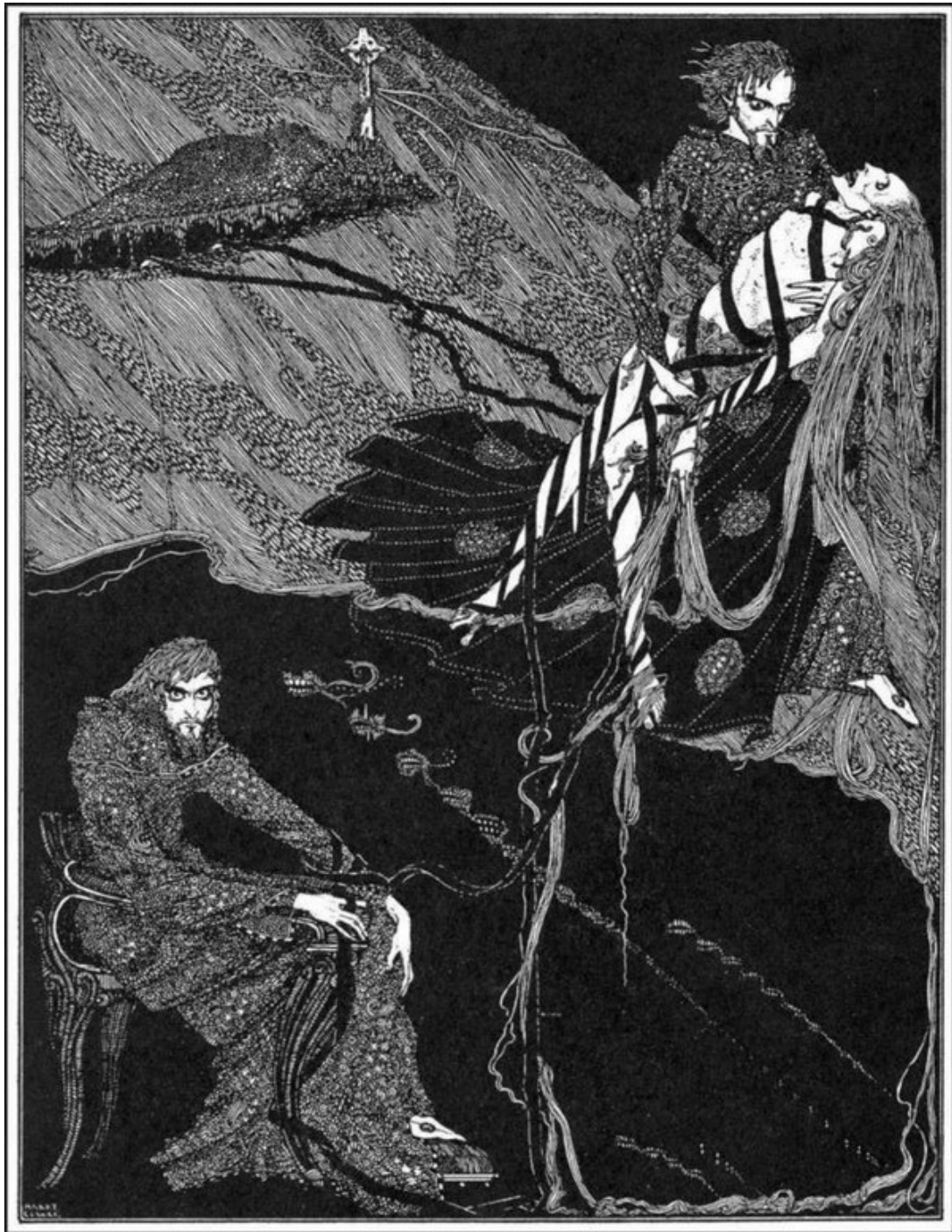
O los grotescos invitados atrapados en la malla colgante del techo, al tiempo que el bufón enroscado en la cuerda superior de la red prendía con su antorcha el fuego que devoraba y confundía los cuerpos carbonizados, y el extracto siguiente:



«Los ocho cadáveres se balanceaban colgando de sus cadenas en una masa fétida, ennegrecida, repugnante e irreconocible».

Y, finalmente, la estampa siniestra del monamánico Egaeus de Berenice, que me recordaba al amante consumido por los celos de un cuadro de Munch. Egaeus aparecía dos veces. En el cuadrante inferior izquierdo, consumido por una obsesión terrible de la que eran fieles exponentes sus ojos lunáticos. Él mismo aparecía en el cuadrante opuesto, sosteniendo en brazos a su

cadavérica prima Berenice, con cara de esqueleto y vestida únicamente con unas bandas negras que dejaban al descubierto su pecho plano. El pelo de Berenice le crecía a partir del codo, y se extendía verticalmente hasta la mitad del dibujo. Las bandas que la ceñían caían hacia abajo, envolviendo el antebrazo izquierdo del narrador, obsesionado con los dientes de su prima, y que intentaba acordarse de un acto terrible difuminado por su conciencia. Y debajo:



«El recuerdo de ese rato estaba lleno de horror... Había cometido un acto, ¿qué era?».

Lo que tenía de especial el relato que estaba escribiendo es que mezclaba la información de la prensa checa con las películas que había compilado, pero quitándoles el contenido erótico, para ir rellenando las lagunas debidas a lo fragmentario de la información y, de paso, disponer de un material, aunque fuera de ficción, para ir espesando el relato.

Por ejemplo, aproveché una escena típica de cine x, en que hacía el papel de una criada que se lo montaba con dos aristócratas, para contar su infancia en casa de una familia rica, donde su madre trabajaba de limpiadora. Otra, no menos típica, en la cual fornicaba con medio colegio mayor, la utilicé para describir con detalle su vida en la universidad. Y así era todo. Saqué partido de esta manera a muchas escenas, no a todas, porque hubiera sido imposible enlazar tantas horas y horas de sexo incansable, para narrar la historia de la chica asesinada. Quería que fuese el Misterio de Cynthia Rogers, la historia que Poe nunca había llegado a escribir, reconstruida también a partir de extractos de crónicas de sucesos, así como de películas porno, desbastadas de lo sexual y reconvertidas en hechos supuestamente reales de su vida.

Ese era el libro en cuya redacción estaba enfrascado cuando ocurrieron estas terribles muertes. El libro que esperaba que me sacase del olvido como escritor y por y para el cual escribía mis columnas sobre asuntos de los que no tenía ni pajolera idea en ese periódico provinciano de mierda.

La historia de Cynthia Rogers tenía un elemento que le daba un valor especial dentro del género de las noticias escabrosas. A Cynthia le habían cortado las dos manos. Y le habían extirpado los dientes, con una perfecta técnica de cirugía dental. Las manos habían aparecido en un contenedor de basura cerca de la casa de la víctima, pero no se había encontrado ni rastro de los treinta y dos dientes. Digo treinta y dos porque su dentista checo había aseverado que tenía la dentadura intacta, incluyendo las dos muelas del juicio.

Una buena salud bucal no es cuestión nimia para una actriz porno consagrada, dada la abundancia de primeros planos dedicados a dicha parte del cuerpo humano en este género cinematográfico. Revisando las películas que había filmado, que podía datar con una cierta precisión atendiendo a las estaciones del año en que habían sido rodadas, la cantidad de bótox y silicona que iban cubriendo su cuerpo, y la progresiva intensificación de la dureza de las escenas, pude apreciar cómo había mejorado el estado de su salud dental, habiendo pasado de unos dientes amarillos, cariados y feamente empastados, a un esmalte niveo y fluorado que le permitía abrir la boca de oreja a oreja con una sonrisa perfecta y blanquísima, que resaltaba fotogénicamente sobre su pelo de color azabache y su piel cobriza de zíngara balcánica.

Lo más escalofriante es que la autopsia había revelado que Cynthia Rogers estaba viva, posiblemente sometida a un fuerte narcótico o anestésico, mientras le cortaban las manos y le extraían los dientes. Esto es lo que había hecho que la prensa checa le prestase atención durante un cierto tiempo. Ya estaba el asunto olvidado cuando supe de lo de su muerte por casualidad y se me metió en la cabeza la idea de contarlo en una novela.

El redundante ensañamiento era lo que más me impresionaba. Entendía que hubiera un tarado que cortara manos y otro que extrajese dientes, pero no me entraba en la cabeza, habida cuenta de los muchos libros sobre serial killers que había leído, que hiciera las dos cosas al mismo tiempo. Era como si se hubieran asociado dos psicópatas para cometer el crimen, cada uno con su obsesión, contubernio delirante y práctico para suministrar doble placer por un único acto homicida.

Catorce

Un día desangelado que andaba por las calles de Leuca me encontré con Reinaldo, un amigo del colegio.

Era más bajo que yo, de un pelo negro que parecía pintado al betún, con algo de relieve, y piel oscura como la de un mauritano.

Era de una familia no rica, sino riquísima, de las más ricas de toda la provincia de Leuca. Toda su fortuna venía de su abuelo, un campesino iletrado pero listo como un zorro, que había comprado unas tierras rústicas a precio de campo de patatas, sabiendo que iban a ser recalificadas, hacía cuarenta o cincuenta años. Y así, especulando durante los decenios de enloquecido enladrillamiento del litoral leucense, se había hecho asquerosamente rico, hasta el punto de que en el sur de la provincia había una urbanización inmensa, de varias decenas de miles de habitantes, a la que había bautizado con su primer apellido.

Tenía Reinaldo el habla inculta del sur de Leuca, con todas las incorrecciones, sin nada del gracejo de los de esas tierras. Incurría en un desliz muy propio de allí, que era utilizar el subjuntivo por el pretérito perfecto simple, sobre todo en la primera persona del plural, esto es, en vez de decir «Ayer compramos un coche», decía «Ayer compremos un coche». No es que fuera esto más grave que el «Si yo podría» de los vascos, o «Tú me contestastes que no» de cierta canción famosa. Lo lamentable es que quisiera darse un tono subido utilizando palabras pseudocultas, como «por consiguiente», «enervar», «optimizar» y «desiderátum», incurriendo una y otra vez en la misma incorrección del «compremos».

Cuando teníamos dieciséis años me invitó a pasar un fin de semana en su casa. Todo era opulencia hortera: mansión de dos mil metros cuadrados, pórtico de mármol de un orden griego incierto, sauna, sala de cine, gimnasio, cocinero particular, criadas con derecho a roce elegidas personalmente por su padre y coches carísimos. El abuelo tenía un campo de golf al que acudía

desde su casa, que estaba a menos de cien metros, en su flamante Rolls Royce de trescientos mil euros, para que todo el mundo lo viese. Tenía ese tic, propio de ciertos ricos prepotentes y vulgares, de dar órdenes perentorias a sus sufridos lacayos sobre cualquier ocurrencia, por no decir chorrada, que le pasara por la cabeza. Como buscar caviar a horas intempestivas, regalar un cartière a una mujer que no tenía dinero para pagar la luz o conseguir que abrieran un taller de carrocería en domingo para reparar un rasguño inapreciable de alguno de sus coches.

Reinaldo no era del todo mala persona, pero era rata y de poco fiar, como todos los de su familia. Por lo demás, no era ni peor ni mejor que el común de los mortales.

Conocía a Reinaldo desde que tenía seis años. Ambos habíamos ido al mismo colegio de curas desde primero de primaria, lo que era entonces la EGB. Nunca fue un alumno muy aprovechado, ni por esfuerzo, ni por talento ni por actitud, pero fue pasando de curso en curso y así llegó hasta el último año de bachillerato, a base de robar exámenes y esconder chuletas en todo tipo de objetos y adminículos, como bolígrafos, gafas, cordones de zapatos y relojes. Había llegado a una técnica infalible, que era tener todos los libros de texto miniaturizados. Sabía sacar al instante la chuleta correspondiente a la que pregunta que hubiera caído. Como no quería que le vieran el plumero, procuraba no hacer los exámenes perfectos del todo, de modo que se limitaba a sacar un siete para que no lo descubrieran. Le llegamos a poner el apodo de El Siete. Solía robar los exámenes de la fotocopidora e incluso del mismo despacho del profesor.

Ya se empezaba a vislumbrar en el fondo de su personalidad una turbia predilección por todo lo sucio, lo depravado. Nos traía revistas de sexo del raro, en una época en que tampoco había tanto acceso a la pornografía como ahora, fotos de sus padres desnudos, de su hermana pequeña en la bañera y de su perro comiendo cabezas de quisquillas y patas de langostinos.

En el último curso había un rector siniestro y delgado, con gafas antiguas de culo de botella y aspecto de malo, como el monje ciego de El Nombre de la Rosa. Era un padre muy cultivado: sabía griego, latín y alguna que otra lengua clásica adicional, como el hebreo y el arameo. Su pasión era Platón: recitaba en griego, de memoria, párrafos enteros de sus diálogos. A las chicas no les hacía mucho caso y no parecía tener en común con ellas otra cosa al margen de la admiración por la anatomía masculina. Pero como las aprobaba, porque creía que hacerlas pensar o corregirles los exámenes era una pérdida de tiempo absurda, ellas no se quejaban. Seguía a rajatabla el principio

platónico de que es necesaria la contemplación de la belleza para acceder, por la escalera de la dialéctica, hasta el sumo bien, el eidos platónico. Se refocilaba sacando a la pizarra a los chicos de formas mas armoniosas, de vaqueros más ceñidos, mientras hablaba de Platón y de la belleza diciendo cosas como éstas:

—Platón, el de los anchos hombros, fue el primero que trató conceptos estéticos, como el arte y la belleza. En El Banquete nos dice que el hombre tiene inclinación natural a buscar la perfección y la belleza, y que ésta se puede conseguir a través del amor, que es un camino de conocimiento. El amor o eros es la búsqueda de la belleza física, en tanto que vía para llegar a la belleza ideal. El amor platónico es infinito, no tiene tiempo ni forma. La belleza lo es todo. Como dice en El Banquete:

«Si es que hay algo por lo que vale la pena vivir, es por contemplar la belleza».

Según Platón, el hombre se abraza en el eros con pasión a lo bello porque le pertenece, porque lo bello es su naturaleza originaria o arxaia fisis, su propio y mejor yo. Por eso el hombre ama lo bello como se ama a sí mismo.

En El Banquete nos habla de un ser protohumano que reunía en su cuerpo dos sexos, que podían ser el sexo masculino y el femenino; o bien el sexo femenino-femenino; o bien el masculino-masculino. Superior éste a los otros dos, al igual que los reyes están por encima de los guerreros, los comerciantes y los campesinos, equiparados por Platón a los animales y a los objetos. Había por tanto en su origen tres tipos de sexos y no dos, como en la actualidad.

Los paralelismos entre la división social de La República y las castas indias apuntan a ese fondo cultural indoeuropeo que Platón se limita a recoger, convertido en amanuense o notario de la estratificación de la sociedad aria, perfecta en sí misma; así lo demuestran científicamente Gobineau y Chamberlain. El filósofo platónico no es más que el desarrollo del brahmán, en ese proceso dialéctico de que habla Hegel que culmina en la filosofía, esa fase en que la idea se piensa a sí misma y el espíritu retorna sobre sí, entreteniéndose a solas consigo, en onanístico solaz contemplativo. En el marco político del estado prusiano pangermánico, donde sale el sol de la autoconciencia y el espíritu del mundo pasa en un estadio superior al pueblo alemán, cuyos súbditos son libres, ya sea por pertenecer a la raza aria, depositaría del poder divino, ya sea por la fuerza del trabajo, que dignifica las razas inferiores como los judíos, los gitanos, los negros y los mongólicos.

Estos seres compuestos de dos sexos intentaron invadir el Monte Olimpo y Zeus, al percatarse de esto, les lanzó un rayo que los dejó divididos.

Cada uno de nosotros, diría Platón, no es más que una mitad de un ser humano, que ha sido separada de su todo como se divide una hoja en dos. Así los hombres buscan a los hombres para volver a su naturaleza originaria.

Dice Platón:

Los hombres procedentes de la separación de los hombres primitivos buscan de igual manera el sexo masculino. Mientras son jóvenes, aman a los hombres, disfrutan durmiendo con ellos y en estar entre sus brazos, y son los primeros entre los adolescentes y los adultos, como si fueran de una naturaleza mucho más viril. Sin ninguna razón se los acusa de no tener pudor, y no es por falta de pudor por lo que proceden así; es porque poseen un alma esforzada y valor y carácter viriles, por lo que buscan a sus semejantes, y la prueba es que con la edad se muestran más aptos para el servicio del Estado que los otros. Cuando llegan a la edad viril, aman a su vez a los adolescentes y jóvenes.

También dice:

En la Élida, por ejemplo, y en Beocia, donde la gente se muestra poco hábil en el arte de la palabra, se dice sencillamente que es bueno conceder sus favores a quien nos ama; nadie, joven ni anciano, lo encuentra mal. Es preciso creer que en estos países se ha autorizado así el amor para allanar dificultades y que no haya necesidad de recurrir a artificios del lenguaje de los que sus habitantes no son capaces.

O:

El que quiera llegar a este fin por el camino verdadero debe empezar a buscar los cuerpos bellos y hermosos desde su edad temprana; si está bien dirigido debe también, además, no amar más que a uno solo y engendrar bellos discursos en el que haya elegido. A continuación, deberá llegar a comprender que la belleza que se muestra en un cuerpo cualquiera es hermana de la que se encuentra en todos los otros. En efecto, si hay que buscar la belleza en general, sería una verdadera locura no creer que la belleza que reside en todos los cuerpos es una e idéntica. Una vez penetrado de este pensamiento deberá mostrarse amante de todos los cuerpos bellos y despojarse, como de una menospreciada futesa, de toda pasión que se encontrara en uno solo.

La aplicación de todas estas ideas en el orden socio-político se recoge en La República. Platón, que abomina de la democracia ateniense, defiende un estado inspirado en Esparta, regido por reyes filósofos admiradores de la belleza, donde los hombres de almas y cuerpos bellos se amen, rija una comunidad de mujeres y demás bienes y se practique una sana eugenesia que elimine a los hijos contrahechos y en general a los seres con imperfecciones. Donde los adolescentes amen a los hombres viriles y los ancianos puedan amar a los jóvenes sin cortapisas. En uno y otro caso es necesario, a modo de imperativo categórico, como diría Kant, que los adolescentes se dejen amar,

porque no se pertenecen a sí mismos, sino a quien es capaz de contemplarlos, en la medida en que la belleza le pertenece al verdadero filósofo como algo propio, como su más íntima naturaleza.

Y estas cosas las decía mientras la figura apolínea de Lucas embellecía la pizarra. Todas las chicas, incluyendo el cura, contemplaban su cuerpo en éxtasis. Los chicos lo envidiábamos o bien lo admirábamos calladamente. Daban ganas de fundar ciudades con su nombre, como hizo el emperador Adriano con Antínoo, e ir llenando de estatuas con su bello rostro todo el mundo conocido, desde Queronea de Grecia hasta Paítala, allá por el río Indo.

Era la única persona con la que comprendí el verdadero pensamiento de Platón. Todo empezaba con un cuerpo bello, de hombre o de mujer, según las preferencias de cada uno, una forma burda de llamar a la otra mitad de la que estamos hechos y que nos falta, como el muñón busca la mano amputada. Y por medio de ese cuerpo nuestra alma sensual tenía algún atisbo de las realidades superiores. Es lo que alguna vez intentaba explicar infructuosamente: yo sólo buscaba ángeles platónicos, que encontraba algunas veces, aunque se me escaparan al poco rato, porque el dinero puede comprar cuerpos pero no paralizar el tiempo. Me cansé de contarlos y me limité a vivirlos para mí solo.

La contemplación de unas nalgas adolescentes era lo que en el fondo le hacía feliz. Todos lo sabíamos, pero entonces, la homosexualidad de un sacerdote, en la medida en que no violase a un niño, o lo hiciera sin cuidar la discreción debida, era para nosotros más motivo de guasa que de sensación de riesgo real. Nos impartía historia del arte, y creo que fue el profesor de quien he aprendido más en mi vida, incluyendo los de la universidad, donde nada aprendí.

Una noche que entró Reinaldo en el colegio con otro alumno, con el que solía perpetrar sus robos de exámenes, los descubrió in fraganti el rector. Contaba el chico que lo acompañaba, de cuyo nombre no me acuerdo, que los había amenazado con la expulsión si no se prestaban a hacer lo que les pidiera. Éste finalmente se había conseguido zafar, mientras Reinaldo ya le estaba abriendo la bragueta al cura. Ninguno de los dos fue expulsado y aprobaron sin problemas la asignatura y el Cou. Siempre me quedó la duda de si lo había hecho por temor a su padre, que yo sabía que se prodigaba con violencia para con sus hijos y su mujer, o por el eidético placer de chupársela en sí al viejo puerco, al amator de la belleza.

Una vez que estaba en la casa de Reinaldo con sus padres y su hermana, cuya anatomía conocía ya por las fotos que nos había enseñado, le dio el

padre una majestuosa bofetada a su esposa, una hermosa mujer que aún no había cumplido los cuarenta años y que era la devoción de todos los compañeros de clase, así como la imagen o el objeto mental de buena parte de nuestras compulsivas masturbaciones, en esa edad en la que el váter es el hábitat natural de todo adolescente y donde éste va a rematar sus ensoñaciones.

El motivo, si es que lo había, era nimio, no por ello menos inexorable. Ella se había olvidado de hacer algo: recoger de la relojería un reloj de oro que estaba ya arreglado, o una fruslería de este jaez. Y, sin darle él tiempo de réplica o defensa, le había arreado una bofetada doble, esto es, con la palma de la mano primero, y con el dorso después, aprovechando toda la energía cinética y de regreso del golpeo primeramente ejecutado.

La nariz soltó alguna gota de sangre que tiñó la cara alfombra persa de la sala. La hostia estaba tan certeramente dada que no le produjo ninguna marca, salvo la indeleble de la humillación que, unida a todas las que había padecido antes, la marcaban tanto o más que a una mujer a la que se le hubiese extirpado el clítoris y los labios vaginales.

Reinaldo y yo estábamos admirados. No se podía dar una bofetada a una mujer con más arte y perfección. Estaba a la altura de la de Glenn Ford a Gilda, con un punto menos de *glamour* pero asestada con más pericia y crueldad. De seguro que no sería la primera, y estaría ensayada de antes bien con su esposa o con otras amantes. La hermana también contempló la escena fascinada, y anduvo toda su vida buscando sin éxito un varón que se pareciese a su padre hasta que, abandonando toda esperanza, después de muchos intentos fallidos y de adornar su cuerpo con marcas y cardenales varios, se hizo del partido comunista y lesbiana.

Como era tarde, el padre insistió en que su mujer me llevara a casa en su porsche 911 Carrera targa. De camino había un descampado donde se paraban las parejas con sus coches. Fue ahí donde perdí la virginidad. No tenía preservativo; aunque lo hubiera tenido, habría sido incapaz de ponérmelo, por no saber cómo. La madre de mi amigo me dijo que no me preocupara. Me hizo quitarme la ropa de cintura para abajo y se puso encima de mí, abriendo el techo para no darse con la cabeza.

Pude por primera vez valorar lo que podía dar de sí un biplaza, además de la velocidad y el agarre en las curvas. Tomó así cumplida venganza de la vejación que le había infligido su marido. Era su forma de desquitarse, y el hecho de que se supiera que le ponía los cuernos endulzaba sus penurias. Nadie en su sano juicio hubiera osado sugerirle a una persona tan violenta el

uso que ella hacía del Porsche, con copilotos varios de entre catorce y setenta años.

Luego le perdí el rastro a Reinaldo durante muchos años. Me contaron que estaba con problemas serios de drogas, algo muy frecuente en Leuca, donde los camellos se quejaban muchas veces de la excesiva insistencia de sus clientes y padecían más estrés que los notarios y los corredores de bolsa.

Quince

Con este Reinaldo había tenido la siguiente experiencia:

Un sábado por la mañana, en el que paseaba ociosamente por las calles de Leuca, llenas de vómitos de la noche anterior, de meados de perros y de folletos anunciadores de ofertas de relax, me encontré con él en la avenida principal, a esas horas llenas de compulsivos ciudadanos, ávidos de comprar y pasar el día entre los dos centros comerciales de la misma cadena, situados a unos escasos doscientos metros entre sí.

Me preguntó si estaba libre para ese fin de semana y, como me viera en la cara que poco o nada tenía que hacer, me invitó a la despedida de soltero del novio de su hermana, que iba a empezar a la hora de la comida.

Nunca me habían atraído estas deleznables costumbres de disfrazarse de ropas absurdas, incurriendo en la más cutre zafiedad y falta de imaginación, de la que son tan amigos los descendientes de Viriato y en especial los leucenses, pero no se me ocurrió ninguna excusa.

Faltaba poco para la despedida, que iba a ser en un chalet alquilado para estos efectos a las afueras de Leuca, de modo que me fui con él en su coche a la fiesta, de la que no esperaba otra cosa sino que transcurriera lo menos latosamente posible. Pensaba escaparme tan pronto como mi amigo estuviese lo bastante borracho y así no se pudiera percatar de mi desaparición, como le ocurre al lector desprevenido que no se da cuenta de que le han escatimado la letra e, en aquel cuento tan celebrado como intraducible de cierto escritor francés.

Llegamos al chalet a la hora de la comida. Ya habían llegado buena parte de los invitados cuando se detuvo delante de la puerta un coche oficial con los cristales tintados. Se bajó de él el principal cacique del partido gobernante en Leuca y provincia, un tal Antonio Fenoll. Era un BMW serie 7 Largo, modelo 760Li con todos los extras: 12 en V, 544 caballos, caja de cambio automática de ocho velocidades, más de cinco metros de longitud, frenos de disco

ventilados, etc. Calculé que andaría cerca de los doscientos mil euros. El chófer se quedó dentro, navegando con el teléfono móvil, al igual que los padres que no se conocen o que no tienen ganas de hablar cuando llevan a sus hijos al parque, sin que se les pase por la cabeza que ese señor tan simpático que juega con los niños es un pederasta buscando su ocasión.

Fuimos al restaurante, que se encontraba pegado al chalet, del que parecía un anejo. Fue completándose con los aperitivos el número de los invitados, en torno a veinte. Además del gerifalte de la política provincial, había un conocido constructor y dueño de un club de fútbol, un registrador de la propiedad del que se decía que era algo marica, un futbolista retirado que dirigía una cadena hotelera, el futuro novio, (un tío bastante lerdo cuyo único esfuerzo en la vida había sido nacer en una familia rica), un abogado de mucho éxito, algún que otro médico, varios políticos subalternos de Fenoll y unos cuantos más fulanos de variada procedencia que tenían en común pertenecer al club selecto y zafio de la élite de Leuca. Conté seis Rolex de oro y tres Patek Philippe. Los Omegas eran relojes de medio pelo y que podía permitirse cualquiera. Me sentí algo avergonzado de mi modesto Longines de seiscientos euros, que desentonaba entre tanto peluco de a partir de treinta mil, como esos futbolistas pobres, invitados a los cumpleaños de las estrellas, a las que han conocido en las categorías inferiores, y que aparcan su coche de segunda mano entre ferraris, aston martins y lamborghinis.

De comer, la paella típica, precedida por jamón del Joselito, unas gambas de Huelva, almejas de las caras y percebes cogidos a mano y no de esos que los marroqués cogen utilizando dinamita, según contaba uno de los políticos, que se jactaba de tener ascendencia viguesa. Todo regado con vino de Rioja, de Ribera y del Priorat.

Cuando estábamos a los postres y pidiendo las copas, se puso de pie el tal Fenoll, que era quien asumía el papel de maestro de ceremonias, y soltó un discurso que pretendía ser ingenioso sobre el futuro destino de sumisión que le esperaba al novio, que reconozco que tenía algún tipo de gracia burda y cínica, y que fue remachado por las risas aduladoras de los asistentes. El novio se reía con cara de subnormal, sin haber comprendido nada. Fenoll sacó unos antifaces de dormir e hizo que todos los presentes se los pusieran.

Entonces se oyó un abrir de puertas y un ruido de pasos de gente que entraba, con risas femeninas de fondo. El político seguía insistiendo en que nadie se quitara el antifaz hasta nueva orden. Sentí, por debajo de la mesa, una mano que me tocaba la pierna, unos dedos que me bajaban la cremallera y

una boca que me ponía el preservativo. Acaricié el pelo liso, el cuello suave, y apreté contra mí un instante antes de culminar.

Una vez que todos los invitados tuvieron su ración concluida, cuestión de la que se ocupaba Fenoll, pendiente de que las chicas no se saltasen a ninguno de los comensales, nos mandó quitarnos las vendas de los ojos. Había en torno a diez u once de ellas, de manera que tocábamos a una por cada dos de los que éramos. Algunos estaban nerviosos; otros, los más íntimos del novio, y que habían preparado la despedida, estaban al tanto; y todos, en mayor o menor grado, estábamos excitados por la situación.

Se fue pasando por la mesa una tabaquera con un billete de diez euros ya enrollado, y por turnos, y como caballeros de la mesa redonda, nos fuimos poniendo una raya y esnifándola con la celeridad y eficiencia debidas. El registrador de la propiedad sentado enfrente de mí, no sé si por la poca o por la mucha costumbre, se hizo una del grosor de un rotulador. Temí que fuera a darle un infarto en el acto. Seguimos todos bebiendo más y más copas y metiéndonos más y más rayas con nuestros billetitos haciendo de canutillo.

A mí se me solía írseme la nariz por un lado, de forma que dejaba la raya intacta y tenía que repetir el intento, lo cual me suele pasar de cuando en cuando. Al registrador pareció hacerle esto mucha gracia. Un oculista me explicó que era debido al astigmatismo y que a su mujer le pasaba lo mismo cuando estaba muy bebida, y más desde que se había operado la nariz. Le prometí que me haría una revisión de la vista a la mayor brevedad. Estuvimos así hasta un poco antes de que atardeciera. Los camareros no parecían muy sorprendidos. Se les había advertido, seguro, de qué iba a ir el asunto. O estarían acostumbrados a otras fiestas más o menos parecidas dadas por Fenoll y compañía.

Ya habíamos ingerido gran cantidad de alcohol y farlopa, cuando fuimos al chalet de al lado. Un miniautobús blanco, el que había traído a las putas, estaba aparcado detrás del coche oficial, desde el que nos miraba el chófer, con sus gafas de sol Ray Ban modelo aviador. El político le hizo un gesto y el chófer salió del coche para unírseles.

Fueron dos días, lo que quedaba del sábado y el domingo siguiente, en los que las veintipico personas que componíamos el grupo nos dimos un atracón de drogas, alcohol y sexo del compulsivo. Este Fenoll pensaba en todo, hasta en los más ínfimos detalles, y no me extrañó que hubiese llegado tan lejos en la política, formando parte de la ejecutiva nacional del partido entonces gobernante por casi toda España.

Una de las chicas sacó una caja llena de albornoces sin usar y envueltos en plástico, y los fue repartiendo entre los invitados. Cada uno de nosotros buscó un sitio para guardar su ropa, aunque no sirvió de nada: al cabo de poco tiempo había por el suelo un revoltijo de prendas varias, mezcladas y pisadas, que daba asco tocar. También habían traído fundas desechables de cama, para poderlas cambiar después de cada servicio.

En una de las salas del chalet habían instalado una pantalla, en la que se exhibían películas porno sin cesar. Las chicas eran muy variadas: del este de Europa, brasileñas, colombianas, negras y alguna que otra española.

A medida que iba avanzando el día, la cosa se iba poniendo más y más enfebrecida. Yo, que nunca he sido amigo de hacer este tipo de cosas en público, me aproveché de la situación, pero intenté hacerlo de la forma más discreta posible. Temía que alguno de los convidados, o bien de las putas, hiciera alguna foto que luego difundiera por internet.

Me había ocurrido con una chica que me había chantajeado y con la que pensé equivocadamente que estaba ligando. Por suerte nadie de mi entorno llegó a ver el vídeo en cuestión. Ella pensaba que tenía mujer e hijos, y cuando se dio cuenta de que más que perjudicarme me iba a proporcionar una fama de donjuán que otros bien querrían, desistió de su propósito. Otra vez fue un amigo que subió una foto, hecha en el preciso instante en que levantaba la cabeza después de hacerme una raya, y en la que se podían ver, en la mesa en que tenía apoyadas las manos, otras varias preparadas, y al lado una chica con las narices blancas y con pinta de todo menos de ser mi hermana. La foto, afortunadamente, dejó de circular al cabo de un par de meses. Fue desde entonces que empecé a desconfiar de las chicas fáciles que no fueran de pago y de las fiestas con más de tres personas.

En una mesa había una montaña permanente de cocaína, así como una cantidad de preservativos para estar no un fin de semana, sino un mes por lo menos. Habían traído hasta unas cajas de viagra que, junto con la cocaína, hacían una combinación bestial.

Durante las primeras horas, los invitados lo hacían en las habitaciones y con la puerta cerrada. Luego, dejó de guardarse cualquier pudor, y se fornicaba en todas partes: en los sofás, en los pasillos y cuartos de baños, en el salón, delante de todos los demás e incluso encima de las puertas arrancadas.

Las chicas hacían bien su trabajo. Me dijo el futbolista retirado que era porque habían cobrado una parte y les quedaba por recibir el resto, que era más de la mitad del total, para que se esmerasen y no se mostraran perezosas

o distantes, no fuera que habiendo ya cobrado todo se hicieran las lánquidas. Le pregunté que quién pagaba todo esto. Me respondió que todos nosotros. No lo cogí al principio: yo no había puesto un duro de contribución ni pensaba ponerlo aunque me matasen. Apuntó con el dedo a mi bolsillo y después al del político, y lo pude entender. Se refería al dinero de los contribuyentes, que viajaba de un destino a otro para terminar sufragando bacanales como la de aquel día.

A Reinaldo poco parecía importarle que toda esta orgía se montase con ocasión de la boda de su hermana, y que su futuro cuñado participase tan ávidamente en ella.

Tanta cocaína quitaba el hambre, pero me fui un rato al restaurante anejo, que también se había alquilado para el fin de semana con el resto de la casa. Había de todo: quisquillas, langostas, jamón ibérico, lomo añejo madurado cuarenta días en nevera con una plancha al lado para que uno mismo se lo hiciera, caviar iraní de 300 euros el frasquito y hasta un japonés preparando *sushi*. Le dije algo al sushiman pero éste no sabía una palabra de español. Me comí cuatro o cinco latas de caviar con los dedos y con un par de jarritas de sake caliente.

Salí al jardín y me fumé un cigarrillo con un vino dulce de Sauterne para acompañar mi soledad sonora. El cielo estaba despejado y se veían todas las estrellas. El chalet estaba en un sitio donde apenas había contaminación lumínica. Orion el cazador me saludaba amistoso con sus luceros, nostálgico de no poder unirse a la fiesta. El violador de Mérope, la de la máscara de miel, no hubiese desentonado entre los miembros de la alta sociedad leucense que ocupaban los aposentos del chalet. Bellatrix-AI Nayid, la guerrera árabe, subida en su hombro izquierdo, refulgía indignada por los deseos de su soporte. Las tres Marías, escandalizadas, parpadeaban entre el humo gris del cigarrillo. El vino no había conseguido atenuar el amargor que sentía entre mis narices, boca y paredes palatales. Escupí un gargajo con textura de detergente mojado y sabor a gelocatil.

Intenté echarme una cabezada en el minibús, cuyas puertas estaban abiertas; casi lo había conseguido cuando me despertaron los gemidos que salían del coche oficial. Me sonreí, pensando que en los próximos días se sentaría en la tapicería de cuero *beige* algún ministro que fuera a visitar la ciudad. Entré dentro, en el fragor de la batalla.

Varias personas agarraban con fuerza al registrador de la propiedad, que echaba espuma roja y blanca, mientras otra le metía un trozo de madera en la boca. Había tenido un amago de ataque epiléptico. Por fortuna había más de

un médico en el grupo. El registrador clamaba diciendo que él era en verdad un juez territorial, nombre que a sí mismo se ponen los registradores, arrogándose atribuciones de órgano jurisdiccional. Echaba pestes de la dependencia jerárquica respecto de la dirección general de registros, que sentía como barro arrojado a su cara, del que tenía que masticar una parte y tragar otra entre arcadas. El registrador se calmó por fin. Le dieron una buena dosis de tranquilizantes, que alguien llevaba encima, y le dejaron en una habitación durmiendo profundamente. Las cosas volvieron a su curso. Alguien sugirió que una de las prostitutas era en realidad un travestí. Casi todos respondieron con indiferencia y alguno con interés.

Fenoll era un excelente organizador de eventos. Posiblemente fuera eso lo que le hubiera encumbrado tan alto en el mundo de la política. Hasta había contratado un par de mujeres para que fueran limpiando las habitaciones. Un médico urólogo u otorrino manoseó a una de las limpiadoras: ésta le dio una patada en los huevos que lo dejó fuera de juego para lo que quedaba de fin de semana. Fenoll miraba la escena, dominándolo todo, entre divertido y maligno, como el clérigo de Nôtre Dame o el confesor de Vetusta.

Al día siguiente continuaba la fiesta, llegando la depravación a su punto más álgido. En efecto, una de las chicas era un travestí. Cuando entré en el baño encontré al novio haciéndole una felación, ya ahído de sexo del normal y pasado de rosca veinte o treinta pueblos. El chófer, en cambio, era de los que aguantaban más enteros y circunspectos. Nadie le había visto tomar nada de droga y ahí estaba, dándole a una chica abierta de piernas encima de una mesa y con los invitados contemplando la escena y comentándola elogiosamente, como si fuese un guitarrista de flamenco habilidoso. El cardiólogo era el más degenerado de todos. No paró quieto ni descansó un segundo los casi dos días que duró la fiesta. Siempre que lo veía estaba bebiendo, esnifando o follando. Me contó alguien que tenía varias operaciones complicadas, a corazón abierto y con niños afectados de soplos del corazón, el lunes, es decir, al día siguiente. Fenoli, a diferencia de la víspera, empezaba a perder el control, y vagaba por los estancias farfullando consigo mismo no se sabía qué cosas acerca de intrigas políticas, pudiéndosele oír de su boca algún insulto de los fuertes, dirigidos contra la cúpula de su partido, incluido el presidente del gobierno. Dos de los invitados se lo habían montado con cierta discreción entre ellos, en la habitación en que roncaba el registrador de la propiedad, y los descubrí en mitad del acto cuando iba a entrar yo acompañado con la chica negra, con lo que no recordaba haber estado antes. Me disculpé y les di a entender que no se preocuparan, que no iba a contar nada. Los invitados

siguieron con lo suyo con toda la virulencia de que eran capaces y quién sabe si no profanaron algo del registrador yacente. La negra no tenía un gramo de grasa. Los muslos estaban duros como una piedra. Me dijo que era de Guinea Ecuatorial y que había sido amante de Teodorito Obiang. A las chicas del este de Europa no les hice mucho caso. Después de las muertes de las búlgaras les había cogido algo de respeto. Tenía el presentimiento fatalista de que, si hacía algo con ellas, les iba a producir la muerte, al igual que una mantis religiosa masculina. Estuve con las cuatro, pero acorté el polvo todo lo que pude. La brasileña tenía los pechos operados y creo que entre las putas era la que más coca había tomado. Me dio algo de miedo la forma como me miraba y me decía que le diera más duro. También estuve con la travesti, aunque fue haciendo ella de chica, para su satisfacción, porque se quejaba de que siempre le pedían todos los hombres lo mismo, es decir, sentirse ellos mujeres. Y entendía que para eso no tenían por qué llamarla, que ya estaban los chaperos, o si les gustaba que una tía les diera por atrás, que le pidieran que se pusiera un consolador con arnés. Estando dentro de ella le quise hacer una paja: ella me apartó la mano con la sabiduría de las madres que alejan a los bebés del peligro cuando se acercan más de la cuenta a los bordillos y a las escaleras. Cuando me lo quería montar con las dos españolas juntas se me metió por medio a incordiar Fenoli, y lo dejé para más adelante. Me había encariñado con la negra guineana y le propuse dar un paseo por el jardín que rodeaba la casa. Me metí con ella en el coche oficial. Con una llave rajé la tapicería y al acabar escondí el preservativo debajo de la alfombrilla. A la negra pareció divertirse mi ocurrencia.

Todo acabó a media tarde. Las chicas se fueron y nos quedamos en el chalet, hastiados y confusos. Fenoli ya no podía hacerse cargo de la situación y estaba al borde de un brote psicótico. El chófer lo condujo al coche y nos dijo que no nos preocupásemos, que él se ocupaba de todo.

Fue el día en que ocurrió el primer atentado yihadista en la historia de Leuca. Los terroristas entraron armados con armas sofisticadas en una convención de cultura sefardita que se estaba celebrando en uno de los palacios de congresos de Leuca. Murieron noventa personas, entre ellas varios niños. Leuca fue protagonista durante varios días en los informativos de todo el mundo. Era el segundo atentado más gordo en la historia de España, después de la masacre de Atocha. Antes de inmolarse los yihadistas se llevaron consigo a cinco o seis policías locales, que con sus inofensivas pistolas y su escasa preparación habían sido exterminados como conejos por

los terroristas, curtidos en varios conflictos, como los de Siria, Libia e Irak, con las milicias del Estado Islámico.

Entre las víctimas se encontraba Marta, la de la cafetería de al lado de La Casa Roja, que siempre se había sentido atraída por estas cosas de la cultura judía. Me acordé entonces del hijo que nunca habíamos tenido, y sentí una rabia absurda por la muerte de la madre de mi hijo imaginario. En el entierro de Marta me dejaron decir algunas palabras. Había sido uno de sus mejores amigos y un novio ambiguo para casi todos. Los familiares farfullaban palabras emotivas y no podían acabar las frases. Tengo la suerte de que Dios me ha dotado con una escasa oratoria pero con una gran capacidad de urdir discursos escritos. Esto fue lo que dije:

—El domingo pasado la ciudad de Leuca se despertó sobresaltada por una lluvia de langostas fanáticas. Las hortalizas inocentes se habían reunido en pacífica ensalada para admirar dominicalmente las huellas sefarditas en la roca blanca. Pero el pesticida preventivo de las autoridades que tenían que haber velado, y nada hicieron, se mostró tanto o más inoperante que la orina de tiburón. El sol brillante del domingo levantino testimoniaba la cruenta matanza de los niños inocentes. El Gernika del Reina Sofía se ensanchó aquel día para dar cabida a las víctimas del horror. Los fusilados de Goya estaban más pendientes de los periódicos que de su muerte inminente. Federico García se mostró a sus herederos, harto de que lo buscasen y no rindiesen los lloros debidos a las nuevas víctimas. La tierra dejó de girar una micromillonésima de segundo sobre su eje en expresión de duelo. Aquel día las paellas sólo cocinaron arroz desgachado y pastoso, carente de sabor. Los turistas que no respetaron el luto se rompieron los tobillos, en los adoquines afiladamente sobresalientes. La sangre cuajó como leche frita y las empanadillas de cebolla envenenaron a los celiacos latentes. Dios mío de los agnósticos, quiero pensar y no pensar que estas muertes no hayan servido de nada. Espero, Marta, verte reencarnada en una poetisa sofróloga y encontrarte en una caverna con estalactitas de azucenas y que una misma estalagmita nos ensarte como un espetado de dos carnes masticado por el mismo paladar celeste.

Esto lo escribí desde las tripas, con el corazón enfermado de sístoles y diástoles de azufre y llaga verde. Aunque nunca la hubiese querido como era su deseo y sus familiares me retiraran la palabra en el futuro porque entendían que no había dicho más que una sarta de obscenidades y frivolidades de mal gusto en ese día tan solemne y que tanto había que haber guardado la

compostura. Me miraron con la expresión cruel de Barry Lindon viendo a alguien contar chistes verdes al pie de la cama de su hijito muerto.

La gente se preguntó por qué no había dado la cara Fenoll, el político, máxima autoridad táctica en la provincia. Pudo aparecer el jueves y el penoso estado en que se encontraba, así como el retraso en su comparecencia, lo achacó a un cólico nefrítico por el que estaba pasando. Los ciudadanos de Leuca dieron por buena esta versión.

Fenoll fue después diputado nacional, luego ministro de una cartera menor y, por último, procesado por un asunto de corruptelas junto con el dueño del equipo de fútbol de Leuca. Lo mandaron de europarlamentario hasta que el asunto cayó en el olvido y prescribieron sus delitos. Dicen de Fenoll que había ahorrado varias decenas de millones de euros en Suiza, provenientes de las numerosas mordidas que había cobrado de los contratistas de obras públicas durante tantos años que estuvo al frente de la política de Leuca. Los de su propio partido le decían el quince, por el porcentaje que decían que se llevaba.

Cuentan, pero esto ya tiene elementos más bien de leyenda, que tenía la costumbre de hacerse cada seis meses un lavado completo de sangre en una clínica de Suiza, en alguno de los frecuentes viajes que hacía para gestionar sus cuentas. Cuando dejó la política local lo sucedió una chica, que había empezado siendo su secretaria, y también se rumoreaba que su amante, y que estuvo unos años de alcaldesa hasta que el volumen de las imputaciones la obligó a dimitir, aguantando en el cargo más de la cuenta toda la presión que sobre ella ejercía su partido, el primer interesado en que se fuera en vista de las nefastas expectativas electorales. Al dejar la alcaldía estaba embarazada, casualmente del futbolista que había ido a la fiesta de despedida de la hermana de mi amigo.

Aquella noche, en homenaje a Marta, puse en mi televisor de cincuenta y dos pulgadas la película porno en que nos habíamos filmado cuando nos queríamos. Y me masturbé llorando lágrimas rojas de leche de vaca en ciclo menstrual ordeñada por un ganadero moribundo de cáncer voluntario.

Dieciséis

Pues aquel otro día, en que me reencontré con Reinaldo en las calles orinadas de Leuca, nos pusimos de acuerdo en tomar un café y ya está, pero la cosa se lió de veras. Aprecié que seguía teniendo aun más marcado el tic entre nariz y labio superior, muy habitual, si uno se fija bien, entre los consumidores de coca. Eso me agradaba a corto plazo, porque sabía que tendría un gramo para compartir. La cara menos agradable es que tendría que invitarle al segundo, tercero y cuarto por lo menos, dado que era un tipo que no sabía parar y su familia, sabiamente, no le daba un duro. Pero cuando te has tomado tres *gin-tonics* y empieza a oscurecer no piensas en esas nimiedades.

Fuimos al baño varias veces a esnifar. Como el dueño empezaba a mosquearse cambiamos de sitio, un *pub* irlandés en una céntrica plaza. De ahí pasamos a otro antro, de esos en que se podía fumar a pesar de la ley antitabaco y te podías hacer en el lavabo una raya, y casi hasta una paja, aunque entrase gente, sin que nadie reparase en ti. Miré el reloj y ya se había hecho la una de la mañana de un día laborable. Gracias a mi excedencia y a mi dulce hacer nada me lo podía permitir. Pasarme el día siguiente durmiendo o sin poder dormir, con resaca y sin necesidad de responder al teléfono, en el caso no muy habitual de que sonara.

En su casa degustamos sin prisas los últimos gramos que le habíamos comprado al camello del bar. Reinaldo llamó a una casa de putas que también repartía farlopa a domicilio, más por ansia de tomar que por ganas de sexo. Pidió dos chicas que conocía de otras veces. El perro con el que vivía, un bull-dog francés enano, lamía entre ronquidos los restos de cocaína que quedaban en la mesa y, excitado como los nietos de Franco, agitaba sus orejas de murciélago, mientras su dueño me decía:

—Son dos chicas formidables. Una es española. Y la otra del este de Europa. Nos lo podemos montar los cuatro juntos por el mismo precio.

La historia no me seducía demasiado. Me habían contado que en un contexto similar había intentado violar a un amigo partícipe en sus fieros ágapes. Decidí asumir el riesgo.

Mientras esperábamos a las chicas, Reinaldo encendió el televisor y preparó dos rayas, no muy grandes porque no quedaba mucho. Estaban echando una película de terror de los setenta.

Me cedió la primera y me metí por la nariz el billete enrollado. 18 de agosto de 1973. Un fondo negro. En fogonazos, irrumpen imágenes subliminales. Un ruido como de alguien cavando y jadeando. Los dedos del pie de un cadáver. Algo asqueroso e irreconocible, que recuerda a piel podrida. Ahora sí, la mano del cadáver. El zapato. Las dos manos esta vez. La calavera putrefacta, cubierta de un moco amarillo y rojo.

Aspiré con fuerza y sentí el acostumbrado amargor en la saliva. La pantalla negra de nuevo. Sobre un fondo de cielo rojizo se recorta la cabeza de un muerto, la boca haciendo una mueca entre de risa o de grito. La nariz hinchada y amorfa, y la baba gelatinosa que brilla. Suena una radio de fondo, que cuenta la noticia de un robo de tumbas en Texas. La cámara va bajando, y en un contrapicado se ve el resto del cadáver sosteniendo otro de un niño, entre las tumbas de un cementerio.

Le pasé el billete a Reinaldo y esnifó la raya en dos segundos. El cielo está nublado y anaranjado, cielo de amanecer o de crepúsculo. La composición de los dos cuerpos revela un afán estético por parte del profanador de tumbas. La película es barata, no parece que cuente con mucho presupuesto, pero las imágenes son inquietantes, desasosegadas. La cámara continúa alejándose para descubrir que el cadáver del adulto está sentado, casi empalado, sobre una piedra funeraria rectangular, haciendo una figura geométrica en la que las piernas dibujan un perfecto cuadrado apoyado en uno de sus vértices. Corre de derecha a izquierda una neblina que más le pega a una escena de noche que de día. Otro plano. Unas manchas rojas y negras. Aparece el título de la película. Unas formas abstractas. Las letras amarillas van relatando los miembros del equipo. Un sol amarillo. Un bicho muerto boca arriba en una carretera. Un armadillo, si no me equivoco. Sigue oyéndose la radio.

Reinaldo cogió la bolsa sopesando lo que quedaba y decidió esperar un poco. Pasa un coche. Es una furgoneta. Se abre la puerta lateral. Baja un chico con ropa vaquera. Improvisa una rampa para que baje un tipo gordo en una silla de ruedas. La hierba es alta. «Espera», le dice el chico de los vaqueros, que se llama Kirk. Le da un bote de metal. «¿Aquí?», le pregunta. El

paralítico mea en la lata. Pasa un camión. La silla de ruedas se cae por una cuesta. Una chica grita: «¡Franklin!». El cuerpo del inválido baja rodando. La silla le cae encima. Kirk baja a recoger a Franklin. No ha sido nada serio: el plano siguiente muestra a una chica hablando sobre astrología. Se llama Pam. El joven que conduce se llama Jerry.

—Escuchad. Las condiciones de retroceso son contrarias y poco armónicas con la dirección normal de los movimientos del Zodiaco. Y, en este sentido, son malas. Por lo tanto, cuando los planetas maléficos están en retroceso (y Saturno es maléfico), puede aumentar su maleficio. Eso quiere decir que Saturno es una mala influencia y que ahora es especialmente mala porque está en retroceso.

La furgoneta para en un cementerio. Sale una chica, Sally, la hermana de Franklin, y pregunta por la tumba de su abuelo. Un hombre con un mono azul y un sombrero de paja le dice que pregunte por el *sheriff*. La coge de la mano un vaquero más con pinta de querer violarla que de otra cosa. Franklin, desde la furgoneta, ve a un borracho en el suelo diciendo incongruencias:

—Oye, ¿no decíais que veníais a ayudarme? —Y se ríe—. Por aquí pasan cosas que no te dicen... Y veo cosas... ¿Os reís? Dicen que son chaladuras de un viejo. ¿Os reís de un viejo? Los que más ríen son los que mejor lo saben... Lo digo yo.

En la siguiente escena están todos en la furgoneta. Son cinco jóvenes: Sally, su hermano Franklin, Pam, la de la astrología, su novio Kirk, el de los vaqueros, y Jerry, el novio de Sally, que es el que siempre conduce y lleva una camisa estampada y gafas grandes circulares. Se quejan de un olor nauseabundo. La furgoneta pasa por al lado de un matadero. Franklin dice:

—Eh... El viejo matadero. Ahí es donde papá vendía su ganado. Trabajaba para nosotros un tipo que vivía en las afueras de Fortworth. ¿Veis aquel edificio de allí? Es donde los matan. Los golpean en la cabeza con un gran mazo. Normalmente no consiguen matarlos del primer golpe. ¡Entonces empiezan a gritar y se ponen como locos! ¡Tienen que golpearlos dos o tres veces más y ni aún así consiguen matarlos siempre! A veces los despellejaban antes de morir... En serio...

—La gente no debería matar animales para comérselos —dice una de las chicas.

—Ahora ya no lo hacen así. ¡Lo hacen con una escopeta de aire comprimido muy grande que les dispara una saeta al cráneo que retrocede así! Bum! Pschi! Bum! Pschi! Bum! Pschi!

Sally hace callar a su hermano. Ven a un autoestopista en la carretera y lo suben.

Enseguida se dan cuenta de que se han equivocado. Una cicatriz le recorre toda la parte derecha de la cara. Es joven. De pelo negro y no muy largo para la época. Habla balbuceando, parece algo retrasado.

—Creo que hemos recogido a Drácula —dice Franklin.

—¿Dónde vas? ¿Trabajas ahí?

—No-no.

—¿Qué has venido a hacer aquí?

—Tra-trabajo en el ma-matadero.

—Yo tenía un tío que trabajaba en el matadero —dice Franklin.

—Mi hermano tra-trabaja allí. Mi abuelo ta-también. Je, je, je. Mi familia siempre ha tra-trabajado en la carne.

—Una familia de Dráculas. Eh, tío: ¿Has estado alguna vez en la sala de matanza o como se llame? Donde disparan al ganado con la escopeta de aire comprimido.

—Esa esco-copeta no me gusta. Era me-mejor como antes. ¡A golpes! Je, je. Era me-mejor antes. Mo-morían mejor antes.

—No, no. La escopeta era mejor —insiste Franklin.

—Oh, no. Ahora la ge-gente pierde su empleo. Mira —y saca unas fotos de Polaroid de terneras muertas—. Yo era el ma-matarife. Las cabezas no las ti-tiran. Hacen que-quesos. Cu-cuecen entera la cabeza menos la le-lengua y raspan toda la ca-carne del hueso. Lo-lo utilizan todo. No tiran na-nada. Absoluta-tamente nada. Utilizan las ma-mandíbulas, los ojos, los músculos, los ligame-mentos, todo. La nariz, las encías, to-todo. Y lo cuecen con mu-mucha gelatina de grasa. Está mu-muy bueno.

El autoestopista le quita la navaja a Franklin. Se corta la palma de la mano. Se ríe. Todos están horrorizados. Le devuelve la navaja a Franklin. Saca otra navaja del dobladillo del pantalón. Le dicen que la guarde. La guarda. Saca una Polaroid. Le hace una foto a Franklin.

—¿Po-Podríais llevarme a mi casa? Vivo ce-cerca de aquí.

—Pues no sé, tío. Tenemos un poco de prisa —dice Kirk—. ¿Está cerca?

—Puedes ir andando. Vamos, si no está lejos —dice Sally.

—Po-podríais cenar con nosotros. ¿Os gu-gusta el que-queso? Mi hermano lo hace buenísimo. Os gu-gustará.

—Será mejor que sigamos, ¿no Jerry? —dice Kirk—. Lo siento tío.

Despega la pegatina de la foto y se pone a reír con su risa de demente. Se le da a Franklin.

—Es una bu-buena foto. Ahora tienes que pagarme. Dos do-dólares. Es una bu-buena foto.

—De eso nada. Franklin, devuélvesela.

—Quiere que le pague por una foto. ¡Está loco! —le dice Pam a Jerry.

El loco pone la foto en un papel de plata. Vierte encima unas piedrecitas verdes. Y con una cerilla la quema. Guarda las cenizas en su bolsa. Saca la navaja y corta a Franklin en el antebrazo. Franklin chilla de dolor. Consiguen echarle fuera. Persigue a la furgoneta dándole patadas. Mancha de sangre la carrocería y escribe algo con la sangre.

La furgoneta sigue hasta una gasolinera perdida en mitad de la nada. Un letrero que dice barbecue y otro de cocacola. Un tipo calvo limpia el parabrisas. El otro, de unos cincuenta años, les dice que no queda gasolina y no llegará hasta la tarde o incluso mañana. Tiene el pelo negro. Una boca grande y sensual y mentón marcado. Entradas y patillas abundantes, sin muchas canas. Uno de los asesinos, seguro. Le preguntan por una casa, la de la familia de Franklin y Sally. Les contesta:

—Escuchad. Tengo una barbacoa estupenda. ¿Por qué no os quedáis un rato, chavales? Creo que no deberíais llevar a las chicas a una casa vieja. Será mejor que os quedéis por aquí.

La furgoneta arranca, pone el intermitente y se incorpora a la carretera. Todo el rato suena música *Country*. Me interrumpe la voz de Reinaldo.

—¿Te importa que me haga una paja?

—¿Qué?

—Que si te importa que me haga una paja. He tomado mucha farlopa y sabes que siempre me han gustado las películas de terror. Estoy muy excitado. Te lo digo porque creo que tenemos confianza. Si te importa que me la haga, dímelo. No pasa nada. Me la hago en mi habitación. O en el baño.

Le dije que no se preocupase. Que podía hacérsela aunque estuviera delante. Lo comprendía perfectamente. Éramos amigos y le agradecía que me lo pidiera si era en ese momento lo que más le apetecía. Reinaldo se bajó el pantalón y empezó con lo suyo. Hacía un ruido monótono, de chasquidos de lengua repetitivos.

No me lo podía creer: se estaba haciendo una paja viendo una furgoneta circular por una carretera polvorienta, en un lugar perdido de Texas. El siguiente plano era del parapléjico con la navaja. Eso pareció excitarlo más.

Me acordé del colegio. Solíamos jugar a un juego, llamado La Galleta. Nos masturbábamos en círculo, poniendo una galleta en el medio, sobre las

páginas abiertas de un libro de religión. El último tenía que comerse la galleta. Él era de los que siempre, siempre terminaba comiéndose la galleta.

No quise verlo acabar, menos aun limpiándose, y me fui al baño. Estuve un rato hasta que entendí que había pasado el tiempo suficiente y volví al salón. Reinaldo se estaba haciendo una nueva raya. Tenía otra preparada para mí.

Cuando levanté los ojos de la mesa, Pam está en una habitación llena de huesos de animales y plumas. Una gallina furiosa cacarea en una jaula en la que apenas cabe. La chica está angustiada. Para no estarlo. Un hueso que parece un fémur humano. Una tibia y un peroné. Más plumas. Un extraño muñeco de huesos sobre un sofá ideada por un artista macabro, que recuerda a la escena del cementerio, la del principio de la película. En el centro del sofá un cráneo humano, la cabeza del muñeco. Debajo, en su regazo, unos huesos que parecen el esqueleto de un niño o de un enano. Dos huesos de cadera paralelos a ambos lados del cráneo. Y unos huesos alargados que terminan en unas manos sobre los brazos del sofá, como si el extraño ser estuviese repantigado cómodamente. Al pie del sofá, unas piernas simuladas que desembocan en unas botas. Caen plumas. La chica ve colgando del techo un cráneo con un cuerno clavado. Un caparazón de tortuga. En un cesto de metal, mas huesos amontonados. Una hilera de cabezas sobre una repisa. Una máquina oxidada. La gallina en su jaula que sigue cacareando. La chica vomita. Lleva un pantalón corto rojo y un bañador que le deja al descubierto toda la espalda.

La chica quiere huir por la puerta pero viene un tío enorme con jirones de carne podrida en la cara. Se la lleva pataleando y entra en una habitación que hay junto a una escalera. La chica no para de gritar. El hombre chilla como un cerdo. Clava a la chica por la espalda en un gancho enorme y afilado que cuelga del techo. Ella sigue viva y lánguidamente se agarra con las manos al gancho.

Llamaron a la puerta y Reinaldo abrió para que entraran las dos putas. Se quedaron clavadas enfrente de la pantalla, viendo la terrible escena de la chica colgada y espetada como un trozo de carne. Apagué el televisor y les di un par de besos, sacándolas de su hechizo. Nos presentamos.

A una ya la conocía de otras veces, una morena andaluza que se había ido a Leuca a trabajar. Era muy maja y entregada, con aire de aristócrata gitana o de viuda jerezana joven, de las de los cuadros de Julio Romero de Torres. Pero, cuando te contaba que había padecido abusos sexuales en su infancia a manos de su padre y de su tío, y que había tenido que abortar ella sola con

dieciséis años en un vertedero infestado de ratas, se te bajaba la libido y lo último que te apetecía era montártelo con ella. Entonces una neblina negra la tragaba y se convertía en una Dánae amada por un Júpiter freudiano, tomando un café vienés y pensando en la mejor forma de matar a Saturno para quedarse con sus anillos.

Y la otra. La otra era Laura. La primera. Laura la primera, que era la única de entre las tres que se llamaba verdaderamente Laura. Me acuerdo bien de eso porque una de las veces en La Casa Roja, cuando le expresé mis dudas respecto de que tuviera dieciocho años, me enseñó su tarjeta de residencia, donde en efecto decía que tenía veinte. Y me fijé en su nombre, que era Laura. Así que ésta era la única Laura verdadera. Las otras dos eran meros simulacros de la auténtica Laura. Como sabía que a mi amigo le vencía el ansia por tomar, le pasé los gramos que quedaban, junto con la chica española, y me quedé con Laura. Y decidí no perder el tiempo como las otras dos veces. Por una vez en mi vida quería saber y no limitarme a fornicar como un garañón culminando un coito equinamente apresurado ante una fila larga de yeguas en modo de espera y azuzadas por dueños ávidos de descendencia veloz.

Me metí con ella en una habitación y cerré la puerta para tener más intimidad. Sobre todo por la chica andaluza. Sabía que estaba un poco desequilibrada, y que a veces tendía a la paranoia y a irse de la lengua más de la cuenta, cuando el suyo es un oficio en el que la tercera cosa más importante, después de la apariencia y el saber tocar el stradivarius desafinado que todo hombre lleva dentro, es la discreción. No quería que supiese nada de la conversación que pensaba mantener con Laura, por si acaso. Tanto suicidio, incendio y asesinato me había vuelto receloso.

Le puse una copa y le dije que no tenía prisa. Que tenía pensado pagarle todo lo que quedaba de noche. Me dijo que en ese caso prefería llamar a la agencia para que se creyeran que había estado sólo una hora y así no se quedaran con el cuarenta por ciento de los honorarios, como era la norma. Le dijo a su compañera que se iba y cogía un taxi. Esperó abajo, para que no sospecharan, y yo bajé a los diez minutos, diciendo que estaba cansado. Mi amigo tan feliz de quedarse él solo con todo el arsenal de coca, hasta desangrarse por las narices y llegar a aquel punto de no retorno en que el corazón ya no le pudiera latir más rápido.

Nos fuimos en el taxi a mi casa. Quería aprovechar el tiempo de veras. Tal vez no volviera a verla, como me había ocurrido con las otras dos Lauras y con Marga. Se extrañó algo de que no tuviera prisa alguna por follar. Fue ella

la que tomó la iniciativa, al cabo de un rato largo de estar hablando, como si no rematar la noche hubiera sido una perversión sexual en desuso. Se quedó en ropa interior, un conjunto de braga y sujetador de color rojo, por el que como a través de un colador se filtraban sus pezones de granada. Se me puso encima y me cabalgó parsimoniosa, constantemente dedicada, con la espalda recta, en pura perpendicularidad sobre el plano de mis ingles, mientras mis manos asían con rabia los adoquines duros de sus pechos. La coca me hacía aguantar y disfrutar más. Fue como un polvo de novios esquizofrénicos.

Y realmente lo fue. Algo había pasado entre nosotros. Yo andaba buscando, aunque no fuera muy consciente de ello, una chica con la que llevar una vida doméstica, cenar todos los días y hacer la compra en el mercado, ante la mirada verde de los carniceros envidiosos. Compartiendo baño, techo y lecho. Encontrándome cabellos rubios, de un color tan distinto al mío, en la ducha, en el lavabo y en las ensaladas. Por las razones que fuera, no había sido capaz de conseguirlo con una chica no profesional, a pesar de que había estado con varias de ellas y muchísimas más de las otras.

—Cómo pretendes conseguir que alguien se quede contigo. No es que seas egoísta. Eres un tipo desprendido. Y empático. No te cuesta mirar con los ojos de los demás. Pero tienes un problema. Tienes miedo a abrirte. Miedo a querer, a que te hagan daño o a enseñar algo que no quieres compartir con nadie. Tienes una coraza que ni el mejor abrelatas podría abrir. Hubo un tiempo en que pensé que yo podría hacerlo. Pero desistí. No me preguntes cuándo.

Esto me lo dijo Marta, la chica de la cafetería. Fue después de que me dijera lo de tener hijos. Quiso indagar, metiendo la cuchara en el tarro de mis sentimientos. Se relajó, se dejó llevar y pensaba que había encontrado en mí la persona que andaba buscando. Fue un duro golpe para ella descubrir el plomo impenetrable que constituía mi esqueleto sentimental. Ese era el cuándo al que se refería. Durante un tiempo abandonó la idea de tener pareja. Creo que se estaba inseminando ella sola, cuando lo del atentado terrorista que acabó con su vida y quién sabe si con la de su hipotético hijo, que no era mío pero que aun así quería entrar por esa estrecha puerta de la vida, la de los arcos ojivales con dientes de simetría fractal.

Había un algo que me echaba para atrás, una falta de complicidad en el fondo oscuro del lago donde moraban las lampreas, y que me impedía compartir la vida de una forma completa, como les ocurre a los psicópatas de las películas, cuando encuentran una camarera guapa y sensible a la que no se sienten capaces de asesinar, pero ya es demasiado tarde para cambiar de vida.

Sólo en una ocasión había estado a punto de hacerlo. Una vez. No con Marta, sino con una chica rubia, de pecho generoso y con voz grave y radiofónica, sin más límites en la cama que los que el pudor impusiera a él o a los que estuvieran en ese momento con ella en tesitura de horizontalidad. Le atraían algunos aspectos de mi personalidad, como que hubiera escrito libros, que disfrutase de una vida acomodada de profesional liberal y que nunca me cansara en el sexo. Era una chica de mediana cultura: tal vez por ello admiraba en mí las lecturas de las que carecía y que en mi caso eran patológicamente exageradas para quien no tuviera dos dedos de frente. También me quería con mis miserias, haciéndome sentir que no las veía, aunque fuera falso, a la manera de ciertas enfermeras y esposas maternas.

Pero me lo había dejado bien claro, mientras me apretaba el glande con ternura de abuela sorda y sabia remendando calcetines de nietos aburridos que fingían tener síndrome de down y leían a escondidas antologías de Pedro Salinas:

—Te quiero y tú lo sabes. Creo que me quieres tú también. Yo te adoro. Y nunca podré ser más feliz que contigo. No sé si sabes que soy, según los estándares de la sociedad vigentes, una chica liberal. Algunos me dirían puta y otros ninfómana. No sé qué me suena peor, aunque estos insultos son hirientemente fieles. Sé que algunos andan diciendo eso de mí: no me preocupa. Te quiero y estoy dispuesta a compartir mi vida contigo. Pero tienes que concederme esa libertad para estar con quien quiera y cuando quiera, que será casi siempre que no esté contigo. Es sólo sexo, pero lo necesito. Como el respirar. Tú has nacido para coleccionar libros y besar mujeres guapas que no te querrán nunca. Yo también tengo derecho a disfrutarme.

Yo la quería y eso era verdad mientras la quise. Era tierna y maternal y tenía ese punto de sabiduría que daba el haberse acostado con un hombre distinto, o dos o tres, cada día del año, sin importarle a ella que fuera bisiesto o que se tratase del calendario gregoriano, del ortodoxo, del chino que empieza allá por febrero o incluso del musulmán, que va por el mil cuatrocientos y algo.

Nunca nadie me ha hecho el amor de esa forma. Nadie me había sonreído así antes, cuando estábamos pegados y fundidos como si fuésemos helados en agosto, para ser una única cosa ensimismada, dentro de contornos inclinados que vaciaban para adentro.

Una vez me había llevado a un club de intercambio de parejas, de aquellos donde sólo las chicas pueden entrar solas y los chicos tienen que ir siempre

con chicas para que les permitan el acceso. Le acariciaba el pelo y le besaba casto la boca, mientras un viejo con tatuajes y un pene inmenso y algo curvo, que había esperado un buen rato su turno y que tenía un hijo de notario en Ponferrada, la entraba por detrás con la virulencia de los toros moribundos. Ella temblaba con escalofríos y tenía larguísimas series matemáticas de orgasmos de Cauchy que convergían en un límite de éxtasis estacionario. Los orgasmos le duraban horas. Ella se quedaba ahí a vivir; yo era el cartero comercial del barrio que repartía los folletos de publicidad de restaurantes chinos escasamente ventilados.

Su capacidad para disfrutar era excesiva, por no decir dolorosa. Si yo hubiera sido ella por un día me habría muerto con toda seguridad. Como un preso empalado en una silla eléctrica, diseñada por Vlad de Núremberg para turcos febriles con nostalgia de supositorios.

De cada diez partes de la tarta del placer de que hablaba Tiresias, ella se quedaba con las diez y con otras doscientas cincuenta mil que robaba por todo el mundo. Ella disfrutaba por los cien millones de mujeres a las que se había practicado la ablación, por los doscientos millones de monjas que seguían los pasos de Teresa de Calcuta y por los mil millones de mujeres muertas que ya no podrían hacerlo más que con los forenses pervertidos. Como lo haría una menopáusica en su último periodo menstrual a sabiendas. No le hubiera importado lo más mínimo montarse una orgía con Stephen Hawking, y con tres o cuatro como él. Y con el mismo hombre elefante, si hubiera llamado a la puerta. Hubiese invitado a sus brazos a quien fuera, aunque llevara puesta una máscara de *hockey* e hiciera un ruido insoportable con su sierra mecánica. A su lado Cicciolina era una frígida y Mesalina una mujer sin sensibilidad. Las actrices de Lars Von Trier empezaban a preocuparse por su trabajo y no les faltaba razón.

Comprendí lo valioso que era que me quisiera, a pesar del placer infinito que experimentaba con el sexo, y que pretendía compartir conmigo, colocándome en el papel de testigo mudo de una matanza de gallinas ensartadas. Yo nunca podría disfrutar ni una milésima parte de lo que ella sentía todos los días.

Me regalaba cuadros que eran todos naïves y que me recordaban a las pinturas haitianas y a las de Henri Rousseau. Era como se manifestaba su ingenuidad de niña pizpireta y de colegio de monjas, en otra dimensión paralela a su frenético trasmundo carnal.

Yo la amaba, pero al mismo tiempo la odiaba por todo aquello por lo que me hacía pasar. Por ser tan egoísta y querer ser el felpudo de todos los

hombres y que yo la esperase como si nada en casa, a la vuelta de sus ordalías, al igual que un perro fiel. No era justo ni recíproco y por eso la acabé detestando, con el mismo odio que sienten las niñas con complejo de Electra hacia las madres que se enamoran de los empresarios hosteleros antes de que haya pasado el año de luto.

Por eso le dije que no. No estaba dispuesto a compartirla con todo el mundo en lo carnal, aunque sabía que su corazón era sólo para mí. Extraña vida la mía, que había dejado a una chica por ser algo o más bien bastante o mejor dicho la más puta, y en cambio estaba a punto de enamorarme de una auténtica profesional.

Eso me pasó con Laura. Le pedí el teléfono y ella me lo dio. La llamé a los dos días, cuando todo estaba ya escrito y los futurólogos de los 906 se habían puesto en conjunción con las estrellas. Afortunadamente, nadie la había asesinado. La pesadilla parecía haber llegado a su fin.

Quedamos para cenar en el mejor restaurante de Leuca, como opositores enamorados después de diez años de estudio. Tomamos las cosas más exquisitas que ofrecía el sitio: ostras grandes, cangrejos rusos, ostras pequeñas y otra vez ostras grandes, para formarnos la opinión más fundada sobre estos moluscos. Lo que más importaba era que se abriesen bien, manteniendo el caldo marino, y que viniesen con una buena guarnición de hielos fríos, al modo de los normandos y los vasco-franceses. También un steak tartar sanguinolento como sus labios pintados, y especiado como sus muslos cuando derramaban su emulsión picante; y unos huevos chinos fermentados, con la clara negra y la yema verde, con olor fuerte de amoníaco. Me encantaba cómo disfrutaba ella con la comida.

Su catabolismo, una saeta disparada desde una montaña por un cherokee sin dioptrías, degradaba las moléculas complejas de lo ingerido para obtener energía, poder reductor, y moléculas sencillas para el anabolismo, lanzado hacia arriba como los ángeles huyendo los abrazos lascivos de los sodomitas pentatéuticos. Liberaba así la energía utilizable por la célula, produciendo degradaciones oxidativas con las que rompía enlaces y obtenía su energía química, que sería guardada en forma de ATP, en el joyero de los tenistas enamorados de sus tendinitis ante la mirada llorosa de las raquetas despechadas en el harén de las cosas susceptibles de reposición.

Al tratarse de meras oxidaciones, se liberaban protones, triadas trinitarias compuestas de quarks, que debían su existencia a un Finnegan dolorido envidiando no haber despertado en el último capítulo del Ulises. Estas partículas, muy jesuíticamente y a la mayor gloria divina, se almacenaban en

raudas moléculas transportadoras de hidrógenos ignacianos. Sus moléculas sencillas constituían metabolitos, a partir de los cuales se sintetizaban, mediante músicas de organista demiùrgico, en otras más complejas. Pero su catabolismo no era siempre el mismo:

Las reacciones para catabolizar los glúcidos comenzaban por la glucólisis, proterva asesina que ejecutaba desde su trono de soberana asiria. Si no tenía lugar antes la respiración celular o las fermentaciones.

La glucólisis ocurría en su citoplasma celular. Ella sabía hacerlo de esa forma tan anaeróbica, en que la vida pausa sus respiraciones, común a las rutas más antiguas de descomposición de la belleza. Se obtenía ATP mediante fosforilaciones a nivel de sustrato, así como el inevitable piruvato. Este proceso, consistente en diez reacciones metabólicas catalizadas por enzimas, como diez días tuvo el primer tercio de luna que ganó al cuchillo Sherezade, tenía una baja eficiencia energética. Lo podías comprender cuando la ostra explotaba saladamente en su boca y un olor a morador de concha calcárea salía por una vez y sólo una desde su boca y no desde los introitos consuetudinarios.

La respiración aeróbea comprendía los procesos posteriores a la glucólisis, en los que se producía la oxidación total del piruvato, ese ácido miscible que cuando menos se espera llega con sus *poneys* robustos desde los páramos tartáricos con añoranza de *Sir Daria*.

Primeramente se creaba el Acetil-CoA. Este proceso ocurría en el interior de sus mitocondrias, donde hilaban las parcas engranuladamente, haciendo posible el milagro de que el piruvato atravesara las membranas mitocondriales. Con la ayuda catalizadora de la enzima Piruvato-deshidrogenasa, impasible ante las calamidades que tenían que pasar los reactivos, pobres diablos destinados a sucumbir en el foso de los leones de las reacciones químicas.

Su Ciclo de Krebs la hacía aún más adorable. Y explicaré por qué:

Porque las reacciones cíclicas oxidaban completamente el Acetil-CoA hasta convertirlo en CO₂.

Porque los electrones liberados en las oxidaciones generaban poder reductor en forma de NADH y FADH₂.

Porque, teniendo lugar en la matriz mitocondrial, las ocho reacciones partían del citrato y terminaban restaurando el citrato de nuevo.

Y, finalmente, y para estupor de Dana Andrews y del mismo Vincent Price, porque el rendimiento completo de cada molécula de Acetil-CoA que entraba en el ciclo era de 24 ATP.

Todo era distinto con la fosforilación oxidativa, que sintetizaba el ATP con P de Preminger por medio de la respiración aeróbea, haciendo subir y bajar sus pechos de limón balcánico. Se producía una síntesis de ATP mediante la unión del Pi al ADP más la energía suministrada por el transporte de electrones, esos espermatozoides ambarinos que habitaban en sus jerseys de lana y se defendían con púas de erizo avaro de los ladrones de hadrones con carga.

La reacción oxidativa no era nada sencilla y creo que fue eso lo que me terminó de enamorar:

Los electrones no se transferían directamente del NADH al O_2 , sino a través de una cadena perlada consistente en varios pasos mediados por proteínas teleféricamente transportadoras. El último aceptor de los electrones era el oxígeno. La cadena estaba localizada en la membrana mitocondrial interna, cuyas perspectivas sobre Laura desde su privilegiada situación envidiaba con resentimiento de hijo desheredado a última hora en hil-buruko vasco.

La energía se iba liberando a saltos danzarines desde un transportador a otro y se empleaba para bombear protones desde la matriz mitocondrial hasta el espacio intermembranoso en contra del gradiente quimiosmótico, que se erigía como las tropas de Llywelyn ap Gruffudd frente a los ataques del Justiniano más zanquilargo de los Plantagenet.

La vuelta de los protones a la matriz a favor de gradiente se realizaba a través del complejo ATP sintetasa, que se activaba y formaba ATP a partir del ADP, metamorfosis de una letra que firmaran Kafka, Ovidio e incluso el mismo Apuleyo.

Por cada seis moléculas de glucosa debidamente oxigenadas, mi Laura producía, por el milagro de su respiración aeróbea, seis moléculas de agua, otras tantas de dióxido de carbono y seis de ATP.

Con los lácteos, sobre todo con los quesos azules, que eran sus preferidos y le daban ese aliento agrio de burra embarazada, se producía una oxidación de la glucosa a piruvato, obteniéndose dos ATPs y dos moléculas de NADH. Posteriormente se reducía el piruvato a lactato, quiral como la mano derecha lo es a la izquierda, o una criadilla a otra gónada de bóvido desemparejada tras el descabello y ulterior emasculación, entre mugidos tristes de eloísas rumiadoras. Estas fermentaciones eran realizadas por pérfidas bacterias de los géneros *Lactobacillus* y *Lactococcus*, que tenían aterrizado a Petrarca y a David Lynch, y podía acaecer en las células musculares en ausencia de oxígeno. Entonces su cara se ponía algo roja y le surgía esa marca en la

mejilla tan particular de las vampiras de novelistas irlandeses decimonónicos de apellido francés llevadas al cine por daneses amantes de posadas errantes con fastasma y depósitos de grano con afán sepulturero.

El alcohol le sentaba diferente y quiero explicarlo bien. Igualmente se producía una primera oxidación de la glucosa a piruvato, obteniéndose 2 ATP y 2 moléculas de NADH. El piruvato se oxidaba por debajo de su lencería, cancerbera de sus artículos especulares y de los otros dos de un orden no duplicado, dando acetaldehído y CO₂. Por último, el acetaldehído se reducía a etanol utilizando los NADH obtenidos anteriormente. Lo podías notar porque su dicción se hacía algo pastosa e intercalaba alguna palabra en búlgaro sin reparar en ello.

Los lípidos que cubrían sus nalgas y sus caderas estrechas, en el marco ceñidor de su delgadez cirílica, constituían sus moléculas de reserva energética más importantes, puesto que su catabolismo proporcionaba más energía que los glúcidos. La degradación no era fácil: eran insolubles en agua, con poca reactividad química y otras cosas que la emoción me impide contar. Su catabolismo comenzaba con la hidrólisis de la digestión, que yo intuía bajo su vientre plano y suave, dando lugar a glicerina, de alta viscosidad y de sabor dulce como el centro al que Laura convergía. La glicerina se degradaba en gliceraldehído 3P, que pasaría a la glucólisis, y también en ácidos grasos, en un proceso de β -oxidación.

La β -oxidación de los ácidos grasos era la fuente de energía más importante para sus células. La oxidación daba lugar a Acetil-CoA, aspirina amorosa que se incorporaría en su debido tiempo al Ciclo de Krebs. Era cuando la constelación del cangrejo nos sonreía en los campos estrellados. Todo ocurría en la matriz mitocondrial, y para ello los ácidos grasos necesitaban atravesar las membranas mitocondriales, utilizando una proteína transportadora, la L-carnitina, que cogía su L de Laura. Las mangostas estaban tristes como portugueses en días lluviosos, añorando juncos de Olivenza desplegados en ángulo recto y soñando ortogonalidades en sueños de cartabón. La activación de los ácidos grasos precedía siempre a la β -oxidación propiamente dicha, y entonces Pausanias y el poeta Ramazotis describían con dísticos los monumentos que la proliferaban y que tantos visitantes habían fotografiado anteriormente.

El rendimiento energético de la β -oxidación podía alcanzar hasta 129 ATP. Por eso daba igual lo que comiera para que la siguiera amando como si fuera una amalgama de hija, madre, esposa, hermana, amante, sobrina, prima, vecina, higienista dental, masajista tántrica y uróloga.

Las proteínas ingeridas, en cambio, no tenían función energética. Únicamente las utilizaba Laura como fuente de energía en condiciones de ayuno, lo que hacía que se pusiera algo malhumorada. Para catabolizarlas debían romperse los enlaces peptídicos para dar lugar a los aminoácidos, eliminando el grupo amino y oxidando la cadena carbonada.

Los ácidos nucleicos eran catabolizabos por Laura para su renovación. El ADN y el ARN se hidrolizaban por la acción de enzimas nucleolasas. Los nucleótidos obtenidos se rompían en pentosas, fosfatos y bases para formar nuevas moléculas de ácidos nucleicos. La degradación de las bases formaba urea o ácido úrico, que era eliminado cuando ella estaba en el lavabo dorando con lo más rubio de sus piernas el cuenco pseudomarmóreo de la flor resuelta en loto donde las micciones chapoteaban en balsas de papel flotante sobre piélagos de ciénaga propensa a lo husiforme.

Las burbujas del champán me cosquilleaban en el paladar cuando el camarero me sacó de mi éxtasis preguntándome si había ido todo bien. No tuve fuerzas para contestarle, y sólo le pude sonreír levantando la copa en un brindis de aseveración de lo inefable. Un anciano cantor canadiense nos llevaba al árbol adonde iban a morir las palomas, los niños jugaban en el desván soñando viejas luces de Hungría y yo era feliz, imaginando mi boca entre sus piernas, mi alma en fotografías y azucenas y mi sexo en las ondas oscuras de su andar.

Con el postre, un *mousse* de caracoles crudos, acompañado de una tosta de pan con chocolate puro cagado por avestruz maliense y aderezado de sal gorda islandesa, pedimos una copa cada uno. Y también sendos tokajis, un vino húngaro dulce e irresistible pero menos que Laura. Cuando me enamoro me gusta pedir las copas de dos en dos. A ella le gustaba el vodka con cola. Yo seguía fiel a mi *whisky*, del que bebía embriagado de deleite, con una cruz en el corazón y convertido en custodio de su tranquilidad.

Me metí un par de veces en el baño para que la cosa no decayera, mientras los clientes que orinaban a mi lado me felicitaban. Volví al comedor del restaurante, como un gladiador salvaje al anfiteatro, con cosquilleos en las narices, contagiadas de una alergia luminosa de leds cegadores y taquicárdicos. La tiza blanca le daba más profundidades a los bombones con los que nos obsequiaba el *maître*, que se parecía a Béla Lugosi cuando no hacía de Drácula. Ella, cómplice, hizo lo mismo. Cuando volvía del baño estaba radiante. Llevaba unos vaqueros que redondeaban su figura tal vez demasiado estilizada, de esos que si te los pones por equivocación te dejan el perfume en las ingles todo un día aunque no te los puedas subir más arriba de

la rodilla. Todos los clientes del restaurante la miraban a ella con deseo y a mí con desprecio.

Me contó su vida, ya algo borracha. No era especialmente traumática. Nadie la había obligado a acostarse con nadie. Había nacido en una familia pobre, en un país pobre sin posibilidades de prosperar. Y se había ido a un país cálido donde poder elegir su futuro e incluso estudiar una carrera. La forma más sencilla de cambiar de vida había sido hacerse puta. Ganaba un dinero que le permitía vivir cómodamente. Pero aquella noche en que mi amigo las llamó, a ella y a la chica andaluza, y a resultas de ello me encontró, pensó que se le abría una vida nueva. No sabía explicarme cómo. O yo no fui capaz de entenderlo. Me contaba todo esto y muchas más cosas, cenando y durante la sobremesa.

Ella, acostumbrada a los homenajes y a que todos fueran esclavos de su belleza, calmaba lo más ardiente de mi espíritu. Yo vivía casi en el cielo, desde aquel día en que, feliz y etérea, ella, mi hetaira, mi hetaira etérea, mi hetera hetaira etérea, pasó junto a mí, aquel día en el que el universo entero palpitaba por todas las mujeres descarriadas que se enamoran de sus clientes, dejando entre violines y sepulcros las cintas del vals del primer acto, aquel día en que la muerte sollozaba sobre un hombro en el salón de las mil ventanas, donde se cogen los resfriados sin cura y las tuberculosis de muerte y de cognac.

Diecisiete

A la semana se vino a vivir conmigo. Dejó su trabajo y se centró en la carrera que estaba estudiando en la universidad de Leuca, y que había dejado algo abandonada los últimos meses. Había hecho dos años en Bulgaria, que habían podido ser convalidados en España. Era la chica más culta e inteligente que había conocido y de la que me hubiera enamorado tan perdidamente. Aunque cobrara el polvo a sesenta euros y la hora a cien.

La química había funcionado. Parecía el sueño de todo varón frecuentador de prostíbulos, pero era como si ella lo estuviera deseando tanto o más que yo. Pasó a depender de mí en lo económico y yo de ella en todo lo demás. Si me hubiese pedido que me cortara un dedo y me lo comiese en un perrito caliente, lo hubiera hecho sin dudarlo. Dejó la casa que tenía alquilada y vivimos durante un tiempo igual que unos recién casados. Hicimos varios viajes, unidos como los deficientes mentales que se enamoran por primera vez.

Uno de los viajes fue a Marruecos. Yo había estado ya varias veces. La primera, el verano antes de que terminase la carrera, iba a hacer quince años.

Había ido con David Chirba, mi mejor amigo de entonces y como el que no he vuelto ni volveré a tener ninguno. Lo había conocido en la universidad de Leuca, donde estudiábamos derecho, como todos los que no saben qué hacer con su vida. Compartíamos el mismo amor por la literatura, que era junto con el sexo lo único que nos importaba. Habíamos ido a varios talleres de escritura creativa hasta que dejamos de ir porque los profesores no habían leído a Faulkner, a Ovidio ni a Flann O'Brien y tenían menos sensibilidad literaria que los lectores de J.J.Benítez. Hablábamos horas y horas de literatura, y nos intercambiábamos nuestros textos para corregirnoslos.

David era de carácter débil, alto, no mucho, y más bien vulgar de aspecto. Tenía, sin embargo, un algo animal para con las mujeres, una emanación de sus feromonas que hacía que estuviese rodeado de chicas cuando llegábamos

a una discoteca, sin necesidad de que soltara una palabra. Si hubiera sido gangoso y con pústulas no les hubiera importado a ellas lo más mínimo. Me venía de perlas: me solía aprovechar y me acostaba con la amiga de la afortunada que se liaba con él, y que prefería quedarse con el segundo o tercer plato, en vez de volverse a casa con la amargura de las vírgenes bizcas. Debo agradecerle que otras veces las había convencido para que se acostasen conmigo, y era tanta su capacidad de seducción que hasta eso conseguía. Fue una etapa de mi vida sensacional, todo lo contrario que los siniestros años que me pasé estudiando la oposición, y que tuve la suerte de que no fueron muchos.

Cuando se trataba de literatura los roles cambiaban. Él me admiraba: mi caudal de libros leídos y mis conocimientos empezaban ya a ser desmesurados. A él le faltaban lecturas y le sobraba talento. Mientras que a mí no me hubiera costado nada escribir un mamotreto sobre algún capítulo de historia de la literatura, o un ensayo sobre, pongamos por caso, la poesía didáctica del comunismo o sobre películas que trataban sobre el trastorno bipolar, o una antología de escritores zurdos epilépticos, él tenía en cambio una tendencia connatural a lo lírico. Empezó bien joven a escribir poemas en verso libre. Los moldes formales ahogaban su expresión. Murió de un cáncer raro a los treinta años sin haber publicado nada, y conservo en mi poder todos los versos que escribió.

Habíamos cogido el tren que iba a Algeciras y luego el *ferry* a Tánger. Entonces no estaba Marruecos como ahora. Eran tiempos de Hassan II. En el siguiente viaje que hice, al cabo de siete u ocho años, me chocó encontrarme con que las calles estaban asfaltadas y ya no había ese olor a verdura podrida que me había golpeado con fuerza la primera vez que había bajado del *ferry*. Al policía mugriento de blanco y con lamparones lo había reemplazado otro lustroso, con traje impoluto azul marino y un casco de color marfil. Ya se había construido la moderna terminal del puerto de Tánger, que le daba a la ciudad un aire nuevo y desarrollado. Era la época en que los empresarios españoles de la construcción que habían tenido algo de vista antes del pinchazo de la burbuja inmobiliaria habían aprovechado para recoger beneficios y establecer sus empresas en África y en el este de Europa, gracias al dinero que fluía de China y de otros países con excedentes de divisas, así como de los fondos europeos.

Pero cuando llegué a Tánger en ese verano anterior al cambio de siglo, todavía era Marruecos un país subdesarrollado, donde la represión se sentía al pie de la calle, la miseria desbordaba y cualquier marroquí espabilado

buscaba la menor ocasión para escapar de un infierno previsible a un destino siempre mejor.

En el *ferry* hicimos migas con una chica vasca y gordísima, de una gordura más cercana a la de Botero que a la de Rubens, y que se había casado con un marroquí con buena planta, pelo sedoso, pestañas largas y belleza de gitano de los que triunfan allá donde éstos son algo exótico con un punto bengalí y que están en un país, por no se sabe qué extrañas migraciones, donde hace calor, se matan toros y el alcohol es abundante y asequible. Iban a Fez a conocer a la familia del marido. La cosa tenía mala pinta y era evidente para todo el mundo menos para la chica, como suele pasar. El marroquí se llamaba Dris, hablaba español y trabajaba de músico en un local de Suiza o eso nos dijo. Nos dio su teléfono e insistió en que fuéramos a Fez y pasáramos unos días en su casa. Como no teníamos un duro, nos pareció estupendo alojarnos unos cuantos días gratis, en vez de hacerlo en pensiones baratas atestadas de cucarachas sindicadas o en lista de espera.

Fuimos a Marrakech, Esaouria y Ouarzazate y ya de vuelta al norte hicimos una parada en Fez, donde estuvimos de invitados en la casa de Dris. Era un marroquí de clase media-alta de por entonces, y su madre tenía un negocio de confección de ropa. Todo se movía en Marruecos por contactos y amigueos, como en España pero a la bestia. Se habían aprovechado de ser parientes no muy lejanos de un cargo político relevante, que les había procurado el monopolio de los uniformes para la policía de Fez y otros chanchullos. Dado el valor del dirham sólo les valía para llevar una vida cómoda dentro su país, y viajar a Europa por lo legal era imposible tanto por el veto de los consulados como por el tipo de cambio, a menos que se tratase de un marroquí rico de verdad, que por entonces no había muchos.

La familia nos preparó un enorme cuscús, que ocupaba toda la mesa y que nunca llegó a acabarse. Tenía Dris dos hermanas de rasgos árabes refinados, de queridas caras de terrateniente sevillano, que hablaban español mejor que su hermano y que tenían una algo menos de dieciséis y la otra algo más de dieciocho.

La vasca empezaba a ser consciente de que lo suyo había sido un matrimonio de conveniencia, urdido por Dris con la primera ciudadana de la Unión Europea que había sucumbido a sus encantos, con la finalidad de agilizar el papeleo para permitir que su estancia en algún país europeo fuera definitiva y no dependiera de los vaivenes de la política inmigratoria. Yo no me acababa de creer lo de su trabajo en Suiza ni lo del sueldo de tres mil euros que decía que ganaba. De ser así no le hubiera hecho falta casarse con

una vasca de cien kilos, sino que se hubiera pegado una vida de sultán con suizas arias amantes de lo exótico. La cosa es que no hizo ni puto caso a la vasca ninguno de los días que estuvimos con él en Fez, y que cuando su mujer decía algo ponía una cara de asco que no podía ser más expresiva. Algo de respeto le debía infundir, sin embargo, pues prefería tratarla con indiferencia hiriente o bien con una crueldad sutil distinta de la brutalidad explícita con la que se conducía con su madre y sus hermanas, a las que no le importaba abofetear en nuestra presencia.

La primera noche que dormimos en una habitación rodeada de sofás, fui al baño, acuciado por una fuerte diarrea. Llevaba un buen rato evacuándome cuando oí salir a Dris, con el sigilo del que cree que están los otros dormidos. Desde el cuarto de baño le oía hablar en árabe con su hermana la menor. No pude entender una palabra, como es obvio, pero la charla a esas horas de la madrugada tenía un tono clandestino de encuentro de Romeo con Julieta Vargas bajo el tejadillo de un balcón en Sinaloa, en la época álgida de las niñas desaparecidas.

La conversación se detuvo y de ahí pasé a oír a unos jadeos. Salí sin hacer ruido, pegado a la pared.

Maisa, que así se llamaba la hermana pequeña de Dris, estaba tendida boca abajo, con la falda levantada. Dris se retorció encima de ella, moviéndose como hacen los bogavantes cuando se les han cortado las patas, o las cucarachas fumigadas que presienten su extinción en pataleo samsiano de cópula triste. Antes de llegar a nuestra habitación me topé a la vasca, que estaba de pie y oculta en la sombra, viendo toda la escena con cara de entierro. Le apreté la mano, para expresarle mi simpatía o por lo menos hacerle saber que me hacía una idea de por lo que estaba pasando, y no pude conciliar el sueño hasta el día siguiente. David dormía sus sueños entre sus amigos, los poetas muertos prematuramente.

El día que siguió a esa noche nos presentó Dris a un primo suyo, con el que nos acompañó a la gran medina, que es lo que suelen hacer los marroquíes cuando te invitan a su casa.

El primo se llamaba Ahmed, y era de una belleza estatuaria, de Doríforo con ojos de almendra de desmayo rojo, nervura de anacardo curvo, piel de cacahuete tostado y melena larga de japonesa encinta. Iba vestido con vaqueros y una camiseta con el logo de nike y es absurdo describirlo como lo es hacerlo con el David de Miguel Angel o los rostros de Bernini. Nos hicimos algunas fotos que guardo como iluminaciones del más allá, y que dejan hechizadas a las pocas visitas que recibo.

Terminamos el día en un hammam de barrio, donde un moro con bigote nos dio a una soberana paliza disfrazada de masaje falsario. Mi compañero de viaje volvió a España con un dolor fortísimo de cervicales, y tuvo que llevar collarín por una temporada. Si le hubiesen dado a elegir, hubiera preferido ser sodomizado varias veces por todos y cada uno de los integrantes de la marcha verde.

Ahmed se despojó de su ropa y se quedó en calzoncillos. No podía creer lo que estaba viendo, y estaba tan azorado que tuve que fingir un dolor de tripa, algo justificable para todo viaje por debajo del estrecho de Gibraltar en aquellas fechas. Ahmed hablaba español, y su dulzura contrastaba con la rudeza de su primo. Éste lo adoraba con locura, frente al desprecio con el que trataba a su madre, sus hermanas y su esposa.

Mientras Dris y mi amigo estaban con su masaje, me quedé a solas con Ahmed. Me contó lo bueno que era echarse un cubo de agua caliente y otro de agua helada, para abrir los poros de la piel. Me lo hizo a mí y luego se lo hice yo a él. Me explicó los beneficios para la circulación de darse friegas con un guante de crin. Yo le dije que no lo había hecho nunca ni sabía cómo hacerlo. Pero no le dije que ardía en deseos de que me lo hiciera. Él se dispuso a enseñármelo y me vertió el agua caliente sobre la cabeza. Luego se puso a frotarme con fuerza la piel, hasta que iban saliendo láminas negras de toxinas y roña sedimentadas al cabo de los años. Finalmente cogió un peine de púas duras, como de acero, y me estuvo rascando el cuero cabelludo hasta que quedó liso como una bola de billar. Me lavó el pelo con el jabón negro que había visto en los puestos de la medina, masajeándome con sus dedos. Yo me hice el dormido y me quedé con la nuca apoyada en su regazo; él me acariciaba la frente y la mejilla. Nunca me he entregado a nadie como aquel día. Vino Dris y el hechizo se rompió.

Cenamos en un restaurante cerca de la mezquita. Comimos con los dedos de la mano derecha, y el aceite del tajine hacía brillar los labios de Ahmed como si llevara puesto el carmín de los arcángeles atareados en esquivar la basura espacial más gravitatoria.

Estuvimos curioseando por los bazares y volvimos no muy tarde. Dris iba cogido de la mano con su primo. David y yo seguíamos con envidia a los enamorados.

Empezaba a comprender de qué iba la cosa. Ahmed era el amor de Dris, el amor de su vida, y bastaba estar ahí para saberlo. Se había casado con una mujer a la que despreciaba para agilizar los papeles e invitar a Ahmed a que fuera a vivir con él al mundo rico. El mismo Dris nos confesó que estaba muy

ilusionado con que su primo lo visitase. Nos sondeó, con mucho tacto al principio, para saber si podríamos hacer una carta de invitación para Ahmed. Por supuesto, le contestamos, sin saber qué era una carta de invitación. Dris, receloso, no parecía estar del todo convencido por nuestra respuesta tan rápida e impulsiva. Ahmed era la novia de Dris, pero se trataba de un amor platónico, entre primos que se podían dar de la mano sin que ello supusiera nada raro para las costumbres de la sociedad marroquí, cuando aún en España, al margen de Chueca o de Sitges, no era cosa tan habitual.

Ahmed se dejaba hacer. Su carácter dulce le impedía oponerse a la dominación ejercida por su primo, que bien por la moral musulmana, que veía la homosexualidad como algo execrable, aunque permitiese más que una amistad entre los hombres, o bien porque no quisiera mancillar el objeto de su amor, desahogaba toda su sexualidad contenida en su hermana pequeña, que le hacía de colchoneta en la que desflorar sus suspiros de sándalo. Yo no dudaba de que también lo hiciera o lo hubiera intentado antes con la otra hermana, y de que la madre lo supiese y lo consintiera, como uno de tantos de los beneficios de que disfrutaban los varones en las sociedades patriarcales.

Dormimos los cuatro en la misma habitación, formando un cuadrado místico. Mi cabeza quedaba al lado de la de Ahmed, y me dormí arrullado por la música celeste de sus respiraciones. La vasca durmió con la madre y las hermanas, que la odiaban tanto o más que el mismo Dris, por rencor, por envidia o porque era la única persona con la que desahogar su rabia de hermanas ultrajadas.

A la mañana siguiente nos despertaron los gritos de la vasca, que utilizaba toda la gama de insultos de la lengua española, y del euskera que ella sola comprendía, para referirse a Dris y a su familia, diciendo que le había visto hacerlo con su hermana, que se había dado cuenta de que se había casado con ella para obtener papeles, que era un maricón del culo, que le comía la polla a su primo y otras lindezas de este jaez.

Dris le soltó un puñetazo que le rompió la nariz, enviándola a la otra punta de la sala. La echó a patadas de la casa y rodó por las escaleras del portal hasta caer encima de un charco de excrementos y de flujo de burra en fase lunar. La madre y las hermanas la recogieron y la llevaron con una vecina para que tuviera donde estar, íbamos a salir David y yo a ayudarla, pero Ahmed nos retuvo, y nos dijo que no nos preocupásemos, que las mujeres cuidarían bien de ella y que su primo era así de bestia, pero muy leal y mejor musulmán. Muy buena gente, aunque golpease a su mujer con furia de boxeador cornudo y al que le debiesen dinero.

Entró un gendarme en la casa y estuvieron discutiendo durante una hora en árabe para no llegar a ninguna conclusión, algo muy frecuente en Marruecos. El gendarme antes de irse nos habló en francés, preguntándonos de dónde éramos y confesándose, sonriente, admirador del Real Madrid.

Comimos algo más del cuscús, del que aún quedaba la mitad, y después de tomar un té nos arreglamos para que Dris nos presentase a unos amigos suyos que iban a dar un concierto en un hotel.

Cuando salimos, surgió de detrás de una esquina la vasca, sorprendiendo a Dris y Ahmed, que iban cogidos de la mano. Apareció de la nada, como un murciélago de entre la neblina en una película de bajo presupuesto. No dio tiempo para otra cosa que contemplarlo todo, rígidos como estatuas y absortos como peces estúpidos.

Sucedió con la rapidez de un relámpago: La vasca sacó una navaja y la clavó hasta el mango en el estómago de Ahmed. Éste se dobló hacia delante con cara de avecinársele la muerte. La vasca, que parecía avezada o haberse ensayado con un cojín lleno de arena, movió la navaja de arriba abajo y de abajo arriba. La volvió a bajar hasta el centro del vientre e hizo lo mismo de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, para después sacarla de las entrañas de Ahmed y dársela en la mano a Dris, como un regalo en una fiesta macabra de cumpleaños.

Dris, del horror, apartó la mano, y se lanzó encima de su primo muerto, al que le habían vaciado el vientre y cuyos intestinos estaban esparcidos en la acera, teñida del rojo y blanco de las visceras. Dris pegó sus labios a los de Ahmed, no se sabe si para hacerle un absurdo boca a boca o para darle su último beso de enamorado. Y soltó un desgarrador grito de lobo moribundo que salió por entre sus dientes desde lo más profundo de su ser, que nos atravesó el pecho, y que aún recuerdo estremecido.

La vasca miraba la escena yerta e impávida, con la tristeza de los empleados de las perreras que han cumplido bien con su trabajo. Luego tuvo lugar toda la parafernalia marroquí, de ceremonioso e inútil paripé arábigo. Vino un coche de policía y una ambulancia que tardó más de media hora pero ya daba todo igual. La ambulancia se llevó al cadáver y los gendarmes a la vasca, fría e indiferente a lo que pasaba en torno a ella.

Estuvimos unos cuantos días retenidos en Fez, mientras duraba la encuesta policial. Cuando acabó cogimos un autobús a Tánger y de ahí el *ferry* de vuelta que puso punto y final a nuestro viaje. Con el tiempo me enteré de que la vasca había sido indultada con ocasión de un viaje que habían hecho los reyes de España a Marruecos. David murió a los treinta años, de su

cáncer raro, y no supe qué fue de Dris ni de su familia ni me importó un rábano saberlo.

Dieciocho

No volví a Fez hasta que viajé con Laura, al poco de conocernos.

Fuimos a un hotel de la ciudad nueva, cerca de la zona del mercado, por el *boulevard* de Mohammed V. El hotel era caro y no muy limpio, como suelen ser los hoteles en Fez, pero nos hizo gracia la decoración rancia de esplendores pretéritos y seguimos en él algunos días.

Estaba cerca del negocio de confección de ropa de la familia de Dris. Pasé por delante y el comercio seguía estando, después de quince años. Había una mujer de entre sesenta y setenta años, que debía ser la madre. Y dos mujeres algo más jóvenes que yo, que serían las hermanas.

Entré y pregunté por Dris. Dije que era el dueño de una empresa española de *catering* que pensaba instalarse en Marruecos y que buscaba un proveedor que me confeccionase los uniformes. La historia pareció colar y me preguntaron por el tipo de uniforme que andaba buscando. Para parecer más creíble les contesté que no lo tenía decidido. Pretendía que mis empleados fuesen vestidos de una manera diferente a la española, más adaptada a los gustos marroquíes. Además, iba a emplear mujeres, de modo que posiblemente fuera necesario un corte más discreto que el de España.

Entonces me lancé y les pregunté por Dris, pretextando que mis amistades marroquíes me habían hablado de él. Dris había salido a hablar con un cliente, pero volvería dentro de un rato. Quedé en pasarme por la tarde. Laura me miraba divertida, no sabiendo por qué inventaba toda esa historia.

Dimos un paseo por el mercado central. Laura no estaba prevenida: se paró a ver un puesto con pollos vivos, patos, conejos y algún otro animal y, sin previo aviso, un carnicero degolló una gallina delante de ella. La gallina se movió convulsa después del tajo, mientras su sangre caía en una cazuela. Laura se puso pálida, trastabilló, y tuve que cogerla del brazo y hacer que se sentase en un banco. La tendí y le puse las piernas hacia arriba hasta que su cara recuperó algo de color.

Fuimos al hotel para que descansara. Le mojé la cara con una toalla, le quité la ropa y se quedó dormida profundamente. Deseché la idea de profanarla mientras dormía y me tomé un *whisky* de los de media tarde.

Me estaba duchando cuando sonó el teléfono. Desde recepción me decían que había una persona preguntando por mí. Bajé y se trataba del mismo Dris. Conservaba alguna foto suya y no había cambiado mucho. No tenía canas y mantenía su buena planta de antaño. Un comerciante que tenía su negocio al lado del taller de confección había visto entrar en el hotel a una chica rubia con aspecto de rusa, y se lo había dicho a Dris. Éste había llegado a la tienda de su familia y como le habían contado que yo había ido acompañado de una rubia con una descripción parecida, había hilado cabos y se había permitido la libertad de presentarse en el hotel. Dris se disculpó diciendo que Laura era tan guapa que su vecino no había podido evitar fijarse en ella. Con la cortesía propia de los marroquíes, me preguntó si me había despertado de la siesta.

En ese momento bajó Laura buscándome y tuve que presentarla. Dris estuvo galante y nos invitó a comer cuscús con su familia, tres lustros después del cuscús que habíamos comido junto con Ahmed y David, los dos ya en el país de los muertos. Yo me quedé cortado y Laura se apresuró a contestar que estaría encantada. Dris dijo que no había nada más que hablar y que pasaría mañana para recogernos y llevarnos a su casa.

Fuimos en taxi a la gran medina y estuvimos callejeando durante un par de horas. Paseamos por el barrio judío y de ahí llegamos a una calle principal, larga y estrecha, donde había muchísima gente y donde estuvimos a punto de ser atropellados por una moto y por algún burro de los que no se sabe cómo pueden caber por esas callejuelas.

Nos pidieron limosna varios ciegos, esa curiosa colonia de Edipos en Colono que tanto abundan en el Magreb. Me sobrecogió que me sonrieran cuando les hacía una foto, como si tuvieran alguna capacidad extrasensorial de murciélagos clarividentes. Con sus cuencas vacías, o cubiertas de una nube opaca, me recordaban al estremecedor ciego de un cuadro de la galería de Capodimonti, obra de Bartolomeo Schedoni, que produjo en Parma otras dos maravillas de un color violento y crudo, con el motivo de Cristo en el sepulcro, y de una luminosidad con ángulos que no se ha vuelto a ver en la pintura.

Cansados de tanto andar y del calor, volvimos al hotel. Reposamos un poco, hicimos el amor en la cama, se lavó y lo volvimos a hacer a la media hora: me gustaba ensuciarla recién duchada.

Se hacía tarde y buscamos un sitio para cenar. Aunque respetuoso con las costumbres de otras culturas, nunca había llevado muy bien lo de comer con té, zumos o batidos, como hacen los musulmanes. Estuve indagando por los restaurantes de la zona, pero todos tenían esa atmósfera beata de ley seca mahometana. Eso y el odio hacia los perros, más que el repudio de los cerdos, que dicen que en su momento estaba justificado por razones sanitarias, era algo que nunca había podido comprender del todo. Consideraba de una crueldad bárbara ese genocidio al que son sometidos los pobres bichos, y eso porque a alguien hace más de mil años le hubiera dado por ahí. Tenía la convicción de que un pueblo que rechaza por maldito y porque sí, al animal más noble y de buenos sentimientos, no podía desarrollar forma alguna de tolerancia por lo diferente. Siempre estaría el dogma del profeta condenando cerdos, perros, retratos, homosexuales, alcohol, usura, magia, fetichismo, astrología, morcillas, tatuajes, oro, tintes del pelo, beber de golpe, comer con la mano izquierda, reírse de las ventosidades y otras doscientas mil cosas, incluyendo a las mismas mujeres, a las que se concedía, en el mejor de los casos, según la ley islámica, el derecho a heredar la mitad que los varones. Algo que podría considerarse una gran mejora hace mil cuatrocientos años, pero sin sentido en el siglo XXI.

Sin dejar de reconocer las virtudes de los musulmanes, como la sana costumbre del ayuno y la obligación de dar limosna, me parecía un coñazo de formalismos su religión, en la que importaban más que otra cosa los cinco rezos y el respeto de las prohibiciones. Había leído no sé dónde que era imposible que un pueblo que no había avanzado nada en el retrato en tantos siglos, por estar prohibido, difícilmente podría avanzar en otras artes.

A Laura, fiel a sus costumbres búlgaras, también le fastidiaba no poder acompañar las comidas con tragos de vodka. No le hubiera sentado nada mal, dado el soponcio que había experimentado unas horas antes. Ya desistíamos del empeño cuando vimos un restaurante internacional justo al lado del Gran Hotel, que era donde estábamos hospedados. Como tenía los cristales espejados por fuera, señal siempre segura de que dentro hay algo que se quiere ocultar, entramos llevados de una corazonada, aunque en la carta del exterior no aparecía mencionado nada de alcohol. Mi instinto por los sitios prohibidos seguía tan efectivo como siempre.

El local estaba lleno de gente fumando y mujeres sin velo que bebían cerveza, pero sin tener aspecto de prostitutas, a diferencia de otros sitios en Marruecos donde se sirve alcohol y que son prostíbulos encubiertos de restaurantes. Para empezar, pedimos dos vodkas. El fuego del licor de patata

nos quemó placentemente, después de estar varios días sin probar ni gota de alcohol y tomando té azucarado a todas horas. Cenamos bien y casi nos bajamos dos botellas de vino marroquí, bastante bebible y que no era caro, teniendo en cuenta que el sitio no era de turistas, sino de marroquíes liberales y pudientes, y que los locales que venden alcohol tienen que pagar unas altas tasas a las autoridades.

Fui al baño, que estaba en la misma planta, y me fijé en que había una escalera que bajaba y otra que subía, las dos desembocando en antosalas con luces de colores. En la de arriba había un concierto de rai que no tenía mucha audiencia. En la de abajo, una chica que empezaba con una danza del vientre y terminaba con un *striptease* para regocijo de los espectadores. Me dio por pensar que lo del concierto de arriba era una tapadera para aquello a lo que iba de verdad la gente.

Fui por Laura y nos sentamos a ver el espectáculo. No se sintió cohibida: había más mujeres entre el público y los camareros, cortesés, en seguida nos hicieron un hueco para que nos sentáramos.

Entró una chica acompañada de un hombre con aspecto adinerado. Era Maisa, la hermana pequeña de Dris, que si entonces tenía catorce o quince años, ahora tendría veintinueve o treinta. Me reconoció de esa misma mañana y se sentaron a nuestro lado. Me presentó a su compañero, con el que intercambié en francés algunas palabras de cortesía.

Maisa estaba ya bastante borracha y daba palmadas y gritos mientras la bailarina se quitaba las medias con parsimonia. Nadie pareció escandalizarse por ello. Maisa se me acercó y me pidió que no le contase a su hermano que la había visto en el club.

—Dris es muy conservador y no le gustan estos sitios. Nos vigila como si fuéramos de su propiedad y yo me pongo el velo cuando estoy con él. Estaba muy unido a su primo Ahmed y cuando murió pasó por una depresión muy larga. Después se volvió muy religioso. Si se entera de que he ido a este sitio me daría una paliza. Tengo que confesarte una cosa —y pegó sus labios a mi oreja, produciéndome con aquel roce un pequeño escalofrío—. Hoy estoy algo borracha y me pareces un buen tipo. Una persona de fiar. —Sus ojos grandes y perfilados de negro por el maquillaje se clavaron a medio palmo de los míos. Antes de seguir le dio un trago al cocktail que estaba bebiendo—. Yo estoy enamorada de mi primo. Es más joven que yo. Pero Dris no quiere que nos casemos. No quiere que salga y le tengo que contar que voy a casa de mis primas y otras historias para que me deje. Para sacar algo de dinero tengo que acostarme con tíos con pasta. Es un hijo de puta. Quiere que me pase toda

la vida con él, haciéndole de chacha. Y no me trata bien. Si te contara algunas cosas... Tengo miedo de contarlas. Nadie me creería. Mi madre y mi hermana dirían que miento.

Y me contó lo que yo ya sabía. Que Dris venía abusando de ella y de su hermana desde toda la vida. Su hermana se había acostumbrado y lo consentía. A ella siempre le había dado asco, pero tenía miedo a negarse: Dris era violento y podía echarla de casa. Ella tampoco tenía veinte años. Aunque, en mi opinión, estaba bastante bien para los treinta por los que andaría.

Yo no estaba para confidencias esa noche, así que aproveché la ocasión para invitarlos a una copa, que disfrutaron con sana alegría de musulmanes impúdicos. Entablé una conversación con él, que se disculpó por no expresarse correctamente en español a pesar de que lo entendía a la perfección. Se me presentó como Bashir. Laura había empezado a hablar con Maisa y las unía ese hilo común a las mujeres que en algún momento de su vida han tenido necesidad de dinero y han recurrido al remedio más cercano a sí mismas, más inmediato, más íntimo.

Él me habló de Maisa. No era un cliente de un día, sino un amante más que ocasional. Me confesó, como sólo lo hacen los marroquíes enamorados, que la quería de veras pero que se había contentado con un sucedáneo de revolcones en hoteles discretos: la pobre infeliz estaba enamorada de su primo, que en el fondo era un maricón sin remedio, como su hermano. Bashir me contó que estaba casado con una mujer que su familia le había elegido por conveniencia, pero a la que tenía cariño porque se había consagrado a la crianza de los seis hijos que habían tenido. Era un hombre rico: había heredado un negocio de plátanos que exportaba por toda Europa y al que habían beneficiado la liberalización de exportaciones de los productos marroquíes a la Unión Europea. Había tenido varias amigas y queridas. Y había recurrido al puterío, no tan difícil de encontrar en Marruecos si uno sabe moverse, hasta que había conocido a Maisa. Estaba dispuesto a repudiar a su mujer, si bien Maisa se negaba tercamente. Como la quería, había respetado su decisión. Sabiendo que iba a ser improbable, por no decir imposible, que el maricón de Dris la dejase irse con el otro maricón, prefirió conservar su rol de protector y acompañante hasta que Maisa cambiase de opinión. Sabía que tenía otros amigos. No le importaba demasiado. Como hombre experimentado y juicioso, quería ganarse su amor y no su exclusividad.

La bailarina hacía rato que estaba desnuda y diciendo cosas en árabe que yo no entendía y que debían de ser muy picantes, dadas las risotadas del

público. Bailó una danza del vientre y, viendo que era el único extranjero, se me sentó en las rodillas sin dejar de bailar. Le deslicé un billete de cincuenta euros y continuó el número con otros espectadores.

Al despedirnos de Maisa y Bashir, nos preguntaron dónde nos alojábamos. Cuando supieron que en el Gran Hotel, nos dijeron que ellos también dormían allí y que el restaurante estaba comunicado con una planta del hotel para que accedieran las parejas a tener sus encuentros sin ser vistas. Nos enseñaron el camino. Subimos por una escalera que empezaba detrás de una puerta tapada por una cortina. La escalera era estrecha y daba varias vueltas hasta que llegamos a un cuarto donde se guardaban los artículos de limpieza. Salimos de él y nos encontramos frente a nuestra habitación. Nos despedimos hasta el día siguiente, en que nos recogería su hermano. La miré, para que no se preocupase, dándole a entender que guardaría la discreción debida, sin necesidad de manifestarlo con palabras.

Nos levantamos tarde y con resaca. Poco después de desayunar pasó a recogernos Dris y nos llevó a su casa. Iba acompañado de un joven de unos veinte años, que era la viva réplica de la foto que tenía en mi casa y que había contemplado no hacía mucho. Deduje que se trataría o bien de un hermano o de otro familiar del Ahmed congelado en la foto. El propio Dris lo aclaró:

—Es Hassan. Mi primo. El hermano pequeño de Ahmed, que fue un hermano para mí y murió hace quince años.

Y Hassan añadió a eso:

—Y aunque sea mi primo, Dris ha sido un padre para mí. Mi padre murió joven, y poco después mi hermano Ahmed, que Alá tenga en su seno.

Dris asintió con sonrisa complacida de padre que por adopción había obtenido el hijo que nunca tuvo, pero que realmente era la sonrisa del que está enamorado de su protegido. Por la forma como se trataban deduje que el amor con Hassan había ido más allá del platonismo que había enmarcado sus relaciones con Ahmed. Se conocían como sólo se conocen las personas cuando una de ellas, o las dos, ha entrado dentro de la otra.

Se daban la mano y se cogían del hombro en público, como hacen los hombres que se quieren en Marruecos sin ninguna de las connotaciones que tiene este gesto en los países cristianos, una de las escasas libertades de que disfrutaban los musulmanes respecto de los que no lo son: la de presentar como amistad lo que en otros países se consideran gestos de amor.

Conducía un Mercedes caro y automático, de esos que empezaban a no ser tan raros en Marruecos, dirigiendo el volante con una sola mano; la otra se posaba perennemente en la espalda de su Hassan. Laura estaba feliz de

compartir conmigo un amor similar al que entre sí se profesaban los dos primos. Me apretó la mano como una novia que ve un final feliz o una escena de beso en una película cursi. Yo me sentía en el mercedes del color de los coches mortuorios como si alguien me llevara por un túnel dentro de un agujero negro, para salir aleatoriamente en cualquier rincón del espacio-tiempo adonde la brana o el repliegue en el multiverso decadimensional me arrojara. Sin darme cuenta había clavado los dedos en la tapicería, hasta que me percaté de que tenía trocitos de cuero entre las uñas.

El coche se paró delante de una casa con pórtico que me recordaba a algunas mansiones que había visto a las afueras de Casablanca. A Dris no le había ido mal. Como leyéndome el pensamiento, nos contó que desde hacía unos años tenía el monopolio de los trajes de policía en varias ciudades de Marruecos, y que también proveía a varias unidades del ejército. Para los marroquíes no es ordinario hablar de dinero sino que, por el contrario, lo grosero es no responder con naturalidad a las preguntas de este tipo.

Entramos en la casa y en el salón nos estaban esperando la madre y las dos hermanas. Maisa exhibía la sonrisa que sólo se ofrece a los desconocidos con los que no cabe sospecha alguna. Dris me las presentó por segunda vez en quince años y yo les di dos besos a cada una de las tres, no muy seguro de si eso era muy procedente de hacer con las mujeres musulmanas.

—Es una casa muy bonita. Mucho más bonita que la otra. —Con esta estupidez de poco más de diez palabras a punto estuve de delatarme y de echar todo al traste.

Como pusieron cara de sorpresa, lo arreglé con la rapidez de reflejos del preso al que confunden con otro que va a ser inmediatamente excarcelado.

—... que las otras casas que me han enseñado mis amigos marroquíes.

Y aquí empecé a soltar una cháchara sobre lo bien que iba en los últimos años la economía en Marruecos que se hizo lo bastante confusa para que dejaran de prestarme atención. La madre y las hermanas atraieron para sí a Laura, y yo me quedé hablando con Dris y Hassan. La madre trajo un té, costumbre que se sigue tanto o más que en Inglaterra porque no hay *whisky* ni alcohol alguno con el que alternarlo, y tampoco son los árabes muy amantes del café. Yo estaba saturado de tanto té con una tercera parte de azúcar y que te dejaba ese regusto dulce y permanente en el paladar. Me hubiera tomado un *whisky* solo, en vaso de tubo y hasta arriba, sin importarme el país de origen. Había leído estudios sobre el azúcar refinado y otros edulcorantes de las bebidas carbonatadas, y desde entonces no probaba el azúcar ni los refrescos. La medida había sido provechosa: desde que había empezado a aplicarla

había eliminado mis cólicos nefríticos, las alergias primaverales, el sangrado de encías y la tristeza que me invadía cuando pasaba por delante de los patios de los colegios y oía los griteríos de la chiquillería, con nostalgia de una infancia de la que no tenía más que recuerdos brumosos y que a veces tomaba por ensueños, preguntándome si realmente había tenido lugar.

Había llegado a esa edad de los cuarenta años en que ese mundo de la niñez era más una proyección de mi fantasía que un recuerdo fiable. Pero mayormente, y al margen de nostalgias de patios leucenses, de huertos limoneros y de curas pederastas, estaba empezando a estar más que hasta los huevos de Marruecos, donde es más difícil tomarse un chupito de tequila que fornicar con un carnero, de Goytisolo con su permanente aire de estreñido y cabreado, hasta cuando le dan el Premio Cervantes, y de los cantos desde la mezquita que te despertaban a la madrugada. De la comida, que siempre sabe igual, como si comieras todos los días un big mac pero sin sabor, y sin la riqueza de matices, estilos y formas de presentación de la gastronomía leucense, que podía ser pasable, regular o repugnante, pero por lo menos era variada, pues nada hay tan descorazonador en esta vida que comer siempre la misma cosa. Y de otras cosas más.

Dris estaba tan embelesado con Hassan que ni me preguntó por mi negocio de *catering*. Yo estaba aliviado: no tenía prisa alguna por soltar la retahila de mentiras que llevaba preparada, como un actor que hubiese memorizado bien su guión.

Entonces se oyeron unos retumbos en la escalera que bajaba al salón, y se plantó la mole de una chica de pelo negro que pesaría más de ciento veinte kilos.

Nos sonrió al modo de los psicólogos lacanianos delante de sus pacientes cuando, entre destellos de ropa interior, se tumban en los divanes para contar sus neurosis, abrevadas en el pozo oscuro donde las almojábanas sudan su sueño de muslos mojados.

Llevaba ropa amplia pero que aun así era ceñida, dado el contorno colosal de sus piernas uniformes, del mismo grosor en los tobillos, en las pantorrillas y en aquellos ámbitos de más arriba de la rodilla. Las carnes de sus brazos colgaban hacia abajo en cortinas gruesas de piel de elefante y no tenía papada, sino un bozo que sobresalía del eje de su serpiente de kundalini y de sus chacras de cachalote índico, con más protuberancia que sus pechos de talla doscientos o más.

Era de una gordura admirable, de globo con la cara de Demis Roussos e hinchado más de la cuenta. Si hubiera pasado por ahí la Caballé, la hubieran

llevado unos enfermeros con exceso de celo a una clínica para el tratamiento de la anorexia, obligándola a comer morcilla, manos de cerdo, panceta y la grasa de las chuletas hasta que sus triglicéridos huyeran despavoridos. Tenía unos ojos bonitos y una piel suave de jabón, como les suele pasar a las obesas. Su boca parecía enana, de muñeca de porcelana, en el orbe de su cara de balón de baloncesto.

Se acercó a darnos un beso a Laura y a mí. Nos levantamos rápidamente, por miedo a que se nos cayera encima, aplastándonos.

Habló Dris:

—Perdonad, pero se me ha olvidado hablaros de mi mujer, Edurne. Nos hemos casado hace tan poco que a veces hasta me olvido.

Como esto no sonaba nada bien, se acercó a abrazarla: solo le pudo poner las manos en los hombros y eso estirándose bastante y a pesar de que no era bajo de estatura.

La felicitamos por su reciente boda. Ella era dicharachera por no decir un loro con verborrea histérica y nos habló y nos habló hasta que se hizo la hora de comer, con su acento vasco de erres fuertes, condicionales mal puestos, y sus amás, sus aítas y la madre que la parió. Era de Abadiano, pueblo declarado el más feliz del mundo desde que ella se estableciera en la santa ciudad de Fez. Nos habló de Mendi Goikoa, del Valle del Silencio, de las kokotxas, de la chuleta de Berriz, del día del Euskera, de su padre que era dantzari, bertsolari y cortador de leña, miembro de un txoko, baserritarra y bizkaitarra, no se sabía por qué orden de prioridades y si todas estas cosas al mismo tiempo o en ciclos kármicos de samsara euskaldún. De cómo su hermano Arkaitz subía por la cara más afilada del Anboto y se le rompió la cuerda y se cayó, si bien tuvo suerte y se le había quedado prendido un testículo en un saliente de roca hasta que pudo llegar el equipo de rescate. Eso no lo arredró sino que le hizo acometer con más pasión el alpinismo, como si tener un cojón de menos lo hiciera más liviano para triscar entre los montes. Había hecho diez ocho miles: el K2, el Kanchejunga, el Lhotse, el Cho Oyu, el Manaslu, el Annapurna, el Gaserbrum I y el II, el Broad Peak y el Sisha Pangma. Lo financiaba una caja de ahorros vasca y otras empresas de Euskadi. Había muerto despeñado y congelado en el Aconcagua. Su madre no se le tomó nada bien. Se tiró una semana sentada en su mecedora del baserri hasta que Edurne se dio cuenta de que estaba muerta: empezaba a oler y se le habían secado los ojos de no pestañear. Había sido violada con quince años por un tío suyo hasta que se cansó de hacerlo porque le costaba más que un parto envainar su alfanje por entre tanta carne desbordante y fue cuando ella

lo demandó por maltrato psicológico y *bullying* aunque esto último no fuera muy procedente y así dijera el juez en la sentencia para sonrojo del abogado. Nos contó que en el bar de Abadiano hacían los mejores pintxos de tortilla con txaka, y nos invitó a ir de su parte. También hacían salgadugu, esto es, caldo sin sabor a cocido, que Euskadi es uno de los pocos sitios en el universo donde no se come ese plato, a pesar de que el clima es severo, no frío en exceso pero sí pertinazmente lluvioso hasta que la tristeza te va erosionando de forma que te emocionas con las canciones de Mikel Laboa aunque no entiendas una palabra, mientras que en sitios bochornosamente calurosos como Leuca se hace un cocido con pelotas que te deja sudando e inmovilizado hasta la noche y que se aprovecha los días siguientes para comer más de lo mismo, hacer arroz al horno y freir los garbanzos en aceite con la patata y lo demás que queda del cocido hasta que se quedan bien socarraditos y crujientes. Nos habló de su hermana, una de las primeras mujeres en Euskadi que había llegado a komisioaren, o como cojones se diga, de la Ertzaintza, ese cuerpo de policías tristes que viven en horripilantes pueblos turísticos de la vecina Cantabria, y a los que odian los cántabros por invasores y por haber deforestado la costa sin nada que envidiar al Levante o a Estepona, e incluso más los propios vascos, por considerarlos traidores a su propio país y sin posibilidad de escapar como les ocurre a los guardias civiles, que raro es que mueran en Euskalherria de lo bien pertrechados que van, pero que morían como ratas en los otros sitios en que el hacha y la serpiente los pillaba de improviso. Nos habló de que comer arroz, algo no muy habitual en su país, era de pueblos bárbaros como los negros, los indios y los valencianos, y del genocidio padecido por su pueblo a manos de los españoles y de los franceses, comparable al de los judíos y al de los armenios, que había visto el otro día en Euskal Telebista que se estaba conmerando el primer centenario. No sabía dónde hostias estaba la Armenia esa, que un vasco nace por donde le sale de las pelotas. Le hablé de lo de los hutus y los tutsis, y me contestó que no conocía esos pueblos de Euskalherria, que ella era del Gran Bilbao y empezó a echar pestes de los giputxis, y esos mariconazos de los de Araba. Y no quería hablar de los navarros, unos pichas frías, ni de los de Iparralde o el País Vasco Francés, que habían adoptado costumbres indignas de un vasco auténtico como comer porquerías como la mantequilla o las ostras, o jugar al fútbol con una mierda de pelota amelonada. Cuando ella veía un partido de *rugby* le entraba dolor de cabeza y le ponía enterma el que puntuase mandar la bola por encima de la portería, y encima mecagoenlahostia cuanto más alto mejor. Nos contó que había sido novia durante un tiempo del más ínclito

asesino en serie de la historia de Euskadi, un monje shaolin que había descuartizado a una mujer a la que tiraba poco a poco y en bolsitas a la ría de Bilbao, y que después había sido descubierto mientras torturaba a una prostituta. Se daba la circunstancia de que la víctima huía de un tipo que la estaba acosando y el monje shaolin la había defendido. La había llevado a su gimnasio con la excusa de que se tomase un té para relajarse, y ahí le había dado una brutal paliza. Los vecinos oyeron los gritos y avisaron a la policía. Pudieron sacar a la mujer viva, pero murió a los pocos días. La Ertzaintza estuvo dragando varias semanas la ría sin encontrar nada. El monje guardaba fotos de otras chicas sin identificar, en posturas raras, haciéndose las muertas. Una de ellas era Edurne. La había atado con unas cintas de cuero y le había hecho unas fotos. Las cuerdas se habían roto y, descorazonado, la había mandado a tomar por culo. Nos habló de Leopoldo María Panero, a quien había conocido en el psiquiátrico de Mondragon hasta que se fue a otra clínica en las Canarias o en las Baleares, como hacia años que venía pidiendo a su familia. Y siguió y siguió hablando de otras dos mil millones de cosas como si Bilbao fuera el centro de la tierra, su alcalde tuviera más poder que el presidente de los Estados Unidos y el Guggenheim fuera el museo de un vasco que hubiera establecido sucursales en Nueva York, Venecia, Helsinki y Abu Dhabi.

De pronto se perfiló un hilillo de humedad en la zona inguinal de su pantalón y ella se disculpó por cortarnos de esa manera la conversación: tenía ganas de ir al baño. Aunque Laura no fumase y yo hubiese dejado de hacerlo hacía unos meses, le pedimos un cigarrillo a Dris, salimos al jardín para tomar el aire y nos fumamos hasta la boquilla en nuestro afán de alargarlo lo más posible fuera de esa casa tan parecida al infierno, donde una vasca gorda, horrída y más loca que Hanibal Lecter inhalando cloretilo nos esperaba para hacernos picadillo con su virulenta verborragia. Me llegué a plantear si no había sido ella la causante de la eximia locura del más tarado de los Paneros, que se había ido convirtiendo antes de su muerte en un bufón que aparecía en programas de telebasura y al que hacían la pelota una cohorte de payasos pretenciosos que no habían leído ni un poema de Gloria Fuertes en su vida.

Cuando volvimos al salón principal suspiré de alivio al comprobar que no se hallaba ahí. Oí luego su voz de cacatúa vasca que se expandía en ondas sísmicas desde la cocina. Dris me cogió del hombro y me llevó hasta ella, como hacen los celadores con los presos condenados a muerte cuando los conducen a la silla eléctrica.

Todo pasó muy rápido o a cámara lenta, que viene a ser lo mismo, igual que había ocurrido quince años atrás. Las dos hermanas estaban en otra parte de la casa. La madre había metido la cabeza en el horno mirando no sé qué. Dris salió un segundo porque había recibido una llamada al móvil del trabajo. Laura estaba a mi lado con aspecto de haber envejecido treinta años. Hassan estiró los brazos como un gato, girando la cabeza hacia arriba de forma que su nuez resaltaba sobre el plano de su cuello tenso. En ese momento aprecié un destello de perversidad en los ojos de la vasca, que había cogido un cuchillo afilado con el que la madre mataba las gallinas cuando se aburría y lo levantó igual que Norman Bates en la ducha, de arriba abajo en dirección al pecho de Hassan, que de nada se enteró, inmerso como estaba en su desesperamiento.

Me lancé sobre la gorda y le arranqué el cuchillo de la mano. Ella lanzó contra mí su cuerpo de granito reblandecido por una bomba de protones y me mordió en el hombro izquierdo, maldiciendo en el euskera acerbo de las brujas vizcaínas en los akelarres. Sentí un punzón afilado, de los de la marca preferida de Jack el Destripador, que me pinchaba por dentro hasta la axila.

Vino Dris y con destreza de judoka experto me arrancó el cuchillo y me hizo una llave, doblándome la muñeca y dejándome inmovilizado y con cara de gilipollas. La madre mientras tanto había sacado una pistola no se sabe de dónde y me apuntó con ella diciéndole a su hijo en árabe que me soltase. Yo levanté los brazos en postura ridícula de película egipcia de cine negro.

Me condujeron al salón y cuando les conté que la gorda había intentado clavarle el cuchillo a Hassan me miraron con cara de incredulidad. La gorda dijo que estaba loco, que ella lo había cogido para cortar trozos de carne para el cuscús. No me creyeron, y en vista de que la cosa se iba poniendo muy violenta decidí irme con Laura para no volver nunca jamás.

Cuando salíamos de la casa la hermana mayor vino con una foto, de cuando aún las maquinas iban con carrete, en la que aparecíamos Ahmed y yo. Empezaron a hablar entre ellos en árabe, airadamente, hasta que se pusieron de acuerdo y Dris me dijo que era un enfermo, que no tenía derecho a molestarle a él y su familia, que no sabía por qué había vuelto al cabo de tantos años ni qué intención perversa anidaba en mí y otras cosas más que no oí porque puse pies en polvorosa.

Paré el primer taxi que encontré, recogimos en dos minutos todas las cosas del hotel, y le pagué al taxista la mitad por adelantado para que nos llevara a Ceuta. Dormimos en el parador y cogimos al día siguiente un barco para Valencia. De ahí fuimos a Leuca en tren y por una vez en mi vida sentí alegría de pisar la tierra que me vio nacer y donde me vomitaron en una noche

de ninots, hogueras y bomberos ávidos de ver lo que se escondía debajo de las ropas mojadas de las adolescentes.

Una semana después leí horrorizado, en el periódico del primer domingo de mes, la noticia de un sangriento asesinato cometido en Fez por una mujer de Abadiano, Bizkaia, llamada Edurne Olabegogekoetxea Iturbearrizabalaga, que había apuñalado a un joven marroquí, primo de su marido, un empresario del sector textil con el que se había casado tres semanas antes.

Diecinueve

Otro de los viajes fue a Cuba.

Aterrizamos un día de octubre en el aeropuerto de La Habana.

Las primeras noches nos alojamos en una preciosa casa colonial de La Habana Vieja. La dueña de la casa era una señora mayor y muy delgada, con las cejas pintadas, y que tenía un cierto aire a bailarina retirada de *ballet* clásico. Se llamaba Gladys. Dormíamos en una sencilla habitación con un cuarto de baño de una altura descomunal, de unos siete u ocho metros. Gladys nos contó que tenía un problema serio cuando se trataba de cambiar las bombillas, porque con el embargo nadie tenía escaleras tan altas. Le pregunté en qué había trabajado, suponiendo que había pertenecido al mundo del arte o de la música, y me contestó que había sido psiquiatra.

Nos dijo que la casa había pertenecido a su familia antes de la revolución. Fidel había expropiado las propiedades de los que se habían ido de la isla. Los que se habían quedado, aunque pertenecieran a la alta burguesía, habían conservado una y sólo una de sus casas.

Afortunadamente habíamos viajado en octubre y el calor no era tan asfixiante como en otros meses del año. También agradecemos la perenne sombra propiciada por los altos edificios y las estrechas callejuelas de La Habana Vieja.

Solíamos comer en un bar popular cerca de la casa de *miss* Gladys. Al cambio lo hacíamos por un precio ridículo y la comida era mejor que en los sitios turísticos, que por otro lado eran tanto o más caros que en Europa. A ella le gustaban los sabores genuinos. A mí, todo lo que salía de ella por poro, oreja, recto, vulva, nariz, ojo, boca o herida.

Una noche, buscando un sitio para cenar, entramos en una modesta casa que ofrecía comidas. En ella vivía un matrimonio con dos niños, en un antro sin ventilación, al pie de la calle. La mujer nos sentó en un vetusto sofá de cuero destripado y preparó la mesa. Nos refrescaba una hélice de un avión de

la segunda guerra mundial, reconvertida en ventilador gracias a la pericia de los cubanos. El plato era modesto pero rico: sancocho con arroz y yuca frita. El zagal de la cubana fue a buscar unas cervezas heladas. La mujer, con poco que se le tirase de la lengua, empezó a contarnos su historia. En Cuba todo el mundo esta desesperado por hablar, y no sólo para buscarse el sustento de cada día. Más bien, por la necesidad de mostrar al visitante cómo transcurre su vida, en unas circunstancias tan adversas que harían que cualquier ciudadano del primer mundo se sintiera abrumado y tirara la toalla.

Nos contaba la mujer cómo vivía con su familia en ese cubil sin respiraderos. Era ingeniera, pero había dejado el trabajo porque dar comidas le daba más dinero que los veinte dólares al mes que le pagaba el estado. Tenía un hijo de seis años con su compañero y una hija preadolescente de otro cubano que se había ido como tantos a Miami, escapando de la miseria. Su pareja actual era un señor calvo, enjuto y de edad imprecisa, con un aire permanente de mal humor.

Leonor, que así se llamaba la mujer, lo estaba pasando muy mal: había acordado con su hija que ésta, al acabar el curso escolar, se fuera a vivir con su papá en Miami. La hija nos enseñó fotos con él: un hombre que había tenido la suerte de escapar de la isla y que vivía de su trabajo, de escasa cualificación. La hija estaba deslumbrada por las cosas de clase obrera norteamericana de las que disfrutaba en Miami y por las chucherías que le enviaba de cuando en cuando, tal era la suma carestía de todo a la que estaba acostumbrada desde que tenía uso de razón. Madre e hija estaban destrozadas por una separación inminente y desgarradora.

Ignoraban ellas que faltaban unos pocos días para que el presidente Obama decretase el fin del embargo, medida que supondría un alivio inesperado para la maltrecha economía de la isla, y evitaría la separación de ésta y de tantas otras familias.

La historia había conmovido a Laura hasta el punto de que tenía los ojos llorosos. Le había tocado la fibra: sus circunstancias habían sido de alguna manera análogamente penosas. Chica de clase media-baja en Bulgaria, y buena estudiante, que tiene que hacerse puta en España para salir de la miseria, o mas bien para llevar una vida cómoda, pagándose su carrera, ayudando a sus padres y asumiéndolo sin mucho dramatismo. Pero era más duro para la mujer cubana y su hija, pues el destino previsible para salir de esa situación era hacerse jinetera por unos pocos dólares o en el mejor de los casos amante de algún privilegiado del régimen. Y así lo percibía Laura con

esa sensibilidad suya de la que yo no podía hacerme más que una idea vaga, imprecisa, incompleta.

Había un pequeño altar con las divinidades de la santería que Proliferan por todas las casas de Cuba. Le mostré a Leonor mi interés por las figurillas.

Nos habló de Olodumare, el dios universal del que proviene todo lo creado. De los orishás, que velan para que cada ser humano cumpla el destino que tiene marcado desde su nacimiento y que están asociados engañosamente con los santos cristianos. De Babalu Aye el muertero, identificado con San Lázaro, que cura las enfermedades venéreas y de la piel, la lepra, la viruela y las plagas, con sus piernas torcidas y el espinazo doblado. De Eleguá, dueño de todos los caminos y de las puertas, con poder sobre los ángeles buenos y los malos, y vinculado al Santo Niño de Atocha.

Nos habló también de Obatalá, dios varón para los yorubas y Virgen de las Mercedes en el santoral católico, señor de todo lo blanco, de la cabeza, de los pensamientos y de los sueños, y que acompaña a Dios a la tierra para ver la creación por primera vez, con sus veinticuatro avatares y su castillo de dieciséis ventanas. De Changó, deidad del trueno y señor de la Justicia y la buena fortuna, asimilado a Santa Bárbara, vestida de rojo y siempre con su espada.

De Ogún, el mensajero de Obatalá, dios del hierro, de la guerra y las armas, protector de la religión, asociado con San Pedro y San Pablo y que pide sacrificios de chivos, carneros, pollos, gallinas, guineas, caracoles, babosas, tortugas, palomas y un perro de cuando en cuando.

De Agayú, o San Cristóbal, al que se ofrendan berenjenas, melado de caña, palanquetas de maíz y galletas de soda pero siempre en número de nueve. De Inle, el médico, equivalente a san Rafael, el arcángel que cura y sana, que bebe vino dulce acompañado de lechuga, berro, boniatos y naranjas. De La Virgen de Regla o Yemayá, diosa de la maternidad y del mar, señora de la providencia y la fraternidad, la de los collares de cuentas azules que deben ser múltiples de siete, y que cura a los niños con rosas blancas, camarones, alcaparras y huevos duros.

Nos habló de Oshún, diosa de los ríos y del oro y Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, dueña del amor y la sexualidad, y que en sus bailes enseña la miel de su vulva a los hombres. De Oyá, sincretizada con la Virgen de la Candelaria, diosa del cementerio, dueña de los vientos, esposa de Changó, madre de nueve espíritus muertos, con veintitrés nombres, y que sacrificó dieciocho mil caracoles para tener hijos. Y de otros de los que no me acuerdo.

Sus orishás preferidos eran Changó y Eleguá, es decir, Santa Bárbara y el niño Jesús, representados por muñecos infantiles con vestidos que había cosido ella misma y que tenían al lado unas flores que debían estar siempre frescas y recién cortadas, como las rosas de los cementerios.

A pesar de que te quisieran convencer de que era un sincretismo entre dioses africanos y santos cristianos, yo vi más de los primeros que de los segundos, lo que se manifestaba en varios hechos a mi juicio muy obvios: en el mantenimiento del orden de los dioses yoruba y en la ruptura de la jerarquía católica, puesto que ocupaban los lugares más importantes santos menores, como Santa Bárbara y San Lázaro; en que la Virgen fuera una diosa de la sexualidad, con lo que de virgen e inmaculada le quedara muy poco; en que Cristo ocupara un papel muy secundario y más fuese un orishá niño-dios, como Cupido, que un hijo de Dios enviado por éste para salvar el mundo; y por último en que en todas las casas, por lo menos en las que nos invitaron a entrar y con cuyos moradores hablé, el más venerado era Changó con su espada, un dios de la virilidad que tampoco tenía mucho que ver con ningún santo cristiano y cuya adaptación al cristianismo había sido algo forzada, como lo corroboraba su cambio de sexo.

La mujer nos propuso conocer a una sacerdotisa de la santería o espiritista, como allí los llaman. Ella misma se encargaría de comprar las cosas necesarias para la ceremonia: ron, ciertas hierbas, flores, y cocos. Quedamos a las diez de la mañana del día siguiente.

Esa noche de vuelta a la casa de *miss* Gladys nos encontramos con gente bailando en la calle. Nos quedamos mirándolos y nos invitaron a unirnos a ellos. En una tienda que había al lado y que no había cerrado aún compré una caja de botellas de ron. Los cubanos se alegraron mucho: cada botella valía el sueldo de un mes. No me atreví a bailar porque soy bastante torpe. Laura bailó con un mulato enorme y con su hijo de siete u ocho años, que se movía con el frenesí de los houngan poseídos por los dioses del vudú. Al llegar a casa de *miss* Gladys, el gato me esperaba en la puerta para que lo acariciase.

Sonó el despertador a las nueve de la mañana. Moví un poco a Laura para que se despertara. Ella no parecía muy por la labor. Como quiera que yo insistiera algo más, abrió un ojo con fulgor de enfado:

—Tendrás que irte tú sólo. Me duele todo. Anoche te portaste como un bestia. Y mira que he conocido a tíos bestias en todo el tiempo que he trabajado de puta.

Tenía razón. Para una chica que se había acostado con dos mil tíos, es un decir, en el último año, no era lo más perentorio encontrar a alguien con un

furor sexual desenfrenado. De esos habría conocido a más de uno y estaría más que cansada. Fue la primera vez que experimenté el temor de perderla. Algo que, en los últimos meses, en los que me había limitado a disfrutar de mi felicidad, todavía no había sentido. Caí en la cuenta de que lo que valía para una chica normal no valdría para otra saturada de sexo del descarnado y sin preliminares. Me escocía el pene: eso me hizo recordar las cosas que había hecho durante la noche. A ella también le escocería lo suyo, pensé por lógica. Preferí dejar las disculpas para más tarde y me fui a la ceremonia santera, solo, confuso y enamorado.

Cuando llegué a la casa, Leonor me presentó a Tania, la espiritista, una mujer menuda y seria que iba acompañada de su pareja, Andrés, un joven coqueto, de barba corta y bien delineada y que le hacía las veces de ayudante de ceremonias. La sesión se iba a desarrollar en la habitación del matrimonio, por lo que tuvieron que sacar la cama o mejor dicho el colchón sobre el que dormían.

La santera daba instrucciones a Leonor acerca de la escenografía necesaria. Pusieron las flores alrededor de la habitación y rociaron un perfume. Tania daba importancia al sitio en el que se sentaban todos, tanto ella como los demás.

Me contó que lo había pasado muy mal de niña hasta que pudo conllevar el don con el que había nacido. Lo había heredado de una abuela y desde que era pequeña había tenido episodios de estar poseída por personas muertas. En Cuba, más que un hándicap, esto suponía un motivo de prestigio social, si bien ella se lamentaba de los problemas que estos encuentros con los espíritus le habían ocasionado. La frecuentaban cinco o seis de ellos, cada uno con un carácter diferente.

Le había costado al principio asumirlo, y más de una vez había tenido que alejarse de la santería y dejar de ejercer su ministerio por un tiempo. Últimamente lo llevaba mejor y conseguía de esta forma ayudar a las personas de su entorno sin que interfiriese en su vida privada que, según ella contaba, era ahora del todo normal. Y también ganaba un dinero que no le venía mal, habida cuenta de las estrecheces económicas que se pasaban en Cuba. Cobraba la voluntad, y siempre según el nivel económico de los asistentes, algo más como era de entender en aquellas ocasiones en que lo hacía para extranjeros.

La posesión llegó por medio de unas salmodias y aspersiones de agua perfumada, mientras Tania tomaba ron y daba caladas a un puro cubano. Para mi espanto, después de estos prolegómenos, la santera se había convertido en

una persona completamente distinta. No era ella y eso lo puedo afirmar sin ninguna duda: la expresión, la voz, los ojos, eran otros. Algo o alguien se había metido dentro de ella. Tania se había ido a otra parte y había dejado solo su cuerpo para que lo tomase ese ser nuevo que nos miraba desde ella. Las pupilas tenían un fulgor negro de estrella apagada, y el blanco de los ojos se había teñido del color amarillento de la ictericia. Te miraba con un ángulo desviado, oblicuo.

Hablaba raro: a veces no se le entendía y su ayudante tenía que ir traduciendo. No era en dialecto cubano, sino en el dialecto del demonio. Su discurso rompía las reglas sintácticas pero mostraba una coherencia interna completa dentro de su repulsiva degradación. Recordaba a latín vulgar y corrupto hablado por monjes borrachos o por comerciantes vikingos. Un olor fétido acompañaba las palabras que salían por la boca de la médium, a la que solo le faltaba vomitar algo de papilla verde.

—Bon dia, estimáis senyors. M' hi presente. Sóc Ausiás, un esprít burlaner. He entrat dintre d' esta mala puta a la que li diuen Tania. Vine a fotre'ls a tots vostés amb tot el meu voler.

Miré a Andrés: mi mirada debió de ser ella un expresivo signo de interrogación, gestando un feto de extrañeza.

—El compadre se presenta. Es Sosias, uno de los espíritus que más rondan a Tania. Suele hablar con un lenguaje soez, como pueden darse cuenta sin mucho esfuerzo.

Esto último creo que era de lo poco que habíamos entendido de sus palabras.

Tomé la iniciativa. Estar hablando con un espíritu burlón poseyendo a una santera cubana no era cosa de todos los días.

—Sosias. ¿Desde donde nos hablas?

—No em diuen Sosias, sino Ausiás. Tiñe nom de poeta del segle xv. Estic en el més enllà, fill de puta. ¿Saps el que més m'agradaria ara? Barrinar-me tot sol a la puta que tens com a núvia. Pena que estiga mort... On anirás tú en breu, cabro de merda. Si em veres ara viu, veurías com li la clau amb esta verga enorme que tiñe. Cree que no l'has coneguda verge. Abans de ti se t'ha adelantat algún altre. No sé si amb alió que et dic t'estic trencant el cor.

Andrés me miró y con un gesto le indiqué que iba entendiendo la lengua degenerada de Sosias.

La sesión se desarrolló durante ocho horas y llegué a tal punto de agotamiento que estuve al límite del desmayo. Necesité un día entero para recuperarme. Creo que en parte era la estrategia de la espiritista para lograr un

mayor influjo sobre los asistentes. Que pasaran las horas a una intensidad endiablada entre el calor extremo y la falta de ventilación. Todo ello, unido al abundante ron y al humo envolvente de habano, hacía que entraras un estado más o menos parecido al en que estarías si hubieras consumido una amanita de esas de las que crecen entre los excrementos de las vacas, un cartón de Isd o alguna otra sustancia psicotrópica.

Lo que sí que tengo claro es que, Sosias o la médium, quien fuera de los dos, tenían algún tipo de fuerza telepática o de poder mental que hacía que se metieran dentro de tu cerebro y deambularan por él con la libertad de las amas de llaves de las mansiones inglesas en las novelas decimonónicas.

A mitad de sesión vino Laura, que no había podido resistir la curiosidad, o bien el aburrimiento de pasarse el día entero sola. Laura tenía sus reparos hacia la santería. Además, y a diferencia de mí, había interpuesto unas barreras de contención que impidieron que entrara Sosias o Tania dentro de su mente.

Sosias me dijo que era hijo de un abogado, cierto; el menor de tres hermanos, cierto; que disfrutaba de una situación acomodada, cierto; que andaba inmerso en una creación artística o pseudo artística, cierto; mi primera experiencia sexual, cierto; el aborto de Marta y sus posteriores y lógicos deseos de ser madre, cierto; lo del furor uterino de la otra chica, cierto; la enfermedad mental y subsecuente suicidio de mi hermana, cierto; lo de cuando vi al perro degollado en la perrera y todo aquel tiempo en que esa imagen no me dejaba dormir, cierto; y no sé cuántas cosas más que eran también ciertas.

Laura me recriminó después que las cosas que Tania me había adivinado no eran para tanto; que muchas de ellas las había contado yo primero y que ella se limitaba a repetirlas aprovechándose de mi confusión mental y de mi incapacidad para percibir el orden cronológico de los hechos, o para recordar las cosas que había dicho; y que todo lo que había acertado conmigo lo había marrado con relación a ella. Yo pensaba que ello se debía a que estaba a la defensiva y a que no se había dejado llevar, más que a un intento de timo o engaño por parte de Tania. Este tipo de cosas no te pasan si no te prestas a ello. Fuera cierto o no que hubiera un espíritu o que la santera tuviera poderes telepáticos, para mí no ofrecía duda que todos los cubanos presentes creían a pies juntillas en ello, incluida la misma vidente. Que se tratase de una posesión verídica, de un trastorno mental mitificado o de un rol chamánico santificado por un entorno social proclive a ello, poco me importaba.

La sesión se acabó de golpe cuando Sosias clavó en mí sus ojos amarillos de piel de culebra, con mirada turbia de muerto, y dijo:

—Veig una cosa que em dona molt de por. Tres xiquetes mortes. Una amb el coll badat. L'altra Mangada peí buit. Y la tercera cremada. Veig també unes mans tallades que et tenen turmentat. ¿Per qué et turmentes així per les mans tallades? ¿Per qué penses a les mans tot el temps? I els dents. Veig ara els dents. Algú els está traent. Amb uns instruments de dentista. Li'Is trauen mentres la xiqueta está viva. És un home el que ho está fent...

Leonor y el novia de la espiritista se miraron con extrañeza. Lo que había ocurrido no entraba dentro del guión. Le corté antes de que tradujera. Estaba convencido de que Laura no era capaz de seguir el velocísimo parloteo de Sosias y no quería que supiese nada de lo que se estaba diciendo.

Tania se me quedó mirando durante un minuto aproximado, y no dijo nada durante ese tiempo. De repente, se puso a recitar una lista de nombres raros, que supuse eran de espíritus demoníacos como Sosias: Mestre, Ponent, Xaloch, Levant, Grech, Migjorn y Tremuntenal. Su marido pensó que era el momento de despertarla. Le dio tres o cuatro bofetadas que restallaron como latigazos dados a un mulo cargado de bombonas de butano negándose a andar. La santera no recordaba nada cuando volvió en sí. Pagué el dinero convenido a Leonor y algo más para que mantuvieran la boca cerrada e hice que nos fuéramos con celeridad.

De La Habana partimos para Cienfuegos. Conseguimos alquilar un lamentable coche chino al que no le funcionaba el freno de mano. Tenía que apoyarlo contra el bordillo o una piedra grande para asegurarme de que no se moviera después de aparcarlo.

Encontramos una casa encantadora situada en una estrecha lengua de mar que daba al mar del Caribe por uno y otro lado. Como solía pasar con todas las casas buenas en la isla, pertenecía a un jefe del CDR, o Comité de Defensa de la Revolución, el gran hermano que vigila en cada barrio.

Había un chico en la casa de al lado, también vasco, había que joderse. Saltó el muro divisorio para saludarnos. Era deportista minusválido y había estado en los últimos juegos paralímpicos de Sochi. Le habían cortado una pierna aunque se movía ágil con su prótesis de fibra de carbono. Nos habló de su accidente de moto y de cómo todo había cambiado en su vida después de eso. Y de las mezquindades de su trabajo, en la banca privada, que le amargaban más que el terrible accidente sufrido.

Al volver a la casa donde estaba hospedado resbaló, se dio una hostia tremenda contra el muro y se cayó al agua. Nadaba muy bien pero no pudo

impedir que la pierna ortopédica se hundiera rápidamente con un gluglulú que miramos ensimismados. Sonriendo nos dijo que la prótesis a veces se le iba a tomar por culo pero estaba acostumbrado. Saltó el muro y siguió su viaje con una sola pierna. No sé cómo se las apañaría para conducir. En Cuba no existían los coches automáticos. La suya era una historia admirable de superación.

Nos quedamos solos. Era la hora de los mosquitos, un poco antes del anochecer, pero éstos nos respetaron porque era nuestro viaje de novios. Las olas nos acariciaban los pies desnudos mientras cenábamos langosta con plátano frito y arroz congrí. Laura hablaba y comía, escupiendo sin darse cuenta trozos de crustáceo masticado. Se le quedaron algunas cáscaras entre los dientes, que realzaban lo más blanco de su dentadura. Orinó para mí con los pies metidos dentro del agua enseñando su sexo dorado al dueño de la casa que miraba furtivo y a las estrellas que parpadeaban en desconcierto. Todo transcurría plácidamente. Laura no se había enterado de lo que había dicho la santera, aunque hubiera mostrado su extrañeza porque nos fuéramos de forma tan precipitada. Como lo de la santería ni le interesaba ni le agradaba, no hablamos más del tema.

Me habló de su infancia en Bulgaria en un pueblo de rosales blancos y tomillo. Del chico retrasado que la perseguía porque no entendía lo que decía y pensaba que eran insultos. Ella corría contenta delante de él. Una vez se dejó coger y se le puso encima pero no supo hacer otra cosa que llenarla de babas. De los caracoles lentos que cazaba y que su madre echaba vivos en el agua hirviendo. De cuando con diecisiete años una amiga le contó cómo conseguir dinero fácil con los rusos que iban a hacer inversiones en la capital y que ocupaban plantas enteras de uno de los pocos hoteles de cinco estrellas de Sofía.

En una de esas fiestas, cuando aún no había cumplido la mayoría de edad, fue la primera vez que tuvo algo de dinero. Los rusos apenas las tocaron y se limitaban a tomar vodka. Las chicas lo hacían con chicos jovencísimos delante de todo el mundo. Filmaban películas privadas y traían consigo un director de cine. También estaba la chica más cotizada de Rusia, una tal Angelina Rostov, que cobraba seis mil euros por escena. Fue muy simpática con Laura y sus amigas y les ayudó a que todo fuera más sencillo. No era nada diva y compartió con ellas una parte de lo que había ganado. Filmó una escena con ella y otros dos chicos. Laura la besaba en la boca y los adolescentes penetraban analmente y por turnos a la rusa. Todos ellos se

ajustaban al mismo patrón de efebo lampiño, delgado y de piel pálida, preferentemente con el pelo moreno.

Aunque no se filmó nada de contenido homosexual, aparte de las escenas lésbicas, algunos chicos desaparecían durante un rato con los clientes.

La única vez que lo tuvo que hacer con uno de ellos, se trataba de un hombre de unos cincuenta años, que hablaba como una serpiente y que la embestía con tanta fuerza que durante unas horas se sintió como si le hubiese vaciado el estómago un médico abortista chino, en la época más dura de la política del hijo único. Mientras él la atravesaba, robándole su energía, ella leía abducida el cuerpo que la cubría como una manta maligna. Tenía tatuadas estrellas, calaveras, torres y eses dobles. Alguien le dijo que era un jefe de la mafia rusa, con inversiones en empresas de gas natural.

Laura aprovechó para guardar parte de la droga sin que la vieran. Con lo que pudo recoger se pagó el billete a España y le dio para vivir hasta que empezó a ganar dinero en La Casa Roja. No le gustaba mucho hablar de sus padres y yo nunca le preguntaba más de la cuenta.

Veinte

De nuevo en La Habana, donde pensábamos dormir los últimos días antes de coger el avión de vuelta a Leuca, pasamos por delante de la ópera de Cuba. En el cartel se anunciaba la representación del Parsifal de Wagner, la más larga y mística de las óperas alemanas. Me picó la curiosidad verla interpretada por cantantes cubanos. Compramos entradas para esa misma noche.

Ya la había vista entera y en directo en dos ocasiones. Una vez en Budapest y otra en el festival de Bayreuth, dirigida por un noruego. La ópera sin interrupciones, escuchada en DVD, duraba cuatro horas y media. En directo, contando los descansos, casi siete.

La dirección artística me sorprendió. El malvado Klingsor se había convertido en el consejero delegado de una gran empresa farmacéutica que tenía en Marbella su centro efectivo de operaciones. Los caballeros del Grial eran un grupo de científicos que, bajo la dirección de Amfortas y su anciano padre Titurel, habían montado un laboratorio independiente en Monsalvat, Cataluña, y pretendían encontrar la vacuna del virus del sida, haciendo frente a los imperativos de la medicina convencional, que iban muy en la línea de los dictados marcados por los *lobbies* farmacéuticos. Kundry era una espía industrial contratada por Klingsor para contagiar el vih a Amfortas y de esa forma impedir que continuase dirigiendo al equipo de investigadores. El malvado Klingsor conseguía de esa forma que todo el trabajo de Amfortas y sus colaboradores quedara desacreditado, pues quién podría creer al rey de los caballeros-investigadores si ni siquiera era capaz de salvarse a sí mismo.

Amfortas y el resto de los caballeros van a ser derrotados por las farmacéuticas cuando aparece un joven que ha matado un cisne, al que habían conseguido inocular el vih y que había proporcionado datos muy relevantes al equipo de médicos, aunque de difícil extrapolación a los humanos. Todos se lamentan por una pérdida tan valiosa («Weh! Weh!» - «¡Dolor! ¡Dolor!»). El

joven es Parsifal, brillante investigador novel que sostiene la tesis de que el sida no está producido por el VIH sino por otras razones diferentes, principalmente deficiencias inmunológicas debidas a ciertas costumbres alimentarias y estresantes de la sociedad posmoderna. En un principio los caballeros del Grial lo toman por imbécil, pero Parsifal no cede en su empeño y piensa acudir a las oficinas centrales del imperio farmacéutico de Klingsor, con la intención de obtener ciertos estudios que éste pretende ocultar para que el mundo científico siga negándose a admitir cualquier cambio de paradigma respecto de las causas del sida y su tratamiento.

Parsifal asume decididamente su rol de héroe y salvador cuando al final del primer acto asiste a la misa-experimento presidida por Amfortas y a quien acompaña su padre Titurel aquejado de cáncer terminal («Zum letzten Liebesmahle» - «Esta última cena santa»). Entonces es cuando Parsifal experimenta una iluminación que le hace renegar de las concepciones clásicas de la medicina sobre el sida, el cáncer y otras muchas enfermedades.

El primer acto termina con Amfortas, limpiando a su padre, Titurel, completamente desnudo y manchado de excrementos, mientras se atormenta por la vergüenza y el sufrimiento («Wehvolles Erbe, dem ich verfallen») y pide perdón a su padre («Erbarmen!»). Pensé que el anciano se había cagado de veras, porque llegó un olor muy fuerte hasta la fila de butacas en que estábamos sentados.

Salvo algún despistado, no se aplaudió al final del primer acto, como era el deseo del compositor.

En el acto segundo llega Parsifal a los dominios de Klingsor en Marbella, en la época de mayor corrupción urbanística, de cuando los concejales tenían mirós en el cuarto de baño. Éste intenta seducirlo mediante un harén imponente de muchachas en flor y hacer así con él lo que hizo con el rey de los caballeros del Grial. Ahí se manifiesta el temperamento lascivo de Parsifal, que a punto está de sucumbir y de contraer el sida, la hepatitis, la gonorrea y un sinnúmero de enfermedades venéreas de las doncellas, que de eso tienen poco, y que le dicen a Parsifal que culmine ya («Komm, komm, holder Knabe!»). Pero un inesperado gatillazo de Parsifal impide que este pueda rubricar el coito con las doncellas-flor.

Entonces Klingsor, que en el fondo es el que maneja los hilos de todas las farmacéuticas, envía a Kundry para corromperlo. Kundry tiene una habilidad única, y es que es capaz de saber cuál es el punto débil de cada hombre. Conoce la pasión oculta de Parsifal por lo caribeño: le desnuda, le acaricia por

delante y por detrás para excitarlo, y le dirige el pene hacia las nalgas abiertas de un joven cubano. Parsifal descarga toda su pasión sobre el mulato pero, por fortuna, no contrae ninguna enfermedad de transmisión sexual. Parsifal se acuerda del sufrimiento de Amfortas («Amfortas! Die Wunde! Die Wunde!») e intenta justificarse aduciendo que lo suyo con el cubano es algo que se mueve en el ámbito de lo estrictamente platónico, aunque el trasero dolorido del efebo parece contradecir este pronunciamiento.

Parsifal, arrepentido, consigue de los sótanos del castillo de Klingsor los estudios que demuestran la ineficacia de los medicamentos de las farmacéuticas, así como el éxito de un tratamiento llevado a cabo con un medicamento natural pero sintetizado, no patentable y de escaso costo, de menos de un dólar por monodosis.

En el tercer acto aparece Parsifal al cabo de varios años consagrados a demostrar empíricamente la eficacia del medicamento milagroso para el sida. Se encuentra con Gurnemanz y le cuenta el resultado de sus provechosas investigaciones, que desea vehementemente explicar a Amfortas («Zu ihm, des tiefe Klagen»). Gurnemanz le cuenta que Titurel ha muerto de cáncer y que a Amfortas le queda un telediario.

La siguiente escena es el entierro de Titurel, en el que están presentes los caballeros-investigadores del Grial de la nueva medicina alternativa. Amfortas se encuentra aquejado de una severa neumonía, debida al lamentable estado de sus defensas, y desea acompañar a su padre al cielo de los dioses nórdicos («Mein Vater! Hochgesegneter der Helden!»). Parsifal le administra el medicamento milagroso por medio de la lanza de Longino, único remedio para su mal («Nür eine Waffe taugt», «Sólo sirve un arma»).

Amfortas, sanado, enseña el Santo Grial, que en realidad es un libro-vasija traído desde el futuro por unos venusinos en un estadio de civilización mucho más desarrollado que los humanos, hasta el punto de que han conseguido una inmortalidad orgásmica que los tiene algo ensimismados. Ese libro-Grial contiene el saber médico del futuro para la curación de las enfermedades del siglo XXI y siguientes, y que los caballeros tienen por misión custodiar.

Se descubre entonces que Kundry es una androide especialmente diseñada por Klingsor para encontrar el punto G de los hombres, que algunos dicen que se encuentra en un lugar impreciso entre el perineo y el ojo del culo, más cerca del segundo que del primero, y con la querencia hacia uno de estos dos extremos de ciertos toros que tienden más a cornear con un asta antes que con la otra; así lo explica el Cossío y otros manuales del arte del toreo y lo

confirma la cuenca vaciada del ojo de cierto torero que ha visto aumentar a resultas de ello y de forma considerable su caché.

Los caballeros del Grial la aporrean inmisericordes hasta matarla. Parsifal le arranca el corazón con la lanza sagrada y lo lanza al público.

Cayó el telón y el teatro ovacionó con estruendo a los exhaustos músicos y cantantes. Salió el director artístico a saludar mientras sonaba Jimmy Sommerville cantando «There's More to Love than Boy Meet a Girl», una canción de los Communards que solían poner mucho en los garitos gays de Leuca, adonde iba a tomarme la última copa cuando no quedaban más bares abiertos en los que poder pillar farlopa a ciertas horas de la noche.

Me conmovió sobremanera la patética estampa de Anfortas, caracterizado como un enfermo de sida en fase terminal, a pesar de su oronda figura. La ropa negra y el maquillaje hacían el milagro de estilizarlo. Las siete horas de representación también harían su parte para acentuar este aire doliente.

Yo estaba convencido de que muchos de los cantantes no sabían ni una palabra de alemán. Memorizar párrafos y párrafos de heroicos versos sin entender una palabra me parecía una proeza añadida a la ciclópea tarea de representar la ópera más larga de la historia. Como esos musulmanes pakistaníes o indonesios que se aprenden el Corán sin saber nada del árabe, fuera del salam aleykun, el aleykun as salama, el shukram o el afwán.

En los palcos había autoridades del régimen, barbados y vestidos con el uniforme militar de la revolución, aunque había también bigotes a lo Raúl. En los descansos entre actos acudíamos al bar de la opera a trasegar piñas coladas, una detrás de otra.

En el segundo acto, durante el baile de los doncellas-flor, Laura me hizo una felación que me alivió una incipiente acidez de estómago, no sé si producida por la ingesta de ron o por el empacho de tanta cantinela en la lengua de Goethe y ese cocktail tan indigesto de violines, violas, celos, contrabajos, arpas, flautas, oboes, clarinetes, cuernos ingleses, fagots, contrafagots, cuernos franceses, trompetas, trombones, tubas, timbales, y hasta campanas de iglesia e instrumentos simuladores de truenos, además del infinito número de personajes que era tal que, en las dos veces que la había visto antes, el suplente había tenido que cantar desde su atril, de pie y sin actuar, más de un papel de alguno que se había indispuerto.

Estábamos en una de las primeras filas, muy cerca del escenario. Me pareció que en algún que otro momento Amfortas clavaba sus ojos sobre Laura. No me sorprendió: otras ocasiones que habíamos ido al teatro nos había pasado lo mismo, es decir, que el actor se había fijado más de la cuenta

en la manifiesta belleza de Laura, e incluso se había quedado algunos instantes en blanco a causa de un desconcierto sobrevenido. Esto hacía mucha gracia a Laura.

Veintiuno

A la salida de la ópera dimos un paseo hasta la mansión de *miss Gladys*. A esa hora refrescaba y era agradable caminar por entre las desvencijadas casas de La Habana.

Alguien nos llamó desde atrás. Era Amfortas. Se había puesto la escasa ropa que requiere el clima de Cuba y con tanta rapidez que no había tenido tiempo de desmaquillarse. El rímel de los ojos hacía que conservase la expresividad teatral del personaje. Era inmenso visto desde cerca. Medía más de metro noventa y estaba gordo como un pavorotti atiborrado de cortisona. Me maravillé de que en el escenario hubiera podido pasar por enfermo de sida.

—Perdonen que les pare así en mitad de la calle. Creo que nos conocemos de Leuca. Mi nombre es Claudio Corvino. Perdónenme, pero me he sentido emocionado de que hayan venido a verme desde mi ciudad. Le conozco a usted. Escribe en los periódicos. Soy seguidor fiel de sus columnas. Me gustaría invitarles a tomar una copa esta noche en un *cabaret* cercano, con toda la compañía de la ópera.

El barítono no era cubano sino español y, qué casualidad, de Leuca. Y decía conocerme. A Laura le pareció gracioso que un personaje de Wagner se hubiese escapado para abordarnos así, tan bruscamente. Le recordaba a La Rosa Púrpura de El Cairo, que habíamos visto poco antes de salir para Cuba, en la que el personaje de una película, cansado de estar haciendo siempre lo mismo, salta de la pantalla deseoso de tener experiencias en la vida real.

Acompañamos a Amfortas a un club, al que fuimos en uno de esos larguísimos coches americanos de los años cincuenta. Un *cabaret* adonde habían ido después de la representación el resto de los cantantes y músicos del Parsifal.

Me los presentó Amfortas, que parecía ser el personaje con mas carisma de la representación, dejando eclipsado al mismo Parsifal, al que por otra

parte nadie hacía mucho caso porque era incapaz de soltar una frase inteligible en español o bien estaba ya demasiado borracho para que se le entendiera. No sé si fue el que me introdujera como un escritor célebre en España, o el verme acompañado de Laura, pero me di cuenta de que todo el mundo me prestaba bastante atención.

Hablé con el director artístico, un colombiano joven y con perilla. Me contó que era homosexual, y que había creado este montaje para el Parsifal en homenaje a su novio, Andreas Leritz, un naturópata alemán, fallecido dos o tres años antes, que se había hecho famoso en España y que había escrito varios libros en la línea de la Nueva Medicina Germánica o Antimedicina.

Me extrañó lo que me dijo, porque en el libro dedicado al sida decía Leritz que la causa de la enfermedad eran las prácticas de sexo anal, por ser poco higiénicas. Idea está en nada distinta a las primeras explicaciones que surgieron allá al principio de los años 80, cuando empezaron a surgir casos de personas célebres como Rock Hudson, Michel Foucault o Freddie Mercury, y ciertos sectores cristianos fundamentalistas consideraron esta enfermedad como un mal lanzado desde arriba por un Dios harto de tanta promiscuidad, para castigar a los sodomitas, que habían llegado, en su depravación, a violar monos de distintos tamaños y especies en una aldea por determinar de algún rincón perdido del África más negra.

Esta tesis me había parecido siempre absurda y carente de la más mínima consistencia, pues lo mismo se podía haber entendido aplicable a los transgresores en las carnes de las gallinas y las ovejas, y ningún virus maligno se había extendido por la península ibérica, a pesar de que era un lugar común referido a ciertas zonas rurales, en que la carencia de unas nalgas humanas donde golpear tenía que suplirse con lo primero a lo que uno pudiera echar mano. Era frecuente en los pueblos encontrar, entre las crías de cordero, cabra y hasta de borrico, parecidos con los dueños de las reses u otros vecinos del lugar. Incluso había habido un caso famoso, que había aparecido en los periódicos, de un agricultor manchego o segoviano al que se le había caído un muro en mitad del acto con una integrante del género de las gallináceas, y muerto se había quedado así, como congelado en una instantánea, y revelando su nefanda transgresión con carácter post-mortem. Dicen que se discutió en el pueblo intensamente si enterrarlo en camposanto o no, y si había que amputarle el bálano para desasirlo de la gallina, puesto que el *rigor mortis* de los dos lo hacía imposible. Finalmente se recurrió a un cerrajero, hábil desengrasador, que cobró a la familia un plus por lo escabroso de su

cometido, y se optó por una ceremonia discreta con un cura liberal y comprensivo, en la línea más progresista del Concilio Vaticano II.

Con el director artístico surgió el tema de la homosexualidad latente en todo el Parsifal, cuestión que había sido estudiada por varios historiadores de la música. Debussy, el gran genio musical del siglo xx, enemigo declarado de Wagner, al que llamaba «el viejo envenenador», ya había sugerido esto, al decir en 1903 que «el ambiente en Parsifal es ciertamente religioso pero ¿por qué ciertas voces infantiles tienen tan equívocos arrullos?».

Según Charles Osborne, un importante crítico de ópera: «Es posible ver el Parsifal únicamente como una enfermiza y decimonónica fantasía homoerótica»; para Robert Gutman, otro experto en Wagner, Parsifal es «una melancólica pesadilla de ansiedad aria cuya monástica homosexualidad no es diferente al compañerismo de las tropas de Ernst Rohm».

El mismo Nietzsche había hecho alusión en La Genealogía de la Moral a aquella «tan poco varonil candidez campesina» de Parsifal.

Cuentan que a Wagner se le aplicó el mote de Lolotte, derivado de Lola Montes, a raíz de sus relaciones amorosas con Luis II. Wagner llamaba a Luis «mi Parsifal». Cósima Wagner, hija de Franz Liszt y segunda esposa de Wagner, expresaba en su diario sus celos de un modo nada velado. Cuando Wagner fue desterrado a Tribschen, Suiza, en 1866, Luis II le dijo que pensaba abdicar para irse a vivir con él, pero Wagner le contestó que pensase no sólo en el amor que se profesaban, sino también en su pueblo. Esto no pudo impedir que se presentase al poco tiempo en la villa de Wagner, para vivir con el hombre a quien amaba.

Sostenía el colombiano que Parsifal era la primera ópera gay de la historia, y que el racismo de Wagner no era tal, sino una forma enmascarada de homosexualidad, que se había refugiado bajo la exaltación del amor idealizado entre hombres arios. Me explicó que había querido ir un paso más allá. Estaba claro que la negativa de Parsifal a dejarse seducir por Kundry, más aun si la comparamos con la castración que se inflige Klingsor para evitarlo, revela no un sacrificio, sino una imposibilidad sexual derivada de su condición gay. Y había querido poner de manifiesto esto, mediante la escena en que Parsifal sodomiza al mulato. Yo no hacía más que pensar en la homofobia de Andreas Leritz, y que cómo se comía eso, pero al final me mordí la lengua.

En una mesa estaban las bailarinas de la danza de las doncellas-flor. Amfortas nos las presentó, e insistieron en que nos tomásemos un ron con ellas. Era un grupo de siete u ocho cubanas, jóvenes pero sin el aspecto de

envejecidas prematuras que tienen las chicas en la isla. Iban todavía con sus vestidos, que tenían por detrás unos pétalos que formaban una corola de un color entre blanco y rosáceo.

Tuve la impresión de que pretendían seducirme con una maniobra de envolvimiento. Ni me di cuenta de que Amfortas se iba con Laura, para presentarle a Kundry, que acababa de llegar. Se ocuparon de mí dos de ellas. Una me hablaba muy de cerca rozándome la mejilla con su nariz. La otra, sentada al otro lado, me puso la mano encima de la pierna. Las dos olían a Chanel o una buena imitación, a piel picante de negra y a sudor de entrepierna.

Algo no me cuadraba. Me recordaban a aquellas chicas de las barras de los prostíbulos, que se te acercan a hablar para que les invites a una copa o llevarte a la cama. Pero no estaba en ningún sitio de esos, ni se trataba de chicas de alterne. Eran las bailarinas de una solemne ópera alemana que trataba sobre los caballeros del Grial, la lanza de Longino, la lucha entre la luz y las tinieblas, la castidad, la sagrada misión de Perceval y compañía, y tantas otras cosas solemnes y trasnochadas, gestadas en la mente de un megalómano compositor que había encontrado a alguien más loco que él, un rey bávaro que no mandaba y al que Bismark seguía la corriente como se hace con los viejos con Alzheimer, que ofreció a Wagner su castillo de Walt Disney para representar las óperas, y que estaba enamorado del truhán antisemita, al que los judíos, muy sabiamente, tienen prohibido representar en su país, medida esta que varios higienistas musicales habían propuesto pero sin resultado a las autoridades culturales españolas.

Yo estaba algo serio y cohibido. Las dos chicas lo percibían y querían aprovecharse de ello.

—¿Qué te ocurre mi amor que estás tan odioso? ¿Es que acaso no te gustamos?

La otra me señalaba con el dedo, pensando que no me daba cuenta, aunque la vi por el rabillo del ojo.

—No estés tan alejado, guapo. Podrías ser algo más amable.

—Y bien que te recompensaríamos.

—No somos putas ni jineteras. Pero si quieres conseguir algo deberás ganártelo, mi amor.

La que me había puesto la mano en la pierna me llevó a bailar lejos de las demás. Le dije al oído que su perfume olía muy bien, a flores de jardín.

—Mi amor, si quieres puedes coger la flor, que la tengo toda preparada para ti.

La otra chica se nos acercó adonde estábamos.

—¿Por qué me estás tú esquivando, maldito?

Y las dos se pusieron a bailar conmigo, una delante y otra detrás. Por un tiempo me olvidé de Laura y no tuve más que ojos para ellas.

—Estás muy tímido y frío, querido.

La que estaba delante de mí, con su trasero pegado a mi bragueta, dijo:

—No tan frío. Tiene la lanza bien dura este caballerito español. ¿Te apetecería salir al jardín para que nos diera el fresco a los tres, mi amor? Te podemos enseñar el cielo cubano, para que te lleves un buen sabor de boca a España.

Cuando volvimos del jardín me costó desembarazarme de ellas. Las otras doncellas-flor estaban esperando su turno. Yo estaba ya calmado y tampoco quería dejar tanto tiempo sola a Laura. No porque desconfiase de ella: sabía que era imposible que no encontrase por doquier hombres atractivos que la pretendieran y le lanzaron los tejos de todas las maneras posibles. Si decidía serme infiel, no habría nada en el mundo que pudiera evitarlo, ni aunque le pusiera un cinturón de castidad de titanio con cámaras de vigilancia y sensores de movimiento. Pero dejarla con tanto caballero casto me intranquilizaba.

Me costó dar con ella, entre el gentío que saturaba el *cabaret*. Estaba hablando con Kundry, en alemán. Me reconfortó que no estuviese con Amfortas. Cuando volvimos a casa de *miss Gladys* el gato no me esperaba en la puerta como los días anteriores.

Me lavé los dientes mientras miraba los techos altos del cuarto de baño. Laura estaba en la cama desnuda, tendida como un cadáver a punto de ser profanado por un forense rumano. Le pregunté qué tal lo había pasado.

—Muy bien. Fíjate qué casualidad: Kundry es de padres búlgaros, aunque no domina muy bien el idioma. Su familia es de un pueblo cercano al mío. Nos ha invitado mañana a cenar en su casa. Ha sido muy especial, amor mío. La ópera, la fiesta. Todo. Ha sido una noche mágica.

Se me sentó encima y me miró fijamente con sus ojos azules y felinos. Su sexo mojado con textura de fregona me absorbió como lo hacen esas personas que comen salchichas aspirándolas de una vez y se dejan el pan del perrito caliente para después, o como tragan las monedas las máquinas de los aparcamientos en las noches de las cenas de empresa que hacen tan felices a los taxistas avarientos. Lo hicimos muy despacio y durante un rato largo, mientras los relojes se ralentizaban haciendo caso a Einstein.

Kundry tendría unos treinta años. Era la novia o amante de Amfortas que, como yo, era de Leuca y sentía predilección por las búlgaras o las chicas de ascendencia búlgara como Kundry. Tenían una casa alquilada por el malecón, donde cenamos la siguiente noche.

Una vieja señora cubana nos servía comida criolla en una mesa al lado de un ventanal con vistas al mar. Laura y Kundry, que se habían hecho amigas, hablaban entre ellas.

Encontré a Amfortas vulgar e insípido. Despojado de su maquillaje y del vestido de caballero del Grial, se mostraba tal y como era. No paraba de hablar sobre sexo y de las habilidades de Kundry en la cama. Me sugirió que tenía que llevarme a conocer a alguna amiga suya, aprovechando algún despiste de Laura. Kundry sabía lo de sus aventuras, pero era bastante liberal y no le importaba. Incluso se había unido alguna vez a montarse un trío con alguna cubana.

El contraste entre las alturas wagnerianas de la ópera y el tono chabacano de mi compatriota me inspiraba la mayor de las repulsiones. Le seguí la corriente a lo largo de toda su cháchara. Me dio por pensar que lo único que tenía en común con su personaje era la capacidad de estar hablando horas y horas, el uno sobre mitos arios, y el otro sobre chismes de carácter sexual. Amfortas no percibía mi hastío, por mucho que yo tratara de darle a entender que me era insufrible, y que solo soportaba su compañía porque mi Laura había hecho migas con Kundry.

Desde la vista privilegiada del ático del malecón veía pasar los coches de los cincuenta. Hablé algunas palabras con la mujer cubana que nos servía. Se trataba de la dueña que, como *miss* Gladys, y a pesar de las turbulencias de la revolución, había conservado su señorial casa y la alquilaba a extranjeros, encargándose de prepararles comidas y de que estuvieran a gusto.

Miraba la boca y dientes de Amfortas sin escucharle, como si se tratase de una película muda. Laura y Kundry estaban fuera en el balcón, hablando en alemán y con el escenario del cielo habanero al fondo. Me había cansado de hacerle preguntas acerca de su formación como cantante de ópera y de cómo había acabado interpretando personajes de Wagner, para que se saliera por la tangente y siguiera hablando de lo suyo, con su barboteo vacuo y sus chascarrillos chuscos. Imaginé que yo era un ser de una civilización superior y de un mayor desarrollo espiritual, como los venusinos del Parsifal, y que él era un troglodita que apenas había abandonado su condición simiesca.

Me excusé para ir al aseo y descansar por un rato de su irritante compañía. El largo pasillo de baldosas conducía a un cuarto de baño con una puerta de

cristal esmerilado. Volví pasando por al lado de donde estaban hablando Laura y Kundry.

La señora de la casa le estaba sirviendo una copa de ron a Amfortas. Me entraron ganas de clavarle la sagrada lanza en el estómago y que sus intestinos se desparramasen por el suelo.

Amfortas me miró, con el ron en la mano y su cara repugnante de jabalí con brucelosis. Sentí como si me estuviera leyendo el pensamiento. Lo atribuí a la impresión que me había producido el episodio con la santera, bajo cuyo influjo creía seguir estando. Tenía fogonazos en la mente, en los que se me aparecían los ojos diabólicos del espíritu burlón. El fantasma me preguntaba por las tres putas asesinadas y por qué estaba obsesionado con las manos cortadas y los dientes extirpados de Cynthia Rogers.

El espíritu de la santera desapareció de mis pensamientos y volví a tener enfrente la boca grasienta de Amfortas, que hablaba sin importarle tener en la boca trozos de comida de los que escupía perdigonazos de saliva turbia. Como de la nada se puso a su lado Kundry. Amfortas le sobaba los pechos y Kundry le decía cosas obscenas en la oreja.

Dirigí la mirada a la anciana señora dueña de la casa, buscando algún apoyo. Me miró y sonrió abriendo la boca. Entonces me fijé en sus largos dientes, en los que no había reparado anteriormente. Ella río con una risa histérica de bruja.

A su lado estaba Laura. Los ojos eran diferentes a los suyos habituales, igual que los ojos de la santera habían cambiado al dejarse poseer por el espíritu. Olí un tufo de aguas fecales, un hedor terrible proveniente de su boca. Los dientes estaban afilados y sucios, manchados por trozos de comida inmunda. Se dio la vuelta y mordió un pedazo de carne cruda y en mal estado que alguien había puesto encima de la mesa. Kundry le quitó la ropa a Amfortas y la vieja hizo lo mismo con Laura. Laura y Amfortas se pusieron a follar delante de mí. La vieja daba golpes con una sartén a un paragüero de metal. Kundry cantaba partes del Parsifal con una voz burlona y gangosa. Laura me miraba fijamente a los ojos mientras Amfortas, grueso como un cerdo, la penetraba por detrás.

La vieja cogió una muñeca hinchable de tamaño natural que había sacado de un armario. Con un cuchillo empezó a aserrarle las manos. La muñeca me miraba y sus ojos se confundían con los de Laura. Laura gritaba obscenidades en búlgaro que yo no entendía. La vieja arrojó la muñeca por la ventana de la casa. Cogió las manos cortadas y con ellas acariciaba el cuerpo desnudo de Laura, que jadeaba ruidosamente.

Entonces me acordé. Amfortas. Una noche en la casa de citas de las tres Lauras. Subía las escaleras y me encontré en la puerta con un tipo gordo y asqueroso, muy borracho, que decía:

—Hay una chica ahí dentro que es increíble. La rubia del este de Europa. Tiene apenas dieciocho años. Puedes hacerle lo que quieras: darle bofetadas, mearla, darle por el culo. Hasta cagarte encima de ella. Pruébala tío. No te arrepentirás.

Era la noche que había conocido a la primera de las tres Lauras.

En casa de *miss Gladys* contemplaba a Laura desnuda, desmaquillándose frente al espejo en el baño de los techos altos. Sus pies agradecían el frescor del suelo, en la calurosa noche cubana. Las nalgas magras se curvaban en una tercera parte de esfera y, apretadas entre sí, velaban su contenido de túnel estriado.

Por primera vez la analicé desde una perspectiva crítica. Hasta ese momento había consistido en un personaje plano y sin matices. Una cenicienta o margarita gauthier. Una traviatta que había pasado de un abstracto estado de prostituta de baja estofa a convertirse en la mujer de mis sueños. ¿Y si fuera una chica vulgar y todos los encantos que yo le había atribuido no hubieran sido más que una mera ensoñación? ¿Era tan bella para el resto de los hombres como me parecía a mí?

Cuando se dio la vuelta, ya sin el maquillaje, todos mis interrogantes se desvanecieron en la rotundidad de sus formas. Nunca hubiera podido aspirar a ella, de no haberla pescado en el río en que la encontré. Era una chica única, inimaginable para mí, sólo si obviaba el hecho de que había ejercido la prostitución desde que apenas había cumplido la mayoría de edad. Si no hubiera tenido ese pequeño inconveniente no habría sido mía, sino de otro con más méritos que yo, es decir, de cualquiera.

Me entraron ganas de decirle que lo sabía todo. Que ella y Amfortas se habían conocido antes en Leuca, y que insistía en frecuentar a la pareja de cantantes para reanudar su relación con ese ser tan repulsivo pero que, por razones que me eran desconocidas, seguía ejerciendo una poderosa influencia sobre ella.

Le acaricié el pelo largo y rubio, las mejillas, el cuello. El vientre y la espalda. Haciendo presión en los hombros la puse de rodillas. Al acabar me besó, con los labios pegajosos. Nos abrazamos juntando las mejillas.

Ella gritó y yo salí como de un estado de letargo.

Tenía mis manos en su cuello, apretando con fuerza. Aflojé la presión. Ella cayó al suelo. Se fue arrastrando hasta el cuarto de baño.

Entonces tuve tres visiones:

Me vi en La Casa Roja, frente al cuerpo degollado de Martina. Tenía una navaja en la mano. Luego tirando de ella por un camino, con una cuerda que formaba un triángulo. Sus pechos redondos apuntaban hacia el cielo.

Me vi con Marga en el balcón de su casa, con la excusa de fumar un último cigarrillo antes de irme. Había accedido sin sospechar nada. De espaldas a mí señalaba una estrella y yo aprovechaba para empujarla. Sorprendida, reía creyendo que se trataba de una broma. Yo la llamaba por su nombre, ella caía. No hubo respuesta y mi corazón se sintió enfermo.

Por último, me vi apretando una almohada contra la cara ya inmóvil de Laura en el Vae Victis y después quemando las cortinas. Los cadáveres ardían formando un amasijo fétido, ennegrecido y repugnante.

Me quedé inmóvil, petrificado, no sabiendo qué hacer. Mis ojos vagaban por la habitación sin rumbo fijo. Hasta que se detuvieron en un tubito blanco con dos líneas rojas que estaba en la mesilla de noche, al lado del bolso de Laura.

De la puerta del baño sobresalía la pierna izquierda de Laura.

Me faltaba algo por completar. Una última pieza para que todo encajase y yo pudiese descansar, liberándome así de mi turbulenta ansiedad. ¿Quién había cortado las manos de Cynthia Rogers? ¿Qué había hecho con los dientes de mi prima Berenice? ¿Qué pasaría con mi colección secreta de novelas del oeste con las páginas manchadas de sangre y vello púbico? ¿Quién heredaría mi tesoro de pelo de coño asesinado?

De la lámpara de noche emanaba un humo verde, como si la pantalla se estuviera quemando. Miss Gladys, preocupada por el ruido, tocaba a la puerta y preguntaba qué diablos estaba pasando.

Abrí la maleta buscando el pasaporte, como si poseerlo me garantizara la huida hacia alguna parte. Mis dedos tocaron con una caja. No tenía un aspecto muy llamativo, pero me estremecí al verla. La caja se deslizó de mis dedos y cayó pesadamente.

Rodaron por el suelo unos instrumentos de cirugía dental, mezclados con treinta y dos objetos pequeños, de color blanco y marfileño, mientras la dueña de la casa redoblaba sus golpes sobre la puerta de la habitación.

FIN